

LA MANCHA ROJA

nov

MAXWELL GRANT

Colleción
Hombres

'AUDACES'

2

PTAS



La mancha roja

Maxwell Grant
La Sombra/30

CAPÍTULO I

LA INVESTIGACIÓN DE LA SOMBRA

SE oía en las densas tinieblas un repetido tic-tac. De no ser por aquel ruido, habría reinado un silencio absoluto. Pero sólo al producirse se reveló en las sombras la presencia de un ser humano.

Se oyó un ligero chasquido sobre el monótono tic-tac. Una luz azulada arrojó de pronto su resplandor sobre la pulimentada superficie de una mesa. Y sobre ella, bajo la pantalla de una lámpara, apareció el objeto que producía el ruido.

Era un reloj de curiosa construcción. Colocado formando ángulo con la tapa de la mesa, su amplio cuadrante no mostraba manecilla alguna. En lugar de éstas tenía tres círculos, marcado con doce números el interior; divididos en sesenta partes los dos exteriores.

Las muescas practicadas en cada uno de estos estaban rodeados por unos anillos destinados a dejar ver un solo número por vez. En el momento de aparecer la luz, los anillos de los círculos exteriores se movieron.

El anillo extremo dio otro salto un segundo después; pero el intermedio permaneció inmóvil, así como el del centro.

En tal reloj, que funcionaba intermitente precisión, el anillo exterior marcaba los segundos; el segundo anillo, los minutos; y las horas el del centro. Aunque el mecanismo emitía un sonido regular, las indicaciones se presentaban a intervalos definidos, con un notable resultado psicológico.

Para los ojos que observaban aquel reloj, un simple segundo parecía como un prolongado espacio de tiempo, no como una perezosa serie de momentos.

Cada minuto, formado por sesenta de tales intervalos, tenía una duración inquietantemente precisa. Una hora, tal como aparecía en

la esfera, era como un tremendo lapso de tiempo, que daba espacio para una ilimitada acción.

Tal era el reloj que dejaba oír su tic-tac en el “sanctorum» de La Sombra. La fantasmal luz azulada que iluminaba su esfera brillaba solamente en aquella habitación secreta. Aquel era el misterioso refugio donde el gran enemigo del crimen revisaba sus planes y maduraba otros nuevos.

La aparición de aquella luz marcaba la presencia de La Sombra misma.

Él, y sólo él, visitaba aquella mística estancia situada en cierta sección de Manhattan. En medio de sus agotadoras luchas, La Sombra acostumbraba a buscar la soledad de aquel santuario para burlar a sus enemigos y discurrir nuevos procedimientos con que destruir sus criminales planes.

En el mundo del hampa, La Sombra era solamente conocido como un ser poderoso cuya invisible mano llegaba a todas partes. Había criminales que se jactaban de haberle visto... pero sólo a distancia. Los que habían encontrado a La Sombra frente a frente no vivían ya para contarlo.

Los más temibles gangsters habían dejado escapar su vida por los temblorosos labios, balbuceando el nombre de La Sombra.

En el momento crítico, un certero disparo les había impedido recoger, el fruto de algún crimen nefando. La mano de la Sombra se interponía siempre entre el criminal y el delito.

Nadie conocía la identidad de La Sombra.

Era algo que el mundo de la delincuencia trataba de averiguar en vano.

Todas las ratas del crimen tenían ansia de eliminar a La Sombra. Su poder había sembrado la consternación, no sólo en Nueva York, sino en otras ciudades de América y del extranjero, sin embargo, nadie había podido contrarrestarlo.

Se sabía que La Sombra tenía que ser un verdadero maestro de la investigación, pues había descubierto los más ingeniosos crímenes. Se sabía también que podía trasladarse de un sitio a otro, rápida e invisiblemente, pues era frecuente verlo aparecer en los lugares más alejados donde actuaban sus enemigos.

En cuanto a sus propósitos, ya se sabía: La Sombra no tenía piedad con aquellos que no la merecían.

Se sabía igualmente que La Sombra era un genio del disfraz. A ello se debía principalmente gran parte de sus asombrosos triunfos. A veces se hacía ayudar por agentes hábiles y valerosos, pues la diversidad de sus actividades había revelado la presencia de tales individuos cuando eran necesarios.

Sin embargo, La Sombra siempre lograba mantener el secreto de sus identidades temporales; y sus agentes jamás salían del misterio que ocultaba a La Sombra ante los ojos de sus enemigos.

A pesar de los esfuerzos de los que querían aniquilarle, a pesar de que nunca solicitaba la ayuda de la policía en su propio beneficio, La Sombra campaba por sus respetos en su incansable busca de los hijos del mal.

Nadie había conseguido localizar su refugio; la existencia de tal lugar era, en efecto, considerada como dudosa por aquellos que discutían su posibilidad.

Y así era como La Sombra encontraba un completo aislamiento en aquella habitación de negras paredes, donde brillaba una luz azul sobre una mesa y un reloj de extraña esfera marcaba el paso de cada segundo con un prolongado chasquido.

La luz y el reloj eran los únicos indicios de la presencia de La Sombra en su «sanctorum». Dentro del círculo de luz se movían dos objetos que parecían criaturas vivientes separadas del cuerpo a que pertenecían.

¡Las manos de La Sombra!

Largas y blancas, mostraban una combinación de suavidades de terciopelo y de potencia musculosa. Eran las manos que tan bien sabían luchar con el crimen; y una de ellas llevaba la prenda que era como el símbolo de La Sombra.

Este símbolo era una destellante gema que brillaba en el tercer dedo de la mano izquierda. Era el girasol de La Sombra, un raro ópalo de fuego que no tenía par en el mundo.

Su color estaba formado por toda una gama de matices; los luminosos abismos de la piedra cambiaban desde el azul brillante al rojo carmesí, pasando por todas las tonalidades entre ellos comprendidas.

El girasol emitía destellos que semejabán chispas de fuego vivo, como diminutos dardos que saliesen disparados en todas direcciones. Las manos se movían con agilidad asombrosa. Penetró

un sobre en el círculo de luz.

Los dedos desdoblaron una hoja de papel; los ojos ocultos detrás de la luz leyeron rápidamente; luego aquel papel fue reemplazado por otro.

A pesar de la agilidad de las manos, sus movimientos eran asombrosamente precisos, como ajustados al batir del reloj. Un observador no habría creído que aquellas indicaciones del círculo exterior de la esfera fuesen meros segundos. Parecía como si La Sombra, ocupado en la rutina de resumir los informes de sus agentes, pudiera detener el tiempo a voluntad.

El simple aspecto de aquel refugio bastaba para explicar la inaudita actividad de La Sombra en sus luchas contra los profesionales del crimen.

¿Era un ser que sabía trabajar sacando todo el rendimiento posible a una fracción de segundo?

Otro sobre... y un tercero. Papeles removidos, leídos y reemplazados.

Recortes y más recortes, de los que al final quedaban sólo unos cuantos para ser, releídos cuidadosamente.

Cada uno de aquellos papeles se refería a un solo asunto. La mano derecha de La Sombra apareció armada de una pluma. Sobre una hoja impoluta de papel escribió una frase que resumía todo lo leído:

LA MANCHA ROJA

La tinta que La Sombra utilizaba era carmesí. Brillaba en vivo contraste con la luz que caía sobre el pliego. Los ojos estudiaron las palabras sumidas en la oscuridad; luego la mano dio a la pluma una sacudida.

Una gran gota de tinta se esparció sobre el blanco papel. Se esparció irregularmente hasta tomar una forma grotesca que semejaba un cuajaron de sangre.

Ninguna acción podría haber sido más significativa. Las palabras no decían nada ahora. Allí, sobre ellas, estaba el verdadero signo que las resumía:

¡LA MANCHA ROJA!

Se secaba aún la tinta, bajo la pantalla cuando salió de la oscuridad una risa siniestra. Aquella risa-la risa burlona de La Sombra. Era como el grito de guerra del que había sabido sembrar

el terror en el corazón de tantos criminales.

¡La risa de La Sombra! Era como un desafío al mundo de los patibularios.

La pluma quedó a un lado. Los dedos recogieron uno a uno los recortes y las hojas de los informes. Cada uno de aquellos documentos relataba la historia de un crimen aun no descubierto.

Un cobrador de Banco derribado a tiros en pleno día. Una banda de misteriosos asaltantes que desaparecía, después de ser atacados por un cordón de policía. Una gran mancha roja sobre la acera mostraba el sitio donde había caído la víctima.

¿La sangre del cobrador? ¡Esa había sido la hipótesis hasta que ocurrió un nuevo crimen!

Tres enmascarados habían penetrado en un centro donde se celebraba una partida de juego. Habían apagado las luces y, luego, con linternas y revólveres, habían amenazado a los jugadores, obteniendo un excelente botín.

Mientras robaban a sus víctimas, llegó la policía. A pesar de la estrechez del cerco se habían dado a la fuga, consiguiendo huir como si se hubiesen derretido.

Sobre el centro de la amplia mesa se descubrió una gran mancha roja.

Un tercer crimen-el robo de un cuadro valorado en muchos miles, había sido perpetrado en el domicilio de un millonario de Nueva York.

Los criados habían llegado cuando los malhechores se retiraban, con el lienzo que habían cortado de un inmenso marco. Dos criados resultaron heridos de bala; uno, mortalmente.

Los criminales escaparon igualmente. Tras ellos, en el marco vacío, quedó su marca... ¡una mancha roja!

¡LA MANCHA ROJA;

En los bajos fondos sociales se creía que un genio del crimen había elegido aquella marca. La Mancha Roja era un nombre... no un signo. Algún poderoso criminal había reunido, una cuadrilla de audaces esbirros que no se detenían ante nada.

La policía era de la misma opinión. Los periódicos, habían lanzado el grito de alarma.

Luego había ocurrido el cuarto crimen. Un opulento empresario de boxeo —que se suponía que llevaba encima más de cien mil

dólares en billetes-había sido encontrado estrangulado en su departamento. Sobre la impoluta pechera de la víctima resaltaba el mismo símbolo de muerte: ¡La Mancha Roja!

La gente rica-desde que obtenía sus ganancias legítimamente hasta la que intervenía en negocios dudosos-vivía en perpetuo sobresalto. Los periódicos excitaban a la policía a terminar con aquella banda de super criminales. La policía carecía hasta ahora de la más simple pista.

Tanto en el mundo del crimen como en los bajos fondos sociales, no se encontraba una personalidad a quien poder atribuir aquellos delitos. La policía había visitado todos los lugares sospechosos, donde lógicamente pudiera refugiarse la temible pandilla. Y no había podido detener a nadie.

La Sombra también buscaba inútilmente las huellas de La Mancha Roja. Sus agentes trabajaban sin descanso. Pero sus informes estaban llenos de vaguedades. Aquellos crímenes, salidos de sombríos antros, no dejaban rastros.

Pero los procedimientos de La Sombra no tendían a la investigación del crimen, aunque éste llevase la marca de una bien trabada continuidad; buscaba, más bien, anticiparse o él para evitar el próximo golpe.

Seguía el tic-tac del reloj. Transcurrió un largo segundo; luego los indicadores de las tres esferas se movieron a la vez. Aquel segundo, final marcó la terminación de un minuto que, a su vez, indicó que había pasada una hora.

Antes de que el segundo indicador hiciera un nuevo movimiento, las manos de La Sombra habían recogido todos los papeles desparramados sobre la mesa. La lámpara emitió un chasquido. La habitación quedó sumida en tinieblas. Se oyó en la oscuridad el gorgoteo de una risa.

La Sombra lanzaba su desafío. Mientras su cuerpo invisible dirigía a la puerta secreta del “sanctorum”, el caballero de la noche lanzaba su burlona amenaza, presagio de grandes desastres para los profesionales del crimen.

Las negras paredes recogieron aquella risa y se lanzaron sus ecos de una a otra.

La repitieron los largos corredores, las altas bóvedas; y cuando se extinguió el último sonido se oyó únicamente el tic-tac del reloj.

La Sombra había partido a continuar sus hazañas.
¡La Sombra reía!

CAPÍTULO II

LA CAJA DE CAUDALES

EERAN exactamente las diez cuando La Sombra abandonó su refugio. Media hora después ocurría un extraño fenómeno, en el cruce de dos oscuras calles de East Side.

Una negra silueta se deslizó a lo largo de la acera. Era una de las muchas sombras que habían cruzado por aquel sitio durante aquella noche. Pero, en cierto aspecto, ésta se diferenciaba de las otras. Era casi invisible la persona que la producía.

Un largo reguero de negrura que terminaba en una silueta perfecta. Tal era el único indicio que revelaba la presencia de La Sombra. En la oscuridad proyectada por el muro de ladrillos, que limitaba la acera había pasado sin ser visto el ser a quien tanto temía el mundo del delito.

A unos cincuenta metros de la esquina se levantaba un destartelado edificio de tres pisos. Se abría a uno de sus costados un tenebroso callejón.

Este edificio —al parecer una vieja residencia que había conocido mejores días— era en la actualidad un importante establecimiento de aquella decrepita barriada.

Tres esferas doradas brillaban débilmente sobre el estrecho marco de la puerta de entrada. Las ventanas estaban protegidas por fuertes barrotes. Este edificio albergaba la casa de empeños de Timoteo Baruch, uno de los individuos más extraños de aquella parte de East Side.

El antro del viejo Baruch era conocido de toda el hampa. Nuestro hombre hacía muchos años que se dedicaba a prestamista, y entre ladrones y rateros era ya proverbial que las tasaciones de Baruch, sobre géneros robados eran de las más aceptables.

Baruch no era el tipo usual de “hombre pantalla” que dispone de los artículos robados. Su establecimiento recibía la denominación de «casa de préstamos», aun por los maleantes que tenían tratos con él a escondidas.

Timoteo Baruch era un astuto individuo que siempre encontraba medios, para convencer a la policía de que sus transacciones eran legítimas, y en ello estribaba el éxito de su floreciente negocio.

El viejo prestamista no era presuntuoso ni gustaba de exhibir sus riquezas.

No obstante, se rumoreaba que su caja de caudales contenía joyas y otras rarezas de gran valor.

Estos rumores no habían llegado a oídos de Baruch, de aquí que el viejo se sintiese tranquilo. Estaba seguro de que su aparente pobreza bastaría para alejar a los malhechores de su propiedad. Además confiaba en sus relaciones con los bajos fondos y en la fortaleza de su caja.

Sus relaciones con el hampa no podían fallar; pero siempre quedaría la inviolabilidad de su cofre. La enorme caja era la única cosa en que Baruch, no había dudado en invertir grandes sumas.

Varios gangsters la habían visto; y todos se mostraron de acuerdo en que sólo existían dos «especialistas» capaces de abrirla. Uno era Darley «el Tenacillas», actualmente retirado de la práctica activa; y el otro, Gleetz «el Berbiquí», a quien ya no se veía por Manhattan.

Quizás Timoteo Baruch estuviese enterado de la inactividad de los dos «fracturadores», pero lo cierto era que su caja seguía intacta, a pesar de que los barrotes de sus puertas y ventanas no eran tan formidables como merecían los tesoros que tenían que proteger.

La Sombra se detuvo frente a la tienda de Baruch. En la faja de sombra que proyectaba el viejo edificio, su alta figura era invisible. Ningún movimiento, ningún ruido, delató la presencia de la Sombra mientras se deslizaba por la entrada del callejón.

El invisible visitante no continuó hasta la trasera del edificio, sitio por el que el acceso hubiera sido más fácil. En su lugar, se detuvo junto al muro e inició una extraña ascensión en medio de una oscuridad casi absoluta.

Un ligero roce fue el único indicio de la maniobra de La Sombra. Y la invisible figura continuó trepando hasta llegar a la altura del

segundo piso.

Allí las ventanas estaban protegidas con un enrejado solamente. La Sombra no tardó en arrancar el que cubría una de ellas. Su esbelta figura penetró luego en la habitación a que correspondía.

Una silenciosa inspección reveló que la habitación estaba vacía. Destelló una linterna. Su círculo luminoso, no mayor que un dólar de plata, desempeñó varias funciones.

En primer lugar, paseó en torno de la habitación y descubrió una puerta cerrada, que evidentemente conducía a un pasillo. Luego iluminó cuatro objetos de peculiar forma de copa, que yacían sobre el suelo. Estos objetos desaparecieron cuando La Sombra alargó su mano enguantada de negro y los ocultó bajo su capa.

Se trataba del dispositivo que La Sombra utilizaba para trepar por los muros, copas succionadoras, de goma, capaces de soportar un peso considerable.

Finalmente la luz destelló sobre la esfera de un reloj. Marcaba las once menos veinte. La apagada risa de La Sombra despertó vagos ecos burlones.

La Sombra seguía realizando su plan.

Se extinguió la luz. Unos momentos después no había nadie en la habitación. Sólo algún que otro destello de la linterna reveló que La Sombra descendía por una escalera hacia la planta baja del edificio.

Cuando reapareció finalmente la luz, brilló sobre la ennegrecida puerta de la caja de caudales de Baruch colocada en la trastienda.

Las once menos diecisiete. Otra vez el bisbiseo de una risa. La linterna, sostenida por algún objeto oculto, trazó un más amplio círculo de iluminación mientras los guantes abandonaban las manos de La Sombra.

Unos dedos largos y sensitivos iniciaron su trabajo en los mundos de la caja fuerte. Y mientras las manos operaban, el girasol lanzaba en todas direcciones sus flechazos de luz.

La caja era, en efecto, formidable. Sus botones parecían desafiar los esfuerzos de La Sombra. Los dedos siguieron trabajando lenta, cuidadosamente, mientras los oídos esperaban atentos el ruido de la caída de los pestillos.

Pasaron unos minutos; al fin un chasquido de la negra puerta reveló que las tentativas de La Sombra habían tenido éxito.

Iluminó la luz del reloj. Faltaban ocho minutos para las once. La Sombra había realizado su trabajo en nueve minutos. Un dedo tocó significativamente la esfera.

Los números que señaló sobre el cuadrante indicaron que La Sombra se había propuesto empezar a las diez y cuarenta y cinco y terminar diez minutos más tarde. ¡Empezando dos minutos antes de lo proyectado había conseguido ganar uno!

Una mano hizo girar la manivela. La puerta del cofre se abrió lentamente, hacia afuera. ¡Estaban al alcance de La Sombra los tesoros de Baruch!

¿Por qué se había decidido La Sombra a ejecutar aquel acto?

Sólo podía haber una razón. La manera de actuar de La Sombra probaba que no había ido allí a cometer un delito: ¡su propósito era anticiparse a los malhechores que no tardarían en presentarse!

Les esperaba la mayor de las sorpresas a los que se proponían forzar la formidable caja. ¡En lugar de riquezas, encontrarían solamente lo que La Sombra quisiera dejar allí para ellos! La Sombra se había anticipado al crimen esta noche. Tenía que revisar el contenido de la caja antes de que lo hicieran los verdaderos ladrones.

La puerta quedó abierta. La linterna iluminó el interior. El rayo de luz se detuvo de pronto indeciso, como si algo le obligase a una momentánea inactividad. ¡Ni aun La Sombra esperaba el desconcertante hallazgo que contemplaban sus ojos!

Ni dinero; ni alhajas; ni objetos de valor. El cofre estaba completamente vacío, o mejor dicho, no contenía más que un solo objeto. Pero aquel objeto era mucho más sorprendente que todo un tesoro de valiosas gomas.

Un trozo de papel blanco se destacaba sobre el fondo de la caja. No había nada escrito en él; pero en su centro mostraba algo más elocuente que escritura alguna.

¡El signo de la Mancha Roja! Su color y su grotesca forma decían con su mudo lenguaje por orden de quién había ido a parar allí aquel papel.

CAPÍTULO III

LA SOMBRA HABLA

EL rayo de luz se puso de nuevo en movimiento, rápidamente ahora, mientras la penetrante mirada de La Sombra iniciaba la inspección del interior del cofre.

Una mano, otra vez enguantada de negro, recogió el trozo de papel. El haz de luz se movió por detrás de la hoja para hacerla transparente.

La Sombra observó los menores detalles, hasta la textura y la marca de agua.

Al fin la mano volvió a dejar el papel exactamente donde lo había encontrado. La puerta de la caja de caudales se cerró lentamente. La luz de la linterna se arrastró por su superficie, luego por el suelo.

La Sombra no encontró huellas de suficiente importancia. En anteriores crímenes La Mancha Roja había dejado algún rastro; en éste, no. Pero La Sombra había ido allí para anticiparse al crimen, y el delito se había cometido ya.

No obstante, La Sombra no abandonó aquellos lugares. La linterna iluminó un instante la esfera del reloj. Eran las once. El rayo de luz se extinguió. La Sombra continuó inmóvil.

¿Por qué?

No tardó en llegar la respuesta. Empezó a oírse un roce vago, a una docena de metros del sitio en que se encontraba el caballero de la noche. EL ruido procedía del exterior del edificio. Alguien trataba de entrar.

¡Curiosa paradoja! La Sombra, se había propuesto que terminase su trabajo a las once en punto, hora en que los malhechores debían llegar.

Había encontrado pruebas de que el delito se había cometido; ¡y sin embargo los criminales no se habían presentado hasta aquel momento!

Reinó el silencio ante la cerrada, pero desvalijada caja de la casa de empeños de Timoteo Baruch. El roce exterior continuaba. Se convirtió de pronto en una serie de golpes sordos. Una pausa, crujieron unas tablas. Los merodeadores estaban dentro del edificio.

El haz de una poderosa linterna barrió el suelo de la habitación, apartándose de las paredes, donde sus rayos podrían haberse filtrado por las ventanas.

Pero no descubrieron la alta e inmóvil figura agazapada en un rincón.

¡La Sombra se había vuelto una sombra!

La linterna enfocó el frente de la caja de caudales. Se hicieron visibles dos torvos rostros. Mientras uno de los rufianes sostenía la luz, el otro alargó una mano y la posó sobre el combinador.

No era difícil establecer la identidad de aquellos hombres. Cualquier hampón hubiera reconocido a la pareja, famosa en todo el mundo del delito.

Uno—el que sostenía la linterna —era Hurley Bruster, un contrabandista que había abandonado su carrera para organizar una banda de ladrones. El otro— el que manipulaba en la caja—era Darley «el Tenacillas», cuya habilidad en forzar cajas de caudales era universalmente conocida.

—Date prisa, «Tenacillas» —apremió Hurley—. Se ve que hace tiempo que no te dedicas a este trabajo y el mecanismo de este chisme es algo complicado.

—Déjame a mí, Hurley—rezongó «el Tenacillas» —. Los ignorantes como tú toman por olvido del oficio, lo que no es más que precaución. No quiero dejar huellas que podrían dar lugar a interrogatorios enojosos.

—Nadie te interrogará—replicó Hurley —. Cuando yo prenda la mecha, no quedará rastro de esta caja... después de haberla «limpiado». Lo importante es que te des prisa.

—No hables tanto—refunfuñó «el Tenacillas» —. Si me dejas trabajar, dentro de una hora estará todo terminado.

Allí terminó la conversación por el momento. «El Tenacillas» se dedicó a su tarea con ahínco. Media hora después hizo una pausa.

—¿Sabes, Hurley-dijo con evidente malhumor —, que el trabajo este es peliagudo? Apuesto a que Gleetz «el Berbiquí» no lo haría más deprisa. Yo puede decirse que estoy empezando.

—Acaso tengamos que volarla.

—No. Dame tiempo. Ya sabes lo que dicen: Gleetz y yo... somos los únicos.

—Pero Gleetz no trabaja ahora.

—Quizá si trabajase lo habrías traído en mí lugar.

—No quiero decir eso. ¡Ánimo compañero! ¡Confío en ti!

Pasaron otros doce minutos, mientras «el Tenacillas» trabajaba. De pronto ahogó un grito de satisfacción.

—¡Ya está, Hurley! —musitó—. Ya te dije que no me llevaría una hora. Me gustaría conocer a alguien capaz de hacerlo en menos tiempo. ¡No lo encontrarás en todo Nueva York!

Hurley no hizo objeción alguna. Sin embargo, a unos pasos de los malhechores había alguien que había terminado en nueve minutos lo que a «el Tenacillas» le había costado cuarenta y dos.

La puerta se abrió. Destelló la linterna. Se escapó un rugido de la garganta de Hurley. El dinamitero contempló atónito el papel depositado en el fondo de la caja..

—¡LA MANCHA ROJA! ¡Se nos han anticipado! ¡Mira eso, <Tenacillas> ¡

El bandido retrocedió espantado y, en súbita desconfianza, hizo girar la luz hacia el ángulo de la habitación.

En el mismo instante sonó otro chasquido y el haz de otra linterna salió al encuentro del que emitía la que Hurley tenía en la mano.

Hurley y «el Tenacillas» vislumbraron a la vez una extraña y negra silueta —la figura de un ser que parecía desprenderse de la pared. Una mano enguantada de negro sostenía la linterna; la otra empuñaba una magnífica automática.

Fue «el Tenacillas» esta vez el que lanzó un grito de asombro y espanto.

—¡La Sombra!

Ambos rufianes estaban atrapados, pero no hicieron intención de sacar sus armas. Levantaron las manos, y la linterna de Hurley rodó por el suelo.

Con las espaldas vueltas hacia la caja de caudales, los bandidos

se quedaron como hipnotizados por el resplandor de la linterna de La Sombra.

La expresión de sus rostros, revelaba claramente el efecto que la inesperada aparición les había causado.

Una risa siniestra resonó en la habitación. La Sombra tenía a aquellos hombres a su merced. Los había capturado en el acto de cometer un crimen, y ambos conocían los métodos del caballero de la noche, cuando tenía que habérselas con malhechores como ellos.

—¡Parece que me tenéis miedo! —musitó La Sombra en tono burlón—. ¡Tenéis motivo para ello! ¡He venido a sorprenderos y he encontrado las huellas de alguien a cuyo lado no sois más que unos novicios.

—¡La Mancha Roja! —balbuceó «el Tenacillas».

—La Mancha Roja —anunció La Sombra—, ha estado aquí antes que vosotros. Habéis tenido suerte, pues La Mancha Roja era a quien yo buscaba.

—¡De verdad... que no trabajamos con la Mancha Roja! ¡La caja estaba ya vacía cuando llegamos aquí!

—Vosotros planeasteis este delito-insistió La Sombra severamente —, en un lupanar llamado Red Mike. Fijasteis la hora de las once.

«El Tenacillas» dirigió a Hurley una mirada de asombro. Ninguno de los hombres habría creído que su conversación hubiese sido escuchada.

¡Los oídos de La Sombra! ¿Cómo habría podido enterarse?

—Por lo tanto —continuó La Sombra—, voy a haceros unas preguntas que debéis contestar. ¿En qué otro sitio hablasteis de este crimen? ¿Quién pudo oíros?

Los dos rufianes cambiaron una significativa mirada. Ambos comprendieron el objeto de la pregunta de La Sombra. Evidentemente la caja había sido abierta a primeras horas de la noche.

Era obra del desconocido criminal llamado «Mancha Roja». Por una indiscreción de Hurley o de «Tenacillas», el jefe de bandidos pudo enterarse de lo que tramaban.

Fue «Tenacillas» quien habló, mirando de reojo a Hurley. Sus palabras fueron como una confesión arrancada por el miedo al invisible enemigo que le interrogaba.

—Alguien debió de enterarse de que yo debía llamar a Hurley—contestó con voz sombría—. Recordarás, Hurley—añadió, mirando a su compañero como pidiendo su corroboración—, la noche después de cerrar nuestro trato. Te llamé para ver si todo estaba preparado... y quizá hablé demasiado.

—¿Desde dónde le llamaste? —preguntó la voz de La Sombra en tono más bien amenazador.

Hurley miró a «Tenacillas». El rufián recordaba el incidente, y le extrañaba que su compañero titubease en la respuesta.

—No... no lo sé. Me parece que fue cuando yo...

—¡Responde a mi pregunta! —insistió La Sombra.

La voz tenía un tono tal que hizo temblar al malhechor. Hurley, que miraba desafiador a la luz, se mordió los labios y perdió el poco valor que le quedaba.

—Fue en «El Barco Negro» —contestó al fin «Tenacillas».

—Nombra a los que viste allí—ordenó La Sombra.

—No conocía a ninguno—se disculpó el bandido —; a ninguno, excepto al viejo Louis que regenta la taberna. Había un individuo con cara de rata que rondaba por allí. Louis no pudo oírme por el teléfono, pero el individuo; sí. Quizá fuera él quien dio el soplo...

«Tenacillas» lanzó otra mirada a Hurley. El dinamitero ya no le miraba a él.

Tenía la vista clavada en un punto a la izquierda de la luz.

Mientras «Tenacillas» balbuceaba su respuesta a La Sombra, vió de pronto que el rudo rostro de Hurley hacía un gesto de decisión. El dinamitero, no obstante, no hizo movimiento alguno. «Tenacillas» comprendió que había ocurrido algo inesperado, algo de que sólo Hurley se había dado cuenta.

Acorralado por La Sombra, obligado a escuchar las atropelladas palabras de su camarada, el dinamitero buscaba una ocasión que le permitiese intentar la huida.

La Mancha hoja había hecho fracasar sus planes; La Sombra los había sorprendido y capturado, ahora, otro factor estaba a punto de intervenir en aquella curiosa cadena de acontecimientos.

Hurley, con los nervios en tensión, vió que se aproximaba lo imprevisto.

«Tenacillas» se dio también cuenta de la situación. De estar La Sombra desprevenido, habría corrido serio peligro. Pero La Sombra

era capaz de tomar una decisión en fracciones de segundo.

Su penetrante mirada observaba a los bandidos. Vió la expresión de repentino interés que apareció en sus rostros.

Instantáneamente, con la velocidad del relámpago, La Sombra giró hasta situarse en la dirección en que miraban los bandidos. La linterna lanzó su luminoso dardo hacia la entrada de la habitación.

El destello reveló un grupo de policías uniformados; una fracción de segundo después, el poderoso haz de una linterna de “ojo de toro” llenaba de luz la estancia.

La esbelta figura de La Sombra quedó momentáneamente al descubierto. La luz que sostenía su enguantada mano se extinguió; el caballero de las tinieblas pareció esfumarse.

Ladraron los revólveres, al disparar los invasores contra el sitio en donde habían visto la luz. Las balas se clavaron inútilmente en la pared. Los policías disparaban al azar. La Sombra había desaparecido tan rápidamente, que apenas se pudo vislumbrar el revuelo de su negra capa.

Pero entre el estruendo de los disparos se oyó el rumor de una risa burlona que parecía alejarse del sitio en que había estado La Sombra.

¡La risa de La Sombra!

CAPÍTULO IV

LA LEY DECIDE

PARA Hurley y Darley la intervención de la policía fue oportuna. Los casacas azules habían disparado a la luz, pero no habían conseguido cazar a La Sombra, ni siquiera reconocer al fantástico personaje a quien habían tomado por un enemigo.

La Sombra se había visto obligado a hacer frente a aquella contingencia; su rápido movimiento le había conducido directamente a la puerta que daba a la escalera. Por eso, La Sombra había procurado colocarse en aquel sitio estratégico.

Atraída la atención de los policías por el fugitivo, los dos malhechores se arrojaron rápidamente al suelo y empuñaron sus revólveres.

Un policía los vió y abrió fuego, arrastrándose rápidamente hacia la puerta que conducía a la parte posterior del edificio. Los bandidos se cubrieron la retirada, disparando a su vez.

Un policía cayó herido. Los demás se refugiaron tras algunos viejos muebles que había en la habitación. Dos agentes se lanzaron a la puerta por donde había desaparecido La Sombra.

Otro encendió la luz. Todas las ventajas estaban de parte de los policías; pero los dos bandidos estaban acostumbrados a aquel género de lucha.

—Ábrete pasa por la puerta trasera —musitó Hurley a su compañero—. Yo me cuidaré de estos «azules».

El dinamitero rompió el fuego mientras hablaba. Había empuñado un segundo revólver y los humeantes cañones de las dos armas, escupían balas contra el parapeto de los defensores de la Ley.

El malhechor sólo tenía un propósito: contener a los policías. Y

lo logró, con un esfuerzo. Luego, con criminal delectación, apuntó a quemarropa al policía herido tendido en el suelo.

«Tenacillas» gritó desde la puerta que el camino estaba libre. Hurley desoyó la llamada por el momento. Estaba decidido a matar a la indefensa víctima.

Los otros policías se dieron cuenta de la desesperada situación de su camarada, pero está ya demasiado tarde cuando se decidieron a salir, de sus parapetos. El dedo de Hurley apretaba ya el gatillo.

Surgió entonces un disparo del sitio por donde había desaparecido La Sombra. La bala encontró su blanco humano. Hurley lanzó un juramento, bajó el brazo y se tambaleó. Los revólveres se le desprendieron de las manos.

¡La Sombra había enviado su mensaje de plomo al negro corazón del bandido!

Los policías hicieron hablar a sus armas y perforaron con una lluvia de balas el cuerpo del caído. Cada uno pensaba que alguno de sus compañeros era el que había hecho el primer afortunado disparo. Sólo un hombre sabía lo que realmente había sucedido.

Darley, “el Tenacillas”, situado un poco más allá de la puerta del fondo, había visto el fogonazo de la automática de La Sombra. Conoció en seguida al que había derribado a Hurley, y con loco frenesí, trató de vengarle.

Levantó rápidamente su revólver y apuntó hacia el sitio en que sabía se encontraba La Sombra.

La automática detonó de nuevo. Esta vez su blanco no fue un cuerpo; fue una mano: la de Darley. Se oyó un grito a continuación del segundo disparo de La Sombra. El bandido soltó el arma y, agarrándose los mutilados dedos, se alejó dando traspiés.

Los policías invadieron la habitación. Algunos se apresuraron a auxiliar a su camarada herido. Otros se lanzaron en persecución del criminal, sin dejar de disparar sus armas. Los demás recorrían los pasillos en busca del misterioso personaje que se había desvanecido en aquella dirección.

Un hombre alto y fuerte penetró, en la estancia. Entró por la puerta que daba a las escaleras y accionó el conmutador de la luz, lo que hizo innecesaria la linterna del policía.

Al mismo tiempo apareció por la puerta de enfrente un anciano cargado de espaldas. Con paso vacilante, Timoteo Baruch —que tal

era el individuo-se apresuró a abrir la caja, y lanzó un grito de angustia al ver que estaba vacía.

Luego se encaró con el hombre alto, que parecía ser el jefe de las fuerzas de policía.

—¿Baruch? —preguntó el corpulento individuo.

El anciano asintió.

—Yo soy el detective Hembroke—añadió el otro—. Recibimos la confidencia de que aquí iba a ocurrir algo esta noche. Entramos por la puerta principal. ¿No la cierra usted siempre?

—¿La puerta principal? —repitió Baruch—. Claro que la cierro... por dentro...

—Pero no esta noche-replicó Hembroke—. A no ser que esos pájaros hayan entrado por allí o la abrieran después de estar dentro.

Timoteo Baruch se cogió la cabeza entre las manos y contempló el cadáver de Hurley.

—¿Mataron ustedes a éste? —preguntó—. ¿Eran más?

—Dos más —contestó Hembroke—. Uno escapó por la puerta de atrás; el otro huyó escaleras arriba. Pero, los cogeremos. Mis hombres los buscan.

La seguridad del policía pareció tranquilizar a Baruch. Éste había oído hablar de Merton Hembroke, el detective de Nueva York, cuya rápida y eficaz actuación le había hecho famoso.

Y hasta se decía que este nuevo sabueso del crimen sobrepujaba al detective José Cardona, considerado hasta entonces como el as de los policías de Manhattan.

Los agentes iban regresando para informar a su jefe. Uno trajo la noticia de que el hombre que había huido por la puerta trasera iba herido y no podía encontrarse muy lejos. Los agentes exploraban los alrededores en su busca.

Los informes de los demás policías eran peores.

Habían registrado los pisos altos y la bodega y no habían encontrado rastro del individuo que huyó por la puerta lateral, escaleras arriba.

Hembroke, rodeado de sus hombres, se aproximó a la caja de caudales. En seguida descubrió la hoja de papel depositada en su fondo. La recogió y la aproximó a la luz. Apareció una sombría expresión en el rostro del detective.

—¡La Mancha Roja! —exclamó—. ¡Otra vez tenemos en

funciones al misterioso personaje! Pero nosotros hemos hecho más que Cardona. Hemos eliminado a uno de su banda.

Agitando todavía el papel, Hembroke contempló el cadáver de Hurley. El detective reflexionó un momento, luego se echó a reír al reconocer al dinamitero.

—Es Hurley-murmuró—. ¿Quiénes serían dos otros que estaban con él?

Como contestación a la pregunta del policía, aparecieron por la puerta posterior dos agentes llevando el cuerpo inerte de Darley, y depositaron su carga en el suelo. Darley, como Hurley, estaba muerto.

—¿De modo que éste es el pájaro? —preguntó Hembroke—. Darley «el Tenacillas». Ahora lo comprendo todo. ¡Buen trabajo, muchachos! Darley era el único bandido de Nueva York capaz de abrir una caja como ésta. Por lo visto, él y Hurley trabajaban para La Mancha Roja.

El detective se volvió para dirigir una pregunta a los agentes que habían registrado la casa.

—¿Qué hay del otro individuo? Él debió de ser quien se llevó el botín.

—No pudo salir de la casa-replicó un policía—. Pero tampoco está dentro de ella.

—¡Eso no es contestar! —rezongó Hembroke—. O está aquí o no está. ¿Qué decidís?

—Pues que no está en la casa —afirmó otro agente.

—Está bien; entonces debe de haber huido-declaró Hembroke—. Lo siento, Baruch— El detective se dirigió al anciano, que se había dejado caer en un sillón—. Hemos hecho lo que hemos podido. La confidencia no llegó a tiempo para que evitásemos el robo. No obstante, han caído dos de los malhechores, y quizá podamos echar mano al tercero.

El viejo no contestó. El detective observó la expresión de fatiga de su rostro.

Timoteo Baruch, a medio vestir, se había, al parecer, levantado apresuradamente del lecho al oír el estruendo.

—Ayudadle a subir a su habitación —ordenó el detective—. No puede con su alma.

Se destacaron dos agentes y condujeron al anciano escaleras

arriba. Cuando regresaron, unos minutos después, ya estaban reunidos todos sus compañeros para recibir nuevas órdenes.

Hembroke observaba los cadáveres de Hurley y Darley. No hizo ningún comentario. Sus subordinados esperaban su decisión.

Durante este intermedio oyeron que se abría y cerraba pesadamente la puerta de la calle. Antes de que nadie pudiera hacer un movimiento, entró en la tienda un anciano cargado de espaldas, vestido con abrigo y sombrero.

Hembroke lanzó una exclamación de sorpresa, al reconocer el rostro de Timoteo Baruch.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el viejo prestamista—. Salí esta noche y...

Baruch extendió las manos y lanzó un grito al ver su caja desvalijada. Los policías cambiaron perplejas miradas.

¡Baruch había subido a su dormitorio... y entraba ahora por la puerta de la calle!

Fue Hembroke quien dio la solución, y la dio bajo la forma de una orden:

—¡Subid y atrapad al viejo que está arriba! —gritó—. ¡Es el que buscamos... un suplantador que está desempeñando el papel de Baruch!

Dos policías galoparon escaleras arriba. Hembroke, tras un momento de titubeo, los siguió.

Los agentes llegaron a la habitación donde habían dejado a Timoteo Baruch. Sus linternas iluminaron un lecho vacío; corrieron entonces hacia la abierta ventana. Los haces de luz enfocaron el callejón. Todo era soledad y negrura por allí.

En el espacio de unos minutos, el falso Timoteo Baruch había preparado su huida. Maestro del disfraz, no solamente había evitado su captura, sino que había estado presente para oír los comentarios de Merton Hembroke, desempeñando el papel de Timoteo Baruch antes de la llegada de éste.

No había nadie en el callejón; sin embargo, llegó hasta el oído de uno de los policías un débil eco que semejaba un extraño cuchicheo de la brisa nocturna.

Era la risa burlona, el grito de triunfo de La Sombra.

Los policías no reconocieron al que lo lanzaba, que debía de encontrarse ya a considerable distancia. Merton Hembroke, junto al

lecho vacío, no oyó el extraño grito. El detective y sus hombres sabían tan sólo que habían sido hábilmente burlados por un ser, que se había desvanecido en la noche.

¡La Sombra!

Ya no representaba el papel de Timoteo Baruch. Había vuelto a transformarse en el caballero de las tinieblas. Envuelto en los pliegues de su negra capa, se alejaba de aquellos lugares, silencioso e invisible.

La Sombra había cumplido su misión aquella noche. No había podido anticiparse a la Mancha Roja, pero había luchado con otros criminales y salvado algunas vidas. Además, había conseguido un atisbo de lo que se ocultaba tras el extraño episodio de aquella noche. Darley «el Tenacillas» había hablado antes de morir de un individuo que tenía todas las trazas de ser un espía de la Mancha Roja. La Sombra buscaba a aquel hombre ahora.

Más de un ciudadano del mundo del hampa respondía a las señas dadas por Hurley. La Sombra los excluiría uno a uno hasta dar con el que buscaba.

¿Qué se proponía la Mancha Roja? EL caballero de la noche creyó adivinarlo.

Algún secreto espía informó al hábil criminal del golpe que Hurley y Darley preparaban. La Mancha Roja había puesto en movimiento a sus secuaces para apoderarse del botín.

Y después había denunciado el hecho a la policía, para que Hurley y Darley fuesen cogidos al pie de la caja de caudales, en cuyo interior la misteriosa organización había dejado ya su signo.

La risa de La Sombra sonó vagamente en la oscuridad. Cuando la Mancha Roja descargase un nuevo golpe, allí se encontraría él para hacer frente a sus secuaces. La Sombra había aniquilado a Hurley y a Darley antes de que cayese la red de la policía.

La Sombra tenía la pista que necesitaba. No tardaría en descubrir al espía que la Mancha Roja había apostado en el mundo del crimen.

¡La Sombra actuaría!

CAPÍTULO V

EL COMLOT

A primeras horas de la noche siguiente salió un hombre de una estación del Metropolitano de East Side y caminó hasta llegar a una calle lateral. Luego se internó por aquella barriada y continuó avanzando hacia lugares cada vez más sospechosos.

Pasó bajo los macizos pilares de una línea de «el elevado», atravesó un estrecho callejón y penetró en un tenebroso portal. Estas maniobras llevaron al individuo a unas tortuosas escaleras que crujieron bajo sus pasos.

Llegado al final, dio dos golpes en una puerta muy necesitada de pintura.

La puerta se abrió. El visitante entró en una habitación iluminada por un solo mechero de gas. Surgió de la penumbra otro hombre y sonrió al reconocer al recién llegado.

EL visitante se sentó sobre una desvencijada silla; su huésped tomó asiento en un mugriento catre, una de cuyas patas estaba substituida por un cubo invertido.

Había un marcado contraste entre los dos hombres que celebraban la reunión en la destartalada escancia. El visitante tenía un rostro enérgico y anguloso, de repelente fealdad. Labios entumecidos, ojos pitarrosos, y pómulos salientes y sin afeitar, delataban a un hombre muy conocido en los bajos fondos sociales: Socks Mallory, asesino buscado por la policía.

El dueño de la casa era un hombrecillo comparado con el corpulento Socks Mallory. Sentado sobre el camastro, presentaba una lastimosa figura que hacía más patética la flaccidez de su rostro.

Encorvado, con expresión de rata y con todas las características

de un adicto a las drogas, esta siniestra criatura vagaba furtivamente por el mundo del hampa, sin conseguir otra cosa que desprecio para su insignificante personalidad. En los antros de la delincuencia era conocido por Spider Carew.

Aquella reunión era muy significativa. Ambos hombres eran buscados por la ley. La policía hacía mucho tiempo que perseguía a Socks Mallory, jugador de ventaja en otro tiempo, y ahora temible asesino. Pero a Socks Mallory no se le había encontrado en Manhattan.

Spider Carew también era buscado; pero no por la policía. Lo buscaba La Sombra, quien durante veinticuatro horas de investigación había llegado a la conclusión, de que el espía de La Mancha Roja no podía ser otro que Spider Carew.

Tanto Socks como Spider, parecían muy a sus anchas en el lóbrego antro donde se encontraban.

—¿Te enteraste de lo de anoche? —preguntó Socks con aire de satisfacción—. Todo salió a maravilla.

—Ya lo creo-asintió el individuo de la cara ratuna —. Y fui yo quien os proporcionó el negocio.

—Sí. Pero eso no fue todo. Cuando se presentó Hembroke con sus sabuesos terminaron de rematar la faena sin darse cuenta.

—¿Qué es lo que quieres decir? Tú me prometiste que...

—No tenía por qué darte cuenta. Yo trabajo para la Mancha Roja... no para Spider Carew.

—Lo sé, Socks. ¿Acaso no trabajo yo también para la Mancha Roja? Pero yo me refiero a algo muy diferente...

—Te comprendo, Spider-asintió Socks, recostándose en la silla —. No me gustan los curiosos, pero puesto que tú lo eres, voy a satisfacerte.

»Sabes que trabajo para La Mancha Roja. Sabes que he reunido una banda que no tiene nada que envidiar a las de los mejores «gorilas». Todos los hombres de mi equipo están perseguidos por la policía. Nos creen desunidos, pero todos estamos en Nueva York... en un sitio que jamás encontrarán.

Spider Carew asintió con un movimiento de cabeza.

—Cuando nosotros damos un golpe-continuó Socks —, no dejamos el menor rastro. Esa es nuestra especialidad.

—¿Y cómo lo hacéis? —inquirió Carew con ansiedad—. Eso es

algo que no he logrado descubrir.

—Esta noche lo sabrás, Spider. No me interrumpas mientras hablo. Como te iba diciendo, realizamos las faenas a la perfección, y sabemos cómo escapar cuando hemos terminado. Y cada vez que damos un golpe, dejamos la señal de la Mancha Roja.

—¿Y por qué hacéis eso?

—Porque los negocios que hacemos ahora, no son nada en comparación con los que proyectamos. ¡Nada! Queremos hacer de la Mancha Roja algo que espante a la gente. ¡Y ya lo vamos logrando!

Socks inició una sonrisa que resultó una grotesca contorsión, que dejó al descubierto la negra hilera de sus dientes.

—Pero anoche-sugirió Spider —, trabajasteis de modo diferente. Y aun no me has dicho por qué.

—¡A eso voy! —. Rezongó Socks—. Escucha y te lo diré. En primer lugar, la casa de empeños del viejo Baruch no está en un lugar muy apropiado. Cuando tú nos diste el soplo de la conversación que habías sorprendido entre Hurley y Darley, planeábamos otro negocio, pero no nos pareció mal el asunto. Así es que dimos el golpe mucho antes de que Hurley y Darley se presentasen. ¿Quién crees que abrió la caja?

—Gleetz «el Berbiquí» —contestó Spider.

—¡Buen olfato! —rió Socks—. ¿Y dónde crees que supone la policía que está Gleetz ahora?

—Muy lejos de Nueva York.

—Así es. Pues bien, si se hubiese encontrado violentada la caja, la policía sólo habría pensado en dos hombres: en Gleetz «el Berbiquí» y en Darley el “Tenacillas”. Y nosotros queríamos que pensase en Darley... y en nadie más.

»Por eso, una vez terminada la faena cuando calculamos que «el Tenacillas» estaría trabajando ayudado por Hurley —, telefoneamos a Merton Hembroke y le dijimos lo que se tramaba.

»El policía, se presentó con sus sabuesos en la tienda de Baruch, entró por la puerta principal, que nosotros dejamos abierta... y ya sabes el resto. Los«polis» se «cargaron» a Hurley y Darley. ¡Pero la Mancha Roja se llevó el botín!

El rostro de Spider Carew expresó la más viva ansiedad, y Socks Mallory lo notó.

—¿Se te enfrían los pies, Spider? —preguntó—. ¿Tienes miedo?

—¡No digas eso, Socks—protestó el gangster—. No tengo miedo. Pero tengo motivos para estar preocupado.

—Bien... ¿qué es lo que te preocupa?

—Lo del soplo que os di. Hay muchos “gorilas” que me acribillarían, si se enterasen de que fui yo el causante de la muerte de Harley y Darley.

—Nadie lo sabrá. Aquellos babiecas están muertos. No pueden hablar.

—Ellos no-convino Spider —; pero hay otros que pueden. Si he de continuar espiando para vosotros...

—Eso se terminó—aseguró Socks—. Ahora ya estamos preparados para mayores negocios. Esta noche voy a utilizarte, Spider, y cuando termine el trabajo vendrás con nosotros a nuestra guarida. Hasta ahora hemos salido de vez en cuando de ella para actuar al descubierto, pero desde esta noche en adelante siempre trabajaremos en la sombra y sin peligro. ¿Qué te parece?

—Que no puede ser.

—¿Que no puede ser? Ya verás si puede ser... y tú nos ayudarás. Sabrás muchas cosas, Spider. ¡Lo sabrás todo!

Socks Mallory se retrepó en su asiento y se echó a reír. Parecía disfrutar con el asombro de su compañero.

—La Mancha Roja es una organización muy poderosa, por lo que voy viendo—comentó Spider.

—¡Oh, no lo sabes bien! Pero voy a darte las consignas para esta noche. Ya sabes dónde está el viejo Banco de East Side. A un lado hay una callejuela. Frente a ella se levanta un viejo edificio que no vale un níquel. Te introducirás en él y observarás desde una de las ventanas... pero procurando estar muy cerca de la puerta.

»Nosotros entraremos en la calleja por el lado opuesto y asaltaremos el Banco. Tú nos verás. Luego saldremos por el mismo camino... y entonces te reunirás con nosotros. Para eso no tienes más que atravesar la calle y echar a correr con dos muchachos.

—¿No estarás bromeando? —preguntó Spider en tono de duda—. Cuando entréis en el Banco sonará la alarma, y no faltan vigilantes por allí...

—Por descontado—le interrumpió Socks—. Pero cuando aparezcan, iniciaremos nosotros la retirada. Nos rodearán como una

red, pero los burlaremos como otras veces.

—No creo que valga la pena el botín-objetó Spider.

—Yo sé lo que me hago, Spider-replicó Socks de mal talante —. En primer lugar, el East Side Bank es una mala covacha y será muy fácil entrar, aunque no podamos evitar las alarmas, que nos tienen sin cuidado, porque contamos con los medios para escapar. Respecto al botín, ahora hay allí muchos billetes, en una caja... que sólo la Mancha Roja conoce. ¿Te vas enterando?

Spider inclinó la cabeza para indicar que iba comprendiendo algo. Como espía secreto de la Mancha Roja, sabía que el jefe de la banda era hombre de grandes recursos.

—Quedamos, pues, en que estarás donde te he dicho-repitió Socks —. Luego serás uno de los nuestros. Y quizá te lleve mañana por la noche a otro trabajo que será como una perita en dulceañadió con maliciosa sonrisa.

Socks se levantó de su asiento, se aproximó a Spider y le musitó unas palabras al oído.

—Mañana por la noche —terminó diciendo—, voy a eliminar a Tony Lorette!

—¡Tony Lorette, el baratero de los mejores «clubs nocturnos»! — exclamó Spider—. Pero oye, Socks: ese individuo está muy bien guardado. ¡Habrás jaleo si intentas algo contra él!

—¿Acaso no lo sé? —replicó Socks—. ¿No ha sido siempre Lorette mi obsesión? ¿No regentaba yo el club Janeiro hasta que él se metió allí y me echó? ¡Aquél era mi negocio y voy a recuperarlo! La Mancha Roja quiere que lo haga así... y hay razones para ello. ¡Tony Lorette habrá terminado mañana por la noche!

Socks remató la amenaza con una brutal risotada, y se levantó de su silla.

Luego se despidió de Spider Carew con un amistoso puñetazo y se dirigió hacia la puerta.

—Me marchó-dijo —. Tengo que reunir a los muchachos. Estaremos en el East Side Bank dentro de dos horas. Tú ya sabes lo que tienes que hacer. No tengo más que decirte.

La puerta se cerró tras Socks Mallory. Spider Carew permaneció sentado en el camastro. El anguloso rostro del rufián experimentó una serie de curiosas contorsiones. Iba pasando por su imaginación todo lo que Socks había dicho.

Durante algunas semanas, Spider había sido el puesto de escucha de Socks Mallory. Todo lo que ocurría en el mundo del hampa, los comentarios que despertaban las actividades de la Mancha Roja, y otros muchos informes no menos útiles, habían ido llegando a conocimiento de Socks en sus repetidas visitas a la guarida de Spider.

Al amparo de su propia insignificancia, Spider había merodeado por los antros del delito, espiando los movimientos y sorprendiendo, los proyectos de los delincuentes profesionales. Su misión había sido después ampliada a descubrir las oportunidades de que la Mancha Roja se pudiera aprovechar.

De este modo, Spider Carew había sido la causa de que la Mancha Roja arramblase con los tesoros de la caja de Timoteo Baruch. Pero ahora Spider se deba cuenta, de que no era más que un insignificante miembro de la temible banda que utilizaba sus confidencias.

El soplo de Merton Hembroke! ¡Vaya golpe más bien calculado! ¡Un asalto al Banco de East Side! ¡Aquello aumentaría el prestigio y los provechos que la Mancha Roja había ya conseguido!

¿Quién dirigía la Mancha Roja? Spider Carew no lo sabía.

Se daba solamente cuenta de que quienquiera que capitanease a bandidos tan temibles como Socks y Gleetz, tenía que ser algo excepcional.

¡Inmunidad! Ese era el don de la Mancha Roja. Criminales hábiles, obstaculizados por el hecho de verse perseguidos, habían logrado vivir ocultos en Manhattan y operaban sobre seguro siguiendo las órdenes de la Mancha Roja.

Spider se sentía atraído por la tenebrosa organización. Tenía miedo, ahora que había traicionado a Hurley y Darley. La muerte de aquellos dos hombres no se apartaba un momento de su imaginación.

Y no es que Spider Carew tuviese conciencia. Conocía meramente la ley del hampa y sabía que él la había quebrantado. Él, también, necesitaba la inmunidad. Y Socks Mallory se la había prometido a partir de aquella noche.

Poco tiempo después de la marcha de Socks, Spider Carew pareció reaccionar. Se levantó del camastro, se puso un sombrero y un mugriento gabán y apagó el mechero de gas.

A los pocos momentos bajaba las desvencijadas escaleras de su mechinal y se encaminaba a la calle por donde pasaba “el elevador”.

Aquella, pensaba Spider, sería la última noche en el sector del hampa. Y el pensamiento promisor aceleraba sus pasos hacia la taberna «El Corsario Negro», donde se proponía espiar.

Furtivamente, mirando con frecuencia hacia atrás, Spider prosiguió su peligroso camino. Su sombra tenía un apresuramiento peculiar, al pasar bajo el resplandor de los faroles de la calle.

Y ni una sola vez dejaba de volver la cabeza cuando trasponía el área iluminada. Caminaba abrumado por la congoja de que le siguiese alguien.

Pero no descubrió ser humano en su camino, y esto le dio ánimos.

Pero Spider se engañaba, a pesar de todas sus precauciones... No había visto signos de vida bajo uno de los faroles de la calle y, sin embargo, el enemigo estaba allí.

Mientras se alejaba el rufián, un reguero de sombra atravesó la zona iluminada. Era la alargada silueta de un ser viviente; pero Spider, que buscaba un cuerpo sólido, no la vió.

Spider, siguió su camino. No volvió a mirar hacia atrás. Su encorvado cuerpo desapareció en la esquina de la calle. La negra silueta le seguía como si fuese su sombra.

La movable silueta tenía un siniestro significado. Silenciosa e inadvertida, era la indicación cierta de la presencia de un ser a quien los malhechores, como Spider temían sobre todas las cosas del mundo. El espía de la Mancha Roja habría quedado petrificado de espanto, de haber sabido quién le seguía.

¡La Sombra, señor de las tinieblas, había encontrado la pista de Spider Carew.

¡Adónde quiera que Spider fuese esta noche, allí estaba La Sombra! Iba a cometerse un nuevo crimen. Pero esta vez no por sugestión del espía secreto, que debía estar allí para presenciarlo.

Negros nubarrones se cernían sobre los secuaces de la Mancha Roja.

¡Involuntariamente, Spider iba a actuar de guía hacia la escena del crimen!

¡La Sombra sabía!

CAPÍTULO VI

EL ROBO DEL BANCO

CUANDO Spider abandonó el antro conocido por «El Corsario Negro», se internó por una intrincada maraña de callejuelas que le condujeron a los alrededores del Banco del East Side.

Siguiendo la acera, pegado al muro de un elevado edificio, el rufián dobló una esquina y se deslizó por una calle lateral hasta llegar al caserón frontero al Banco.

Era un viejo edificio que llevaba vacío muchos meses. Spider se agarró a unos salientes de la planta baja y penetró por una ventana. Unos minutos después observaba la calle por un polvoriento cristal de la delantera de la casa.

En el sitio donde Spider había abandonado la acera, se proyectó sobre el pavimento una sombra extraña. No parecía haber razón para su existencia, pues no se veía a nadie. Sin embargo, era el indicio de la presencia de un ser viviente.

La Sombra, invisible en la semi oscuridad, estudiaba el camino que Spider Carew había seguido. Sus ojos penetrantes y ardientes miraban hacia la ventana por donde había entrado el rufián.

La Sombra sabía que no podía haber incentivos para el delito dentro de aquel destartelado edificio. Y adivinó rápidamente que el único propósito de Spider era observar algo en secreto.

La fachada principal del edificio del East Side Bank, se destacaba al otro lado de la calle. Era una construcción de ladrillo que tenía apariencias de prisión. Aunque de fundación muy antigua, el East Side Bank continuaba haciendo operaciones con los grandes comerciantes instalados en la vecindad.

Al mismo tiempo, los directores no habían creído conveniente modernizar el edificio. De todos los Bancos de Manhattan, era el

menos preparado para resistir el asalto de los bandidos.

La presencia de Spider Carew en el edificio frontero era un buen indicio de que el Banco, había sido elegido como objetivo por los gangsters.

La Sombra, avanzando silenciosamente a lo largo de la calle, se colocó en un punto estratégico y atravesó tan diestramente la calle, que su paso sólo fue indicado por un ramalazo de sombra sobre el asfalto.

El caballero de la noche se apostó después, a la entrada del callejón lateral del Banco.

Spider Carew no vió a La Sombra. Atisbando desde su ventana, el espía sólo tenía ojos para lo que ocurría en el edificio de enfrente.

Brilló un débil resplandor una manzana más arriba, y, a su luz, Spider reconoció las siluetas de unas formas humanas.

¡Socks Mallory y sus hombres! ¡Ya estaban allí!

Los asaltantes echaron por el lado del Banco. El ataque por sorpresa había empezado. Una pequeña puerta que daba al callejón, era el sitio elegido por los malhechores para realizarlo.

Spider Carew creía que era él solo el que presenciaba aquellas maniobras. Se equivocaba. La Sombra estaba apostado en la entrada de la calleja. Su penetrante mirada no perdía detalle de aquella criminal actividad.

La Sombra permaneció sin embargo inmóvil, silencioso e invisible. Luego se alejó sigilosamente en la misma dirección por donde había venido. Había comprendido que un ataque contra los asaltantes les haría huir por una avenida distante, y allí es dónde les esperaba La Sombra.

Spider Carew oyó el apagado ruido de una puerta al abrirse. Las palanquetas de acero habían entrado en acción. Los secuaces de la Mancha Roja iniciaban su tarea. Llegó basta Spider el repiqueteo chillón de un timbre.

Sonaba la alarma. Spider conocía la eficacia de los dispositivos de alarma de los Bancos y la rapidez con que la policía solía responder a ellos. Socks Mallory y sus camaradas habían entrado. No tardarían en salir. Entonces sería el momento de unirse a ellos.

El rufián descorrió el pestillo de la vieja ventana, la levantó y se preparó para saltar a la calle. De pronto sintió la detonación de una automática y se agachó sin dejar de atisbar por encima del

antepecho.

Surgió un cañonazo del callejón. Y a la solitaria calle repitió el eco de otro disparo.

¡Alguien se había apostado en la esquina más arriba y hacía fuego contra los que guardaban la puerta violentada!

Éstos dieron el grito de alarma. Empezó el tiroteo. Spider no perdía detalle.

Un grupo de malhechores contestaba a balazos al inesperado enemigo, que les cortaba el camino elegido para la retirada.

Los que estaban dentro del Banco oyeron los disparos y, sin terminar su tarea, corrieron a ayudar a sus compañeros, creyendo que la policía había llegado ya.

¡Bien había ejecutado La Sombra sus planes! Había esperado a que los bandidos penetrasen en el edificio y provocasen el funcionamiento de los timbres de alarma. Y ahora, con su rápido ataque, los contenía mientras estaba en camino la Ley.

Spider Carew vió que caía un bandido; luego otro. El resto buscó refugio en el espacio que conducía a la trasera del edificio, sin dejar de disparar contra el invisible atacante cuya presencia parecía ilusoria.

Se oían las detonaciones de las automáticas a intervalos inesperados.

Cuando los bandidos disparaban hacia un sitio, La Sombra no estaba ya allí.

Continuó el extraño combate; se oyó luego a lo lejos la estridente bocina de un coche de la policía.

Los bandidos capitaneados por Socks Mallory quizá no la oyeran, pero su jefe debió presentir que la intervención de la policía era inminente. Spider Carew vió que media docena de revólveres disparaban a la vez; Luego otra rociada y después una pausa.

¿La respuesta?

Poderosas granizadas de plomo, de las automáticas empuñadas por el oculto luchador del otro extremo de la calle. Los bandidos iniciaron una repentina retirada hacia la calleja desde la que espiaba Spider. Disparaban a ciegas; luego echaron a correr. Uno de sus miembros cayó de bruces y fue llevado a rastras por dos de sus compañeros.

El coche de la policía corría calle abajo.

Spider podía ver ya sus luces. Los malhechores se dispersaron. Socks Mallory huyó acompañado de algunos, sin dejar de disparar hacia atrás.

El coche de la policía se detuvo frente al edificio del Banco. Surgió un bandido, de no se sabía dónde, saltó sobre el cárter del coche y apuntó directamente a través del parabrisas.

Spider vio surgir un fogonazo y el bandido cayó al suelo. Alguien había paralizado su brazo en el momento preciso.

Saltaron del coche cuatro agentes. Dos echaron a correr por el lado del Banco. Pasaron, por el mismo sitio de donde había salido el fogonazo de la automática visto por Spider. Las otras dos agentes se dedicaron a perseguir a Socks Mallory y a los hombres que le acompañaban en su huida.

En aquel momento, Spider vio algo que le heló la sangre. En medio de la momentánea tranquilidad que reinaba en torno al abandonado coche de la policía, entró en la franja de luz que proyectaban sus faros una alta y misteriosa figura.

Spider reconoció inmediatamente su identidad. Era La Sombra, envuelto en su negra capa y oculto el rostro bajo las amplias alas de su sombrero.

¡Era él quien había iniciado aquel contraataque para derrotar a Socks Mallory y su banda de criminales!

¡La Sombra! Spider Carew se acurrucó lleno de espanto, mientras sus temblorosos labios musitaban el nombre del temido vengador. Un terror mortal se apoderó del cobarde rufián que había servido de espía a la Mancha Roja. Spider se dio cuenta de que su propia plan había fracasado.

¡Ya no podía reunirse con Socks Mallory!

La odiada figura de La Sombra desapareció con maravillosa rapidez. Spider comprendió adónde había ido.

¡La Sombra retrocedía por un pasaje que daba a la otra calle, para volver a contener a los bandidos en su huida!

Había en el suelo cuatro cuerpos inmóviles, tumbados por las balas de La Sombra. Otros habían resultado heridos, pero escapaban tras de Socks Mallory. Spider no podía prestarles ninguna ayuda. Su propia piel era su único pensamiento.

Caminando a tientas en la oscuridad, Spider llegó a una ventana trasera de la vieja casa. Saltó por ella y cayó pesadamente sobre el

cemento. No hizo caso de sus magulladuras. Vió un pasadizo y se escurrió por él. Tenía únicamente un deseo: llegar a su guarida antes de que La Sombra descubriese su rastro.

Entretanto, La Sombra continuaba actuando. El caballero de la noche había atravesado el pasaje. Al llegar a la calle que se dirigía por detrás del Banco, su penetrante mirada percibió en la próxima esquina unos gangsters que huían. Su automática rugió, a tiempo de derribar a uno de los fugitivos.

Atronaron los revólveres la calle. La Sombra se retiró. Llegaban nuevas fuerzas de policía. De no haberse presentado éstas, La Sombra habría seguido la lucha; pero ahora su presencia no era ya necesaria.

El ruido de la persecución murió en la lejanía. Se oían los ecos de las detonaciones en las manzanas próximas. Socks Mallory y sus hombres se encontraban en un verdadero aprieto. Su crimen había quedado frustrado; la huída era cada vez más difícil.

Los policías que cruzaban por delante del edificio del Banco se detuvieron al oír un grito extraño que resonó en el estrecho pasaje. Era como una risa triunfal y burlona... ¡Una explosión de júbilo que parecía venir de otra esfera!

¡La risa de La Sombra!

Los policías no la reconocieron, pero los llenó de alarma. Titubeando, enfocaron sus potentes linternas hacia el sitio de donde había salido.

Los haces de luz no revelaron nada. El único indicio de una presencia viviente era el eco de su risa, no extinguido todavía.

La Sombra había desaparecido. Había hecho frente a los secuaces de la Mancha Roja y los había vencido en su siniestro juego. Habían huido como ratas en busca de sus escondrijos, siguiendo a Socks Mallory, su desesperado jefe.

¡Crimen abortado! Tal había sido la labor de La Sombra aquella noche. Un cordón de policías iba cercando los alrededores del Banco de East Side. Quizá bastara para atrapar a Socks Mallory y sus hombres; aquello no era misión de La Sombra.

El invisible luchador se había desvanecido como un fantasma.

¡La Sombra había triunfado!

CAPÍTULO VII

POR TELÉFONO

RALPH Weston, comisario de policía, se encontraba en un pequeño despacho de su lujosa residencia. Se ocupaba en el estudio de los informes del abortado delito, veinticuatro horas después de la lucha en torno al East Side Bank.

Weston era un hombre dinámico. Había obtenido grandes éxitos como comisario de policía, debido a sus persistentes esfuerzos por llegar a las raíces del crimen.

Para él la existencia de la Mancha Roja era algo tan real y horripilante como los periódicos se esforzaban por demostrar.

Weston estaba preocupado esa noche. Hacías dos días que la policía intervenía en nuevos delitos y, aunque se había impuesto la Ley, todavía no había conseguido la victoria definitiva.

Durante dos noches consecutivas, el detective Merton Hembroke había realizado batidas muy eficaces. En una de ellas había penetrado con un grupo de agentes en la casa de préstamos de Timoteo Baruch.

Dos criminales, Hurley y Darley, habían sido sorprendidos ante una caja de raudales violentada. Ambos habían resultado muertos.

Aquello no había salido mal; pero la parte desgraciada del asunto era que la caja de Baruch había sido desvalijada anticipadamente, y que la hoja de papel dejada en su interior indicaba que era obra de la temible banda, que seguía las inspiraciones del desconocido criminal llamado la Mancha Roja.

La noche anterior, un grupo de malhechores había atacado el East Side Bank. La policía, respondiendo a las señales de alarma, había ahuyentado a los criminales. Cinco habían caído; otros dos habían resultado heridos, y los demás lograron huir. De los muertos,

dos lo habían sido en el acto, y otros tres a consecuencia de sus heridas; pero de éstos ninguno había hablado.

Sus labios parecían como sellados para todo lo que se refiere a la actuación de la Mancha Roja.

En el suceso de la noche pasada no se había encontrado papel alguno con la marca bermeja; sin embargo, Weston estaba seguro de que la Mancha Roja había intervenido en él. Los cinco bandidos muertos eran delincuentes profesionales, a quienes la policía creía fuera de Nueva York.

El comisario Weston cogió de encima de su mesa un periódico de la tarde.

Aparecía en la primera página su propio retrato, junto con su declaración de que aniquilaría a la Mancha Roja sin perdonar medios para ello. Weston, en efecto, había hecho correr la voz de que se concedería la inmunidad a quien pusiese a la policía sobre la pista de la temible banda.

Weston empezó a pasear por su pequeño despacho. No mucho antes había hablado con el inspector Klein sobre la manera de aclarar aquellos nuevos delitos.

El detective José Cardona, considerado como el as de las fuerzas de policía de Nueva York, continuaba aún investigando los primeros casos en que había intervenido la Mancha Roja.

Entretanto, otro policía había conseguido sobresalir notablemente. Era Merton Hembroke, cuya sorprendente intervención en el asunto de Baruch, había constituido el primer éxito contra la tenebrosa organización, y que se ocupaba ahora en aclarar lo del intento de robo al Banco de East Side.

El comisario Weston sentía gran admiración por la habilidad y perspicacia de José Cardona, pero al mismo tiempo le decepcionaba la falta de resultados del as de los detectives neoyorquinos. En otros tiempos, Weston había trabajado con Cardona, y éste había sabido llegar siempre al final.

A Weston se le planteaba esta noche un nuevo problema que admitía una nueva solución. En lugar de confiar en Cardona podía hacerlo en Hembroke.

Klein acababa de informarle de que el detective se encontraba en la jefatura, esperando algunos informes que le permitieran continuar la persecución de la Mancha Roja.

El repiqueteo del teléfono interrumpió el soliloquio de Ralph Weston. El comisario recogió el aparato y rezongó un seco «diga» en el micrófono. Una pausa. Se oyó a continuación una voz sibilante, que Weston no reconoció.

—Diga-repitió el comisario —. ¿Quién es?

—¿Es usted el comisario Weston? —preguntó la voz.

—El comisario al habla-contestó Weston.

—Oiga-dijo nerviosamente el comunicante —, ¿es cierto eso que ofrece usted en el periódico de esta noche? Si hay alguien que pueda revelar algo de la Mancha Roja, ¿lo tratará usted con benevolencia?

—¿Es que sabe usted algo? —preguntó a su vez Weston.

—Sí, pero no diré nada hasta que le vea a usted. No me fío de la policía. No...

—¿Es una broma? —preguntó Weston de mal talante.

—Nada de bromas, señor comisario-insistió la voz, en tono menos quejumbroso —. Le daré a usted algún detalle por aquí si me promete una entrevista. Durante ella puede acompañarle algún agente. Prométamelo y le diré quién soy.

El comisario Weston era hombre perspicaz. En seguida se dio cuenta de que tenía a un verdadero confidente, al otro extremo del hilo conductor.

Si le alarmaba lo más infinito, el individuo cortaría la comunicación; pero darle demasiadas seguridades podría igualmente despertar su desconfianza.

Weston decidió, pues, obrar con tacto para aprovechar la oportunidad que se le presentaba.

—Si no se trata de una broma-dijo con voz suave —, estoy dispuesto a hablar con usted. No importa que esté usted complicado en los delitos de la Mancha Roja.

—No lo estoy, comisario-interrumpió la voz —. Voy a anticiparle algo. ¿Me escucha usted?

—Sí. Hable.

—He estado en relación con un individuo que trabaja para la Mancha Roja. ¿Comprende? Quería que me fuese con él... Me tiene atemorizado. La Mancha Roja proyecta un gran golpe, comisario: Usted puede poco contra ella, pero hay alguien que ya le ha hecho frente. ¡Me refiero a La Sombra! ¡Yo la he visto con mis propios

ojos!

El comisario Weston reprimió un gruñido de desdén. Había oído hablar de La Sombra, un extraño fantasma todo vestido de negro, que luchaba contra el crimen por propia iniciativa. Una de las creencias favoritas de José Cardona era La Sombra.

Y aquella voz temblorosa que hablaba desde un desconocido rincón de Nueva York, venía a añadir nuevos testimonios para probar su existencia, cosa que Weston siempre se había resistido a admitir.

—Si La Sombra da con la Mancha Roja—añadió la voz, más temblorosa que nunca —, quizá me aniquile también a mí, porque sé algunos de sus secretos. Por eso quiero ponerme bajo su protección, comisario.

—Pero todavía no me ha dicho usted nada —objetó Weston.

—Espere, comisario. Hay un individuo llamado Socks Mallory, que todos creen fuera de Nueva York. Pero está aquí... y tomó parte en lo de anoche. Ahora se propone dar el golpe a un pez gordo llamado Tony Loretta...

¡Siga, siga! —animó Weston al ver que la voz parecía desfallecer.

—No puedo decir más-sollozó el informante —. Tengo que verle a usted. Si Socks supiera que le estoy delatando, me mataría.

“Escuche, comisario. Voy a decirle el camino que seguiré, y usted mandará vigilar me. Envíe algunos agentes que me conozcan y me sigan los pasos.

—Continue —invitó Weston—. Haré todo lo que usted me indique.

—¿Le conviene recibirme de aquí a una hora? —preguntó la voz en tono más tranquilo.

—No hay inconveniente.

—De acuerdo, entonces. Dentro de una hora saldré de la Calle Catorce por la estación subterránea de la Avenida Lexington. Diga a los agentes que me escolten discretamente. Me llamo Spider Carew. No les costará trabajo reconocerme. Soy de estatura baja, llevo gorra y un suéter bajo la americana. Tomaré el tren local en la Calle Treinta y Tres. Que me sigan los agentes... pero si me meten preso, no hablaré. ¿Conformes?

—Conformes, Carew-dijo Weston, con voz suave —. Venga aquí

directamente. Nadie le molestará. Se lo prometo.

—Me vuelvo a mi escondite-informó Spider—. Después me dirigiré al ferrocarril subterráneo. ¡Jugaré limpio, comisario!

El receptor emitió un chasquido y quedó cortada la comunicación.

EL comisario Weston no desperdició un minuto y llamó al inspector Klein.

—De aquí a una hora-le dijo cuándo estuvieron al habla—, un individuo llamado Spider Carew entrará en la línea de la Avenida Lexington, en la Calle Catorce. Luego se dirigirá hacia aquí. Quiero que se le siga, pero sin detenerlo.

Se oyó por el teléfono la conformidad de Klein.

—Es un individuo bajo-siguió explicando Weston—. Lleva gorra y un suéter debajo de la americana. Tomará el tren local hasta la Calle Treinta y Tres. Desde allí vendrá directamente a verme.

Weston colgó el aparato después que Klein, le hubo prometido que tomaría las medidas pertinentes. Unos minutos más tarde sonó el timbre y el comisario volvió a oír la voz del inspector.

—He dicho al sargento detective Markham que vigile a Spider Carew —explicó Klein—. Y se disponía a salir con tres hombres cuando se ha presentado Hembroke en mi despacho.

—¡Magnífico! —exclamó Weston—. ¿Piensa usted dedicarle también a este trabajo?

—Sí —contestó Klein—. Me ha hecho una valiosa sugerencia. Los detectives saldrán de aquí separadamente y cada uno llegará a la Calle Catorce dentro de treinta minutos. Allí se apostarán de modo que puedan observarse mutuamente. Cuando alguno descubra a Spider, todos los demás le seguirán.

—Muy bien-aprobó Weston—. Me parece mejor que enviarlos formando grupo.

—¿Algo más, comisario?

—Sí.

Weston recordó su conversación con Spider. Naturalmente, el comisario habría mencionado los nombres de Socks Mallory y Tony Loretti; pero otro nombre barrió aquellos de su imaginación.

—Ese tal Carew-la voz de Weston adquirió un tono irónico—, dijo que temía a La Sombra. Se lo digo a usted, inspector, pero no hay necesidad de que lo sepan sus hombres. Usted ya conoce mi

opinión respecto a La Sombra. ¡No es más que un mito! Y no tengo nada más que decirle, inspector.

Terminó la conversación. El comisario Weston se sentó delante de su mesa.

Recordó de pronto los nombres de Mallory y Loretta y los anotó en una cuartilla. Aquello podía esperar. Spider Carew se había comprometido y no tardaría en comparecer. Un interrogatorio frente a frente le proporcionaría más detallada información respecto a la Mancha Roja.

El pensamiento de Weston voló de pronto hacia La Sombra. A pesar de su incredulidad en las actividades de aquel misterioso personaje, que luchaba contra el crimen, no podía olvidar el tono de temor de la voz de Spider.

¡La Sombra! Weston dudaba ya de sus propias opiniones. Spider Carew había dicho que había visto a La Sombra. Sería aquel un punto sobre el que Weston, interrogaría al informante cuando éste acudiese a la entrevista.

¡Weston creía que La Sombra era un mito!

CAPÍTULO VIII

EN EL FERROCARRIL SUBTERRÁNEO

UNA hora después de haber telefoneado al comisario de policía Weston, Spider Carew llegó a la estación de la Calle Trece del ferrocarril subterráneo de East Side.

El rufián se mostraba más desconfiado que nunca. Miraba furtivamente a su alrededor, como esperando que alguien se le acercase.

Spider estaba seguro de que los detectives rondaban por allí, pero temía que no actuaran con arreglo a lo convenido. A Spider le preocupaba la doble traición que estaba perpetrando contra Socks; sin embargo, estaba seguro de que no tenía nada que temer, por parte del jefe de la banda al servicio de la Mancha Roja.

Lo que torturaba la imaginación de Spider era el recuerdo de La Sombra. El miedo que le inspiraba le anulaba todos los demás temores. Nada de ello Spider estaba completamente cierto —, podía contener la cólera de La Sombra.

Y el rufián temía que el misterioso vengador estuviese ya sobre su pista.

Junto al andén del ferrocarril subterráneo habían hecho alto, en su viaje hacia la parte alta de la ciudad, un tren local y un expreso, Spider cruzó el andén. Había en él cuarenta o cincuenta personas. Spider se mezcló con un grupo, tratando de pasar inadvertido.

La policía vigilaba ya a Spider Carew. El sargento detective Markham, el detective Merton Hembroke y tres agentes no le perdían de vista. Spider penetró en el tercer coche del tren local. Hembroke vió que le siguieron tres detectives, y subió también al tren.

¿Dónde estaba Markham? Hembroke, siempre alerta, recorrió el

andén con la mirada. Vió que Markham esperaba todavía. El sargento detective avanzaba lentamente a lo largo del andén.

Hembroke frunció el ceño. Con algún fin especial, Markham había decidido rezagarse, actuando independientemente de sus compañeros.

El tren local arrancó. Hembroke se encogió de hombros y, para dar ejemplo a los otros tres, se mantuvo alejado de Spider Carew. Éste iba de pie, agarrado a una de las correas del techo, mirando al exterior por una ventanilla abierta.

Sobre el andén de la Calle Catorce, el sargento detective Markham miraba disimuladamente a un individuo, apoyado en la columna de una máquina distribuidora de pastillas de goma de mascar.

Mientras Markham lo observaba el sospechoso volvió la espalda y fingió querer introducir una moneda en la ranura del aparato. Markham estaba seguro de haber visto a aquel individuo alguna vez. Era alto, fuerte y sus facciones delataban a un profesional del crimen.

Las reflexiones de Markham quedaron interrumpidas por el estruendo de un expreso que penetraba en la estación. Vió entonces que el individuo se dirigía lentamente hacia un coche.

Luego, con un impulso, abandonó bruscamente el andén y penetró en el convoy por otro sitio. Las puertas empezaban a cerrarse. Markham dio un salto y subió al tren, dos coches más atrás.

Al arrancar el expreso, el detective caminaba ya por los pasillos hacia el departamento ocupado por el sospechoso sujeto. Ya eran cuatro los policías que vigilaban a Spider Carew; no estaba de más que alguien vigilase también al desconocido viajero. Podía haber alguna relación entre él y Carew.

El sargento detective llegó al coche en que viajaba el individuo objeto de sus sospechas, en el preciso momento en que el expreso pasaba por la estación local de la Calle Dieciocho. Y entonces sucedió lo inesperado.

Ante los ojos de Markham se desarrolló un drama, con tal rapidez, que el detective no se dio cuenta de lo que iba a suceder hasta que ya había sucedido. Un instante antes Markham había reconocido el perfil del hombre a quien iba vigilando. Unos labios

bestiales, una nariz achatada, una frente saliente; tales facciones y unas mejillas descuidadamente afeitada, despertaron los recuerdos del sargento detective.

¡Socks Mallory! ¡El tahúr de otros tiempos, gerente del Club Janeiro, perseguido por asesinato! ¡Ese era el sujeto a quien Markham se había decidido a seguir, obedeciendo a una corazonada!

El tren local acababa de salir de la Calle Dieciocho, y en el mismo instante en que Markham hacía su descubrimiento de la identidad de Mallory, el expreso le iba dando alcance.

El sargento detective percibió un brillo peculiar en la mirada de Mallory. En seguida se dio cuenta de que el individuo iba observando algo, por la ventanilla.

Markham miró en la misma dirección. Se encontraba ahora próximo a la delantera del coche, y Mallory justamente en el centro. Así, mientras el tren local avanzaba lentamente y el expreso iba ganando velocidad, Markham pudo observar claramente a los ocupantes del tercer coche del primer tren.

Spider Carew iba agarrado a una correa. Hembroke y los otros tres detectives estaban distribuidos a poca distancia. Markham notó cierta expresión de ansiedad en que rostro de Spider.

El expreso aminoró algo la marcha. Markham miró por la ventanilla de su coche y de pronto se dio cuenta de que Socks Mallory se encontraba en línea recta con Spider Carew.

Los dos trenes rodaban ahora casi a la misma velocidad. En el tren local los detectives que observaban a Spider vieron aparecer una mirada de espanto en el rostro del rufián. Miraron entonces en dirección al expreso.

¡Y, como Markham, vieron a Socks Mallory!

El jefe de los gangsters sacó un revólver del bolsillo y con movimiento rápido y decidido asomó el arma por la ventanilla abierta y apuntó a Spider.

Con los dos trenes marchando a la misma velocidad y en direcciones paralelas, Mallory tenía un blanco perfecto a una distancia no superior a seis pies.

Al fogonazo del revólver siguió una detonación, que apenas fue oída entre el estruendo de la marcha. Sonó inmediatamente un segundo disparo. Pero esta segunda bala no fue necesaria. La

primera había encontrado su blanco; la segunda alcanzó a Spider Carew cuando soltaba la mano de la correa.

Los detectives del tren local empuñaron sus revólveres. Markham, en el expreso, hizo lo propio.

Socks Mallory actuó con asombrosa rapidez. Apenas hecho el segundo disparo, levantó la mano libre y tiró de la correa del mecanismo de la alarma que corría a lo largo del coche. Chirriaron los frenos de aire. Los coches del tren local continuaron desfilando en rápida sucesión, mientras el expreso se detenía bruscamente.

Socks Mallory se lanzó hacia el otro extremo del coche. Nadie intentó detenerlo. Markham no podía disparar; había demasiada gente en el pasillo.

Cuando el sargento detective logró llegar al otro extremo del vehículo, Socks había abierto la puerta de comunicación y saltaba a la vía.

Markham hizo unos disparos, pero las balas se estrellaron contra un poste. A continuación el detective saltó del tren para perseguir al fugitivo. Socks Mallory había indudablemente retrocedido hacia la estación de la Calle Dieciocho. Markham echó a correr en aquella dirección.

EL bandido le llevaba mucha delantera; no pudo encontrar rastro de él.

Markham empleó cuatro minutos en llegar a la estación de la Calle Dieciocho, entretanto; Un tren local ascendente y otro descendente le obligaron a ceñirse a la vía del expreso.

AL divisar las luces del andén de la estación, Markham se detuvo. Pensó que Socks podría haber intentado huir por aquel sitio; pero comprendió que el asesino habría sido visto en seguida, al trepar a la plataforma.

Markham esperó un minuto, indeciso entre seguir por la vía o subir al andén.

De pronto brilló en la plataforma la luz de una linterna, y Markham oyó que alguien le llamaba por su nombre. El sargento detective cruzó entonces la vía y levantó los brazos para que lo izaran al andén.

Era Merton Hembroke quien lo había llamado. El detective explicó cómo había vuelto a la Calle Dieciocho con tanta rapidez.

—Vi que se detenía el expreso-dijo—. Al llegar el tren local a la

Calle Veintitrés, dejé allí uno de mis hombres. Otro fue a telefonar. Y me traje conmigo al tercer agente, que se encuentra ahora en el otro andén. El que fue al teléfono, está avisando a la jefatura para que vigilen las calles Catorce y Veintiocho.

—¿Y las salidas de salvamento? —preguntó Markham—. Por el camino pasé por delante de una de ellas, pero no vi al individuo que he venido siguiendo.

—En la de la Calle Veintitrés hay dos policías —respondió Hembroke—. Los envié para vigilar. La jefatura se preocupará de hacerlo con las demás. Yo vine aquí en taxi... en un vuelo. Escuche, Markham: vi al individuo y me pareció reconocerlo. ¿Sabe usted quién era?

—Socks Mallory-contestó Markham —. Se le busca hace tiempo por asesinato.

—¡Ese es el pájaro! —exclamó Hembroke—. ¡Ahora lo recuerdo! Voy a cursar el aviso inmediatamente.

—Vaya, vaya usted —accedió Markham—. Yo quedaré al cuidado de la línea.

El detective se picó momentáneamente de que el sargento quisiera asumir el mando; luego se le ocurrió otro pensamiento y habló en tono de subordinado, aunque sus palabras implicaban una sugerencia.

—Supongamos que voy a ver al comisario-dijo —. El jefe espera da visita de Spider Carew... y Spider ha muerto.

—Muy bien-convino Markham.

Hembroke se lanzó a la salida. Al llegar a lo alto de la escalera le salieron al paso dos policías y les mostró su insignia.

—El sargento detective Markham queda encargado del servicio-anunció —. Socks Mallory es el hombre que estamos buscando.

AL llegar a la esquina de la calle se detuvo un momento; se aproximaba un coche de la policía, haciendo oír incesantemente su sirena. Unos momentos más tarde se apeaba de él el inspector Klein.

Hembroke se le aproximó y le informó de lo sucedido con Socks Mallory; luego añadió que se dirigía a ver a Weston, contando con la aprobación de Markham.

—Muy bien —convino Klein—. Dése prisa, Hembroke.

A lo largo de la Avenida, Hembroke fue encontrando a policías y detectives que acudían a la busca del criminal. La audaz hazaña de

Socks Mallory había sido ejecutada rápidamente. La respuesta de la ley no había sido menos rápida.

El detective Hembroke subió a un coche y dio al conductor la dirección de Weston. Socks Mallory continuaba en los subterráneos.

Todas las salidas del ferrocarril estaban tomadas. Fuera o no capturado el asesino, sólo elogios merecía la rápida actuación del detective.

CAPÍTULO IX

LA PISTA DE LA SOMBRA

MIENTRAS policías y detectives estaban ocupados en la busca del asesino de Spider Carew, alguien a quien el muerto había temido mucho investigaba por cuenta propia.

La Sombra, actuando por los bajos fondos de la sociedad, había llegado al final de una pista. Estaba en el umbral de la guarida secreta que Spider Carew había abandonado tan recientemente.

El giro de los acontecimientos de la última noche, había obligado a La Sombra a abandonar su primitivo plan. La Sombra había utilizado a Spider como medio para localizar el sitio, donde los secuaces de la Mancha Roja se proponían realizar su próxima hazaña. Luego, ocupado en la persecución de los malhechores, no había vuelto a dedicar su atención a Spider.

Después de su lucha con la banda de Socks Mallory, La Sombra había resuelto renunciar a su caza, dejando ésta al cuidado de la policía. Pero ésta había fracasado. Los secuaces de la Mancha Roja habían desaparecido tan misteriosamente como de costumbre.

Dos caminos se abrían ante La Sombra. Uno, vigilar los alrededores del Banco East Side; otro, localizar el escondite de Spider Carew. La Sombra eligió este último. Spider Carew, espía y confidente, era el lazo de unión con la temible banda de la Mancha Roja.

La Sombra, no obstante, tenía que realizar una investigación difícilísima.

Hasta entonces había seguido el rastro del rufián, encontrándose éste fuera de su guarida. Pero descubrir esta guarida misma implicaba un proceso de deducción, que había que iniciar en el mismo sitio en que había visto por primera vez a Spider.

La Sombra conocía bien los barrios del hampa. Esperó hasta la caída de la tarde. Luego, disfrazado de simple trabajador, empezó sus investigaciones.

Gradualmente, había ido eliminando diferentes distritos, hasta fijar su atención en determinada barriada. La Sombra estaba seguro de que en ella se escondía Spider.

La suerte había tenido extraños caprichos aquella noche. Spider Carew, queriendo evitar su encuentro con La Sombra, había abandonado su guarida mientras La Sombra rondaba por aquellos alrededores.

Por pura casualidad, Spider había tomado una calle que La Sombra acababa de recorrer, y en cuanto telefoneó a Weston se apresuró a regresar a su escondite.

Al abandonarlo de nuevo había elegido una vez más, con afortunada acierto, un camino que le permitió escapar a las investigaciones de La Sombra. Tres minutos después de que Spider hubiese salido de su zaquizamí, La Sombra, invisible bajo el negro atavío que había adoptado al caer la noche, daba al fin con el tabuco del rufián.

Spider, para librarse de la persecución de La Sombra, se había ofrecido por teléfono al comisario Weston. Concedida la entrevista, apenas si se había preocupado de Socks Mallory.

Estaba seguro de que éste nunca sabría su juego. ¡Cuán ajeno estaba de que por huir de La Sombra iba a caer bajo las balas del asesino!

La Sombra conocía bien la psicología de los hombres de la ralea de Spider Carew. Y sabía que el cobarde rufián preferiría su escondite a los lugares más seguros, por lo que no había duda de que habría dado con él, de no haberle inspirado su temor la extraña idea de confiarse a la protección del comisario Weston.

Así, pues, muerto Spider y movilizada la policía para capturar a Socks Mallory, La Sombra, ignorante de lo ocurrido, continuó la tarea que se había fijado.

El caballero de la noche se deslizó por un dédalo de callejas y se detuvo, ante la carcomida puerta que daba entrada a la guarida de Spider.

El lugar le impresionó por su siniestro aspecto. El negro fantasma entró silenciosamente en el portal y enfocó el rayo de su

linterna hacia las desvencijadas escaleras; luego empezó a ascender por ellas lentamente.

Envuelto en densas tinieblas, el invisible investigador empujó la puerta que encontró al final de un lóbrego pasillo. La puerta se abrió; destelló otra vez la linterna, y el haz de luz cayó sobre el mechero de gas.

Llameó un fósforo; quedó iluminado el mísero tabuco. La Sombra, cuya silueta parecía bailar grotescamente a la vacilante llama del mechero, paseó la mirada por la habitación.

Había un periódico abandonado sobre el camastro. Una hoja de papel blanqueaba sobre la silla. La mano del fantasma, enguantada de negro, recogió el segundo objeto.

Unos ojos penetrantes leyeron la nota que Spider Carew había garabateado en él. Se trataba de una añagaza del rufián apara despistar a Socks Mallory, caso de que éste se presentase durante su ausencia.

La ávida mirada del caballero de la noche leyó lo siguiente:

“¡Cuidado! La Sombra acecha. Le vi la última noche. Corres peligro. Me voy huyendo de ella. No quiero que me siga, porque si llega a dar con mi paradero, podría descubrir tu pista. Ten mucho cuidado cuando vayas a lo de Tony. ¡La Sombra puede estar allí!”

La Sombra estudió atentamente la laboriosa escritura. Superficialmente parecía ser un generoso aviso de Spider a Socks Mallory. No obstante, La Sombra comprendió que carecía de sinceridad. Aquello podía engañar a Socks Mallory, pero no a La Sombra.

¿Adónde había ido Spider? El lóbrego tabuco era el refugio más apropiado para un miserable como él. Sabiendo que La Sombra lo perseguía, no era posible que se hubiese decidido a cambiar de guarida. Los individuos de su calaña confiaban siempre en la seguridad que tienen en la mano.

¿Qué se proponía Spider?

Las dos últimas frases de su escrito eran muy significativas. Eran a todas luces innecesarias las palabras que mencionaban un hecho específico. Sólo había una justificación para ellas. Spider Carew tenía alguna razón para sospechar que le sucedería algo a Mallory cuando fuese a atacar a la persona llamada Tony. Spider era un cobarde que trataba de exculparse por anticipado.

Los labios de La Sombra sonrieron irónicamente.

¡Tony! Había un Tony a quien Mallory quería «eliminar»: Tony Loretti.

Quizá Spider había ido a buscar la protección del opulento tahúr. La Sombra adivinó sagazmente que Socks, había revelado a Spider que proyectaba un golpe en su afamada casa de juego.

La Sombra volvió a sonreír. Acababa de rechazar la hipótesis de que Spider hubiese ido a prevenir a Tony Loretti. De haberse decidido a dar tal paso, Spider no habría mencionado en su escrito el nombre de la futura víctima.

Decidido a traicionar a Socks, a Spider le convenía que el jefe de la banda cayese en la trampa sin la menor sospecha.

No; Spider Carew tenía que haber ido a otro sitio.

La mirada de La Sombra se posó sobre el periódico abandonado en el camastro. Estaba doblado, y mientras las enguantadas manos lo recogían, los penetrantes ojos vieron en él las grasientas huellas de unos dedos.

Spider Carew había estrujado nerviosamente aquel periódico, mientras leía algo que tenía para él gran importancia.

La fotografía del comisario de policía Weston; la declaración hecha por el alto funcionario; tales eran los factores que habían incluido en la conducta de Spider Carew. La Sombra rió entre dientes. Había encontrado la causa de la ausencia del bandido.

¡Spider Carew había ido a ver al Comisario de policía!

Aunque ruedecilla insignificante de la tenebrosa Mancha Roja, Spider se había dado cuenta de que la ley acogería de buen grado sus revelaciones. Su papel de confidente de Socks Mallory-a pesar de haber sido útil a la Mancha Roja-no era causa suficiente para meterlo entre rejas. Por eso Spider Carew había decidido convertirse en instrumento de la policía.

La nota de aviso era una treta para mantenerse en buenas relaciones con Socks, por si Weston le ordenaba que volviese al mundo del hampa para conseguir nuevos informes.

En aquel momento. Spider estaría contando a Weston todo lo que sabía... a no ser que algo se hubiese interpuesto en su camino, trastornando sus planes.

La Sombra poseía la clave de la futura actuación de la Mancha Roja. El temible criminal utilizaba a Socks Mallory como su brazo

derecho.

La tenebrosa organización proyectaba ahora un nuevo asesinato. Tony Loretta iba a ser la víctima.

¿Era para satisfacer el odio de Socks Mallory hacia el opulento tahúr? ¿O había un propósito oculto en el proyectado delito?

La risa de La Sombra vibró en trémolos.

La luz del gas osciló, como agitada por ellos. El móvil no tenía importancia.

Lo que quería La Sombra era poder enfrentarse con los secuaces de la Mancha Roja. ¡Y no tardaría en presentársele la ocasión!

Una mano enguantada de negro extinguió el gas. La Sombra abandonó silenciosamente la guarida de Spider. El periódico y la hoja de papel quedaron en la oscuridad, en el mismo sitio donde La Sombra los había encontrado. No quedaba huella alguna de su visita.

Minutos después, una silenciosa figura se deslizaba a lo largo de la lóbrega calle. Cruzó bajo los pilares del ferrocarril elevado.

Al encontrarse en una vía mas concurrida, el misterioso personaje se detuvo junto a un coche de alquiler. La portezuela se abrió tan silenciosamente, que el soñoliento conductor no se dio cuenta.

El taxista se enteró de que tenía un parroquiano, al oír su voz a través de la ventanilla. El hombre levantó entonces la cabeza, asombrado; luego sonrió al oír que le daban la dirección de un barrio alto de la ciudad.

La larga carrera prometía una buena propina. El conductor asintió con un movimiento de cabeza, al recibir las instrucciones finales de su pasajero.

—Hay dos entradas-explicó la voz desde el fondo del carruaje—. Una por la Avenida; la otra por la callejuela. Entre por la primera. Doble la esquina. Deténgase en la segunda. Verá allí un letrero que dice: “Club Janeiro”.

¡El Club Janeiro! Allí utilizaría La Sombra esa noche su nueva pista.

¡En aquel palacio del placer, el caballero de la noche esperaría la próxima hazaña de la Mancha Roja!

CAPÍTULO X

EL CLUB JANEIRO

—**D**ICE usted que el asesino escapó... ¡y eran ustedes cinco para perseguirlo!

La observación la hacía el comisario Weston. El jefe de Policía estaba hablando con el detective Merton Hembroke.

—Sólo uno de nosotros estaba junto a él—aclaró Hembroke lacónicamente—. Los otros cuatro íbamos en el tren local; Markham era el único que viajaba en el expreso.

—Fue una torpeza por parte de Markham-rezongó Weston.

—Markham se portó admirablemente esta noche-replicó Hembroke. El detective parecía disfrutar de lo lindo rectificando las afirmaciones de su jefe—. Sospechó que iba a ocurrir algo en el expreso. Por eso subió a él. No pudo impedir el asesinato, pero reconoció al individuo que mató a Spider Carew.

—¡Eso estuvo bien! —confesó Weston.

—Además-siguió diciendo Hembroke, sentándose tranquilamente en el lado opuesto de la pequeña mesa del Comisario —, el individuo que mató a Spider está ya fichado por asesinato.

—¡Ah! —Weston, levantó la cabeza, desconcertado. Desde que bahía entrado en su despacho, el detective Hembroke no había hecho otra cosa que soltar noticias a cuál más sorprendente.

Merton Hembroke era un policía extraordinario. Tenía la virtud de despertar el interés de los que le escuchaban; y su viva descripción de lo ocurrido en el túnel fue recibida por Weston con visible ansiedad.

—¡Sí, señor; Fichado por asesinato! —repitió Hembroke—. Es un antiguo tahúr que todos creíamos fuera de Nueva York. ¡Un

criminal conocido por Socks Mallory!

El nombre provocó una pronta respuesta. Weston se puso en pie, rebuscando entre los papeles de su mesa. Al fin encontró una determinada cuartilla y la puso en manos del detective.

—¡Socks, Mallory! —exclamó—. ¡Mire esto, Hembroke! ¡Es el nombre que Spider Carew me dio por teléfono! ¡Socks Mallory!... ¡Y trabaja para la Mancha Roja!

—Veo dos nombres aquí-observó Hembroke.

—Ciertamente-repuso Weston —. El otro es el del individuo a quien Mallory se propone asesinar. Me lo dijo también Carew.

—¡Tony Lorette! —silbó Hembroke— ¿Sabe usted quién es, Comisario?

—Creo que regenta un club nocturno —contestó Weston—. He estado allí. Es un tipo sospechoso, ese Lorette... pero parece mantenerse dentro de la ley.

—Sí —convino Hembroke—; pero hay algo más que eso, Tony Lorette quitó su puesto a Socks Mallory, y no es extraño que éste quiera matarle.

—¿Dónde encontraríamos a Lorette?

—En el Club Janeiro. Tiene allí su cuartel general. Pero no creo que Lorette tenga nada que temer esta noche, Comisario.

—¿Por qué?

—Porque tenemos a Socks Mallory embotellado en el túnel. Quizá ya le hayan cogido a estas horas.

El Comisario Weston hizo un gesto de decepción, asombrado de que el detective estuviese tan desacertado esta vez.

—Pero supongamos que Mallory haya logrado escapar —replicó—. El ignora lo que Spider Carew me dijo sobre Lorette y, si se encuentra en libertad, no dejará de acudir al Club Janeiro. Allí es donde nosotros tenemos que ir también... ¡y ahora mismo!

El detective sonrió e hizo un gesto de asentimiento.

—Iremos usted y yo-añadió el comisario —, y cinco hombres de la Jefatura.

—Escuche una cosa, comisario-objetó Hembroke —. Si Socks logra escapar y se presenta en el Club Janeiro, no será prudente que encuentre tanta gente allí...

—No se preocupe por eso-le atajó el comisario, descolgando el teléfono para llamar a jefatura —. Yo me encargo de este asunto. Y

usted será mi mano derecha esta noche.

Veinte minutos después, el comisario Ralph Weston y el detective Merton Hembroke descendían de un taxi ante el Club Janeiro y se dirigían a la puerta principal.

Al entrar en el salón del elegante Club nocturno, la rápida mirada del Comisario percibió que ya había cinco detectives en las mesas cercanas a la entrada. Weston avanzó hasta otra, después de hacer una seña a Hembroke.

Apenas habían tomado asiento, cuando se aproximó el jefe de los camareros y habló a Weston en voz baja.

—Buenas noches, señor comisario-dijo el empleado—. El señor Loretti me ordenó le diera la bienvenida. Él está en su despacho, si quieren ustedes verle.

Weston dirigió a Hembroke una mirada de decepción. El detective respondió con otra parecida. Aunque habían llegado sin previo aviso, en seguida había sido descubierta su presencia.

—¿Qué hacemos? —preguntó Weston, al detective.

—No hay inconveniente en hablar con Loretti, puesto que ya sabe que estamos aquí —contestó Hembroke.

El comisario hizo un gesto afirmativo al camarero. El hombre condujo a Weston y a Hembroke a la parte posterior de un gran comedor. El trío atravesó luego un pasillo que se prolongaba en ambas direcciones.

El camarero siguió andando hasta llegar a una puerta situada al final. Dio unos golpecitos; respondió una voz. El empleado abrió la puerta e introdujo a Weston y a Hembroke en una reducida habitación-que tenía aspecto de despacho.

Había allí dos personas. Una era un individuo de mediana estatura y negros cabellos, que mostraba sus dientes de oro cada vez que abría la boca. La otra era una mujer, de pelo negro como el azabache, vestida con un espléndido traje de bailarina.

El sonriente individuo se levantó y se inclinó. Luego tendió la mano a Ralph Weston e hizo una reverencia a Merton Hembroke.

—Celebro verle por aquí, comisario-dijo—. Yo soy Tony Loretti. Esta dama es la señorita Juanita Pasquales, directora del Club Janeiro.

—¿Cómo supo usted que yo iba a venir aquí? —preguntó Weston.

—Es muy sencillo-comentó Lorette —. Hace cinco minutos que mi camarero jefe me informó de que habían entrado en el Club dos detectives y de que les había oído decir que esperaban la llegada del señor Comisario. Por eso ordené a mi empleado que vigilase la entrada y los invitase a ustedes a venir a mi despacho.

Weston se vió obligado a sonreír mientras observaba atentamente a Lorette.

La carrera de Tony era bien conocida de la policía. Tony Lorette se había introducido en el negocio de los clubs nocturnos, por el viejo procedimiento de ofrecerles su protección contra las criminales actividades de los gangsters.

Lorette había tenido éxito en esta empresa y había logrado hacerla aparecer como perfectamente legal. Mientras otros tahúres se dedicaban a la explotación del juego, él vivía de su protección.

Los clubs nocturnos habían visto amenazada su prosperidad por la rapacidad de ciertas bandas de delincuentes, hasta que Tony Lorette apareció en escena.

Desde entonces los lugares de placer habían conocido un período de verdadera prosperidad, que había llevado a Tony a la opulencia.

Juanita Pasquales era la propietaria y directora del Club Janeiro. Tony Lorette tenía en él su cuartel general, pero cobraba el tanto por ciento de los beneficios de otros muchos garitos elegantes, cuya protección encomendaba a un enjambre de subordinados.

—Supongo-dijo el tahúr, mientras Weston seguía observándole —, que se proponen ustedes hacer aquí una especie de investigación. Si es así, señor comisario, me complacerá mucho ayudar a ustedes.

Weston movió la cabeza solemnemente. Se había dado cuenta de que Lorette ignoraba la causa de la visita de la policía; por lo tanto, lo mejor era ponerle al corriente de la verdad y ver cómo reaccionaba.

—Hemos venido aquí a protegerle a usted. Lorette-anunció bruscamente —. Cierta asesino anda suelto y nos proponemos capturarlo. Y ningún lugar más a propósito que éste, porque está, usted señalado como su próxima víctima.

Tony Lorette dejó escapar una risotada y se volvió a Juanita Pasquales, quien le correspondió con una placentera sonrisa.

—¿Alguien quiere matarme? —preguntó Tony con acento de incredulidad—. ¡Eso es absurdo! ¿Sabe usted el nombre del individuo que así desprecia su vida?

—Sí —contestó Weston—. Se llama Socks Mallory.

—¡Mallory! —Loretti frunció el ceño—. ¿Pero está en Nueva York?

—Mató a un hombre anoche—respondió Weston—. Lo asesinó en el ferrocarril de la Avenida Lexington.

—¡Socks Mallory! —Loretti pronunció el nombre con un estremecimiento—. Es un mal enemigo. Ya me amenazó otra vez, pero le faltó valor para cumplir su amenaza. Le doy las gracias, comisario, por esta información. Le aseguro a usted que si Mallory viene aquí esta noche, no me pillaré desprevenido. No necesito la protección de la policía.

—Es muy posible—dijo Weston secamente—. No obstante, tendrá usted que aceptarla. ¿Es este despacho su cuartel general, Loretti?

—Sí—contestó al tahúr.

—¿Y esas otras habitaciones? —volvió a preguntar Weston, señalando las puertas.

—La de la derecha es mi despacho particular, y la de la izquierda la de la señorita Pasquales. Este es una especie de gabinete de recepción.

—Vamos, Hembroke—ordenó el comisario.

Cada uno de los policías entró en un despacho. Las habitaciones eran pequeñas. La de Loretti tenía una modesta mesa de nogal y varias sillas.

La de Juanita Pasquales estaba amueblada con una mesa, sillas y un armario con puertas de cristal. Los estantes mostraban solamente montones de periódicos y revistas.

—Perfectamente—anunció Weston cuando regresó al gabinete —; vamos a vigilar este fugar, Loretti.

—Como usted quiera; pero permita que le diga que es una molestia inútil. Yo sé bien cómo guardarme. No necesito la protección de la policía. Si Mallory viene aquí, ustedes no harán otra cosa que espantar la caza.

—En eso tiene razón Loretti—declaró Hembroke.

—Lo sé—convino Weston—. Por eso quise asegurarme de que no hay nadie en estas habitaciones. He visto, además, que sólo hay una

entrada a esta parte de la casa. Usted puede quedarse aquí, Loretta.

—Así lo haré —asintió Tony.

—Y usted, miss Pasquales, ¿dónde piensa pasar la noche? —preguntó Weston.

—En el salón-contestó la mujer —. Las atracciones van a empezar dentro de unos quince minutos y durarán una hora.

—Está bien-aprobó Weston —. Saldrá usted con nosotros. Voy a apostar unos hombres en los pasillos que conducen a estas habitaciones. Yo me sentaré en el gran salón. Si Socks Mallory viene aquí esta noche, lo atraparemos.

Apareció una sonrisa de satisfacción en los labios de Tony Loretta.

—Perfectamente, comisario-dijo —. Esos pasillos laterales dar a los cuartos de vestir y sirven también como salidas. Si sus hombres actúan discretamente, quizá dé resultado el plan.

—Hembroke-dijo al detective —, le voy a encargar a usted la vigilancia de esos pasillos. Tome tres hombres. Asegúrese de que todas las artistas han bajado al salón. Usted con un agente ocupará un pasillo, y los otros dos el opuesto. A mí me acompañará el agente que sobra. ¡Dése prisa!

Hembroke asintió y abandonó el despacho. Unos minutos después regresó para anunciar que todo estaba dispuesto.

El Comisario hizo una seña a Juanita Pasquales. Ésta abandonó la estancia, Weston observó por la puerta entreabierta, que unos minutos después conducía a su pequeño grupo de artistas hacia el salón del Club.

Hembroke había vuelto a marchar. Weston esperó hasta que reapareció para anunciar que los cuartos de vestir estaban vacíos.

—Mis hombres ocupan sus puestos-añadió —. Espere unos minutos hasta que yo ocupe el mío; luego puede dirigirse al salón. Observe usted los pasillos al pasar. Así se cerciorará de que estamos bien escondidos. Weems, el agente, que ha de acompañarle a usted, está sentado a una mesa junto a la entrada.

El comisario Weston esperó el tiempo convenido. Luego miró a Tony, y éste sonrió confiadamente. Weston abandonó el despacho y cerró la puerta tras sí.

Al cruzar los pasillos miró a la derecha, luego a la izquierda.

Los pasillos estaban en la penumbra. No se veía a nadie. Los

detectives debían estar ocultos en los extremos, más allá de los vestuarios. Weston sonrió satisfecho y continuó su camino.

Un gran biombo ocultaba la entrada del salón principal. Weston se asomó por uno de los lados y miró, buscando a Weems. El detective estaba en una mesa próxima, fija la mirada en la puerta.

El comisario se aproximó a la mesa y habló al policía en voz baja.

—Continúe vigilando, Weems-ordenó—. Voy a ocupar una mesa desde la que pueda observar también. Si ocurre algo, corra usted a los pasillos.

Weems asintió con un movimiento de cabeza.

Weston se dirigió al centro del salón y se detuvo titubeando. Se daba cuenta de que debía haber llevado más hombres; pero era una imprudencia llamarlos ahora. Weems era el único policía que vigilaba la entrada a los pasillos y, caso de ocurrir algo, el mismo Weston se vería obligado a intervenir.

La idea le hizo sonreír. No obstante, se sentía preocupado. Hembroke y los otros detectives ocupaban ya sus prestos. Era ya demasiado tarde, para adoptar nuevas disposiciones.

Miró a su alrededor y vio que en aquel momento entraba por una puerta lateral un individuo de distinguido porte y elevada estatura.

Weston reconoció inmediatamente al recién llegado. Aquellas facciones de águila, severas e impasibles; aquella mirada penetrante; aquellos labios finos y apretados, eran los de una persona que había conocido en otra ocasión.

Se trataba de Lamont Cranston, millonario, aventurero, trotamundos, cuyos viajes le habían llevado hasta las mesetas del Tibet, y cuyas grandes cacerías en las selvas africanas habían tenido resonancia mundial.

El camarero jefe del Club Janeiro, no estaba lejos de donde Weston se había detenido. El comisario se acercó a él y le habló.

—¿Ve usted aquel caballero que acaba de entrar? Se llama Lamont Cranston. Vaya en seguida y tráigalo a mi mesa.

—Esta bien, señor-contestó el criado.

Weston tomó asiento a una mesa vacante y esperó. Unos minutos después vio que se aproximaba Cranston. El millonario no revelaba la menor sorpresa.

Se acercó con la mayor naturalidad a la mesa de Weston, cogió una silla y se sentó.

—Buenas noches, Cranston-saludó el comisario.

—Buenas noches —contestó el impassible millonario.

Cranston vestía un irreprochable traje de noche. Cogió un «mentí», dio una orden al camarero y miró interrogadoramente a Weston.

El comisario sonrió, cogió igualmente una cartulina y pidió lo que deseaba.

Luego miró a su alrededor para ver si le escuchaba alguien, y empezó a hablar en tono de admiración.

—Es usted un hombre de hielo, Cranston. ¿Cómo sabía usted que yo deseaba que no demostrase, demasiado entusiasmo por encontrarse aquí conmigo?

—Yo rara vez me entusiasmo-respondió Cranston tranquilamente —. Además sabía que un comisario de policía, como usted no tendría interés en hacerse notar mucho en el Club Janeiro. ¿Qué le ha traído a usted por aquí, Weston?

—La captura de un asesino-musitó Weston —. Es un individuo llamado Socks Mallory. Tenemos confidencias de que se propone atentar contra Tony Lorette esta noche.

—Interesante-comentó Cranston —. ¿Dónde está Lorette en este momento?

—En su despacho. Tengo cuatro hombres apostados en los pasillos. Ese individuo que está cuatro mesas más allá es también uno de mis detectives. Quizá haya lucha. En ese caso confío en que contaré con otra ayuda.

—¿Con cuál?

—Con la de usted.

Apareció en los labios de Cranston una débil sonrisa. EL millonario inclinó la cabeza en señal de agradecimiento por tal deferencia.

—Traigo encima dos automáticas-siguió diciendo Weston —. Si quiere ayudarnos, una será para usted. Por debajo de la mesa...

—Pásemela-dijo Cranston imperturbable.

La automática cambió de mano. El comisario se retrepó en su asiento, animado el rostro por una sonrisa de satisfacción. El camarero llegó con lo pedido. Weston y Cranston comenzaron a

comer sin dejar de observar la puerta.

El comisario sintió renacer su confianza.

Lamont Cranston era una magnífica adquisición para las filas de la ley. No lo habría dudado un instante, de haber sabido la verdadera identidad de la persona que se disponía a ayudarle; y su asombro no habría tenido límites.

Y de haber sabido, igualmente, el propósito que había guiado a Lamont Cranston al Club aquella noche, habría quedado desconcertado.

Porque lo cierto era que el imperturbable caballero, había ido al Club Janeiro con el mismo fin que el comisario Weston y su grupo de policías; y este fin no era otro que enfrentarse con Socks Mallory.

Las facciones de Lamont Cranston, no eran mas que una caracterización para conseguir más fácilmente el triunfo.

Bajo el elegante «smoking» del desconocido se ocultaban dos automáticas, comparadas con las cuales las de Weston eran simples juguetes.

¡El Comisario de Policía estaba cenando con La Sombra!

Una vez más el misterioso personaje se había visto obligado a alterar sus planes. Solo, no podría haber hecho otra cosa que vigilar a Tony Lorette.

Pero con la policía a mano, con el comisario Weston solicitando su ayuda, ya era posible afrontar la lucha con Socks Mallory.

Bajo el disfraz de Lamont Cranston, el caballero de la noche se había convertido en el más poderoso auxiliar de Ralph Weston...

¡La autoridad policíaca que creía que La Sombra era un mito!

CAPÍTULO XI

OTRA VEZ LA MANCHA ROJA

TONY Lorette continuaba tan sereno en el despacho central de su departamento. Había transcurrido un cuarto de hora desde que le había dejado solo el Comisario Weston.

Llegaban por la puerta los apagados acordes de la orquesta. En el salón iban desfilando uno a uno los números de las atracciones.

En una de sus paseos por el despacho, Tony se detuvo, abrió el cajón de una mesa y sacó tan revólver. Jugeteó con el arma unos momentos, luego volvió a colocarla en su sitio y dejó el cajón abierto.

Tony Lorette recordó que estaba esta noche bajo la protección de la policía.

Los representantes de la Ley podían echarle en cara, la posesión de un revólver caso de entrar inesperadamente.

La afirmación del Comisario Weston de que Socks Mallory, se encontraba en Manhattan no era motivo de gran alarma para Tony. Hacia algunos meses, Mallory había iniciado el negocio de la protección de los clubs nocturnos, empezando por al Club Janeiro como cuartel general. Lorette se había apropiado después de la idea y había arrojado a Mallory de su puesto.

Para recuperarlo, Socks había reclutado algunos gangsters de los empleados por Lorette. Tras una corta lucha, Socks había huido en un taxi. Al final de la carrera había matado al conductor; y ahora le perseguían por asesinato, mientras Lorette vivía tranquilamente.

Lorette tenía esta noche algunos secuaces en el Club Janeiro. Podía haberles advertido que vigilasen, por si se presentaba Socios Mallory; pero puesto que el Comisario de policía había decidido intervenir en el asunto, era más discreto confiar en la Ley.

Después, Socks Mallory podría seguir siendo una amenaza, pero entonces él se las entendería con el bandido.

Tony se echó a reír. Era positivo que Socks no intentaría nada esta noche.

Socks era lo suficientemente astuto para descubrir la presencia del comisario de policía y sus cinco esbirros.

No obstante, Tony Loretto era un tahúr que siempre jugaba en seguro. El revólver depositado en el cajón abierto, le daba una sensación de completa seguridad.

El tahúr cogió una hoja de papel y se puso a repasar las cifras que representaban los ingresos de aquella semana. Los clubs nocturnos marchaban bien. Y los protegidos por Tony Loretto mejor que los demás.

Absorto en el estudio de las cifras, Tony Loretto no oyó un ruido que provenía del despacho central. Cuando levantó la cabeza en súbito sobresalto, ya era demasiado tarde. La mano de Loretto se detuvo en su camino hacia el cajón de la mesa.

¡Acababan de aparecer tres hombres en el umbral!

Eran tres rufianes de torvo aspecto, y su jefe, situado unos pasos más adelante, encañonaba a Loretto con un gran revólver. De los labios del tahúr salió una exclamación de reconocimiento.

—¡Socks Mallory!

—¿Te alegras de verme, eh, Tony? —rió Socks—. ¡Levántate de esa silla! De espaldas a la pared. ¡Pronto!

Loretto obedeció. Socks mascullo unas órdenes a sus hombres. Loretto, pálido como la muerte, atravesó la habitación con las manos en alto y fija la mirada en Mallory.

—¿Creíste que no volvería, eh? —rezongó el bandido—. Pues ya estoy aquí. ¡Veamos qué impresión te hace la entrevista!

Socks oprimió el gatillo con criminal delectación. Detonó el revólver repetidas veces.

Tony Loretto se desplomó al primer disparo. Socks inclinó el cañón de su arma y siguió lanzando plomo sobre el caído.

Seis balas... y todas disparadas con la misma vengativa delectación. Socks no puso cuidado en la puntería. Sabía demasiado bien que Tony no sobreviviría a aquella granizada. Al sonar la última detonación, los secuaces de Socks Mallory apagaron las luces.

Una absoluta oscuridad envolvió las habitaciones, hasta que un hombre abrió la puerta que daba al pasillo y disparó al azar repetidas veces, como rubricando su triunfo.

Aquello era un golpe teatral de Socks Mallory. Quería que el mundo se enterase de que acababa de eliminar a su rival.

Se extinguieron los sonos de la orquesta. Se oyeron en el salón gritos de mujeres. Corrió atropelladamente la gente por los oscuros pasillos. Los detectives dispararon sus armas como respuesta al desafío de Socks Mallory.

En el salón, el Comisario Weston había oído las primeras detonaciones. El policía se puso en pie de un salto y empuñó su automática.

Weems, sentado a otra mesa, desenfundó también su revólver y se puso a la expectativa. Pero Lamont Cranston fue el que actuó con más rapidez.

Levantándose con pasmosa celeridad, corrió a la puerta, empuñando el arma que le había dado Weston. Su penetrante mirada recorrió el pasillo donde el tiroteo iba en aumento.

Con un movimiento de la mano. Cranston hizo señal al comisario de policía para que se acercase y se lanzó con él al lugar de la refriega.

Los detectives corrían por el pasillo. La puerta del despacho estaba abierta: Merton Hembroke había penetrado en él, había dado la luz y, al volver la cabeza, vió al comisario y lo llamó.

—¡Venga por aquí! —gritó—. ¡Deben haber matado a Tony Loretti!

Corrieron los detectives en ayuda de Hembroke. El comisario Weston, con Lamont Cranston a su lado, entró en el despacho central, mientras los agentes se diseminaban por las otras habitaciones. Salió otra llamada del despacho de Loretti. Weston corrió en aquella dirección.

Encontró a Hembroke inclinado sobre el cuerpo de Tony Loretti. El tahúr estaba todavía vivo. Se movían sus labios trabajosamente.

—¿Quién te hirió? —preguntó Hembroke.

—Socks... Socks Mallory-balbuceó Loretti —. Él y otros me... me...

El tahúr inclinó la cabeza y escupió una bocanada de sangre. Su cuerpo se agitó en un estremecimiento final.

Tony Loretto había muerto.

—No hay nadie aquí—dijo una voz en la puerta. Era la de Weems —. ¿Por dónde se fueron, Hembroke?

—¡Regístrenlo todo! —ordenó Weston. Los pasillos... los cuartos de vestir... ¡no pierdan tiempo!

Los detectives se apresuraron a cumplir la orden del comisario. Weston cogió el teléfono de la mesa de Loretto y llamó a la Jefatura de Policía. A los dos minutos estaba hablando con el Inspector Klein.

—Mande una brigada al Club Janeiro—ordenó Weston —. Espere un momento, Klein... ¿qué sucedió en el subterráneo?... Nada, ¿eh?. La solución está aquí... Sí, aquí en el Club Janeiro... Socks Mallory se presentó después de escaparse... Asesinó a Tony Loretto... ¡Venga con sus hombres! ¡Hembroke se ha encargado del asunto!

Hembroke había abandonado la habitación mortuoria, durante la conversación del Comisario con Klein. Cuando regresó, aún estaba Weston al teléfono.

El cuerpo de Loretto yacía abandonado sobre el suelo, Lamont Cranston, fumando calmosamente un cigarrillo, se había situado en un rincón del despacho.

—Me han burlado, comisario—confesó Hembroke —. Socks y los que le acompañaban se han escapado lindamente. ¡Y yo que los creía acorralados!

—¿Qué sucedió en los pasillos? —inquirió Weston.

—Nosotros estábamos apostados en los dos extremos—explicó Hembroke —. Cuando oímos los disparos, salimos todos de nuestros escondites. Yo marchaba delante y vi a alguien en el sitio donde se cruzan los pasillos. Hice fuego, pero tuve que tener cuidado para no herir a mis hombres que venían de la otra dirección. Me figuré—siguió diciendo Hembroke—que los bandidos escaparían por el salón del club, y ordené a los agentes que vigilaran aquella salida mientras yo venía aquí. Luego le vi a usted y a Weems... y a este caballero que le acompaña.

—Veníamos del salón—explicó Weston —. Nadie salió por allí.

—¡Me han —burlado!— repitió Hembroke en tono de desesperación.

—¿Pero cómo pudo entrar aquí? —interrogó el comisario—. Registramos estas habitaciones; usted se cuidó de echar un vistazo a

los «camerinos» antes de apostar sus hombres, y no encontramos nada sospechoso.

—Es cierto-confesó Hembroke.

—Esto es tan desconcertante como el misterio del subterráneo-siguió diciendo Weston —. Teníamos acorralado allí a Mallory... ¡y sin embargo se presentó aquí y mató a Lorette!

Siguió una pausa. Cranston sacaba bocanadas de humo de su cigarrillo, mientras Weston y Hembroke se miraban en silencio. Los otros detectives registraban todavía el local y trataban de restablecer el orden entre la concurrencia.

La habitación que acababa de visitar la muerte era como un oasis en un desierto de confusión.

Weems volvió para anunciar que las artistas querían volver a sus camerinos.

La señorita Pasquales estaba ansiosa por saber lo sucedido.

—Permítales entrar en sus cuartos-ordenó Weston —. Entretena a la señorita un rato todavía. Hembroke esperara a Klein y sus hombres, que no tardarán en presentarse.

Hembroke y Weems salieron. El comisario Weston se dirigió a Lamont Cranston.

—¡Esto es asombroso! —exclamó.

En contestación, Cranston le devolvió la automática que le había prestado.

—Ya no la necesitaré-dijo el millonario.

—¡Un desconcertante misterio! —repitió Weston, mientras recogía el arma de manos de Cranston—. Socks Mallory quería vengarse. Había recibido agravios de Tony Lorette. No obstante, me pregunto si habría algún otro motivo...

Es posible-interrumpió Cranston —. Sería prudente examinar esa hoja de papel en blanco.

Vió entonces que estaba llena de números. Pero los círculos de Tony Lorette no fueron la causa del grito de asombro que lanzó Weston.

En el centro de la hoja, el comisario vió una mancha irregular de color rojizo. Era la señal de un nuevo crimen planeado por un súper bandido.

¡La Mancha Roja!

Weston pronunció el nombre entre dientes. La mano del

misterioso criminal respaldaba aquel nuevo asesinato.

El comisario recordó las palabras de Spider Carew por el teléfono.

¡Socks Mallory trabajaba para la Mancha Roja! ¡Allí estaba la prueba de la afirmación del delator muerto!

—Cranston —declaró, solemnemente, el comisario, mientras volvía la hoja para que el millonario la pudiese ver—, le aconsejo a usted que se dedique a la caza mayor. Cosas como ésta son golpes gravísimos para los que estamos relacionados con la Ley. Esta es la firma de un terrible criminal, de un siniestro personaje desconocido a quien llaman La Mancha Roja.

»Tenemos que seguir luchando. Será una tarea larga y agotadora. Probablemente habrá leído usted en los periódicos cómo ha venido operando la Mancha Roja. Esta noche ha llegado a su cenit.

—¡Interesante! —fue el tranquilo comentario de Cranston—. Claro está, Weston, que yo no me atrevo a discutir con quien conoce tan bien el mundo del crimen, pero si usted solicitase mi opinión...

—¿Cuál sería? Hable sin temor. No titubee.

—Que un bandido lo suficientemente hábil para haber perpetrado la hazaña de esta noche, se encuentra solamente al principio de sus siniestros planes. Guarde ese papel, Weston. Ya verá si tengo razón.

Lamont Cranston extendió la mano en señal de despedida. Y durante aquel apretón de manos final repitió su fría opinión:

—La Mancha Roja no tardará en volver a actuar de nuevo... y su próximo golpe será aún más formidable que éste y que todos los que le han precedido.

El comisario siguió con la mirada a Cranston. Había habido una firme convicción en el tono del millonario; sus palabras despertaron vagos temores en la imaginación del jefe de policía.

Cuando, unas minutos más tarde, penetró el inspector Klein en la habitación, encontró todavía al comisario Weston sosteniendo en la mano el papel que llevaba el signo de la Marcha Roja.

—Inspector —ordenó Weston—, monte una guardia aquí e interrogue a todo el mundo: a los camareros, a los parroquianos, a todo el que sepa algo, incluso a los de la orquesta y las artistas.

»Socks Mallory es el asesino, por lo menos eso dijo Lorette en

trance de morir. ¡Pero, la Mancha Roja se oculta tras del crimen!

Fuera del Club Janeiro, Lamont Cranston, en traje de noche, se alejaba por una calle lateral. El millonario arrojó su cigarrillo en la acera; luego se detuvo junto a un taxi que esperaba. El conductor sonrió y abrió la portezuela.

—Guárdese los diez dólares que le di —le dijo Cranston—. Con ellos quedará pagada la carrera hasta la parte alta de la ciudad y por el tiempo que ha estado usted esperando.

—Pero sobran todavía más de cinco dólares—dijo, el conductor, titubeando ante, el temor de perder tan espléndida propina.

—No importa—sonrió Cranston—. Condúzcame por Broadway a la calle Cuarenta y Nueve y continúe hasta la Novena Avenida. El billete pasará entonces a ser de su propiedad.

El conductor asintió. Cranston entró en el coche.

Mientras el vehículo rodaba por Broadway, el pasajero se dedicó a una sorprendente transformación. Tras levantar el asiento posterior, sacó una negra capa y la flexible forma de un sombrero de fieltro.

La capa cubrió los hombros de Cranston, y el sombrero, encastrado en su cabeza, ocultó completamente sus facciones.

Unos guantes negros completaron la metamorfosis. Lamont Cranston quedó convertido en La Sombra. La esbelta figura permaneció en la oscuridad; el coche parecía vacío. Y lo estuvo poco después de que doblase la esquina de la Calle Cuarenta y Nueve.

Mientras el coche aminoraba su marcha por causa del tráfico, se abrió suavemente la portezuela de la derecha. Una ágil figura se movió en las tinieblas, abandonando el vehículo, mientras una mano invisible cerraba la puerta.

Había parado un coupé en una calle lateral. De tres largas zancadas, La Sombra se acercó a él, inadvertido; unos momentos después estaba detrás del volante del automóvil.

Cuando el conductor del coche se detuvo en la Novena Avenida, quedó asombrado al descubrir que su pasajero había desaparecido. Entretanto un elegante coupé corría hacia el Sur por la Octava Avenida.

Surgió una apagada risa de los invisibles labios del personaje qué guiaba el coche. Era como un eco del pasado, que encerraba

una terrible amenaza para el mundo del delito.

La Sombra sabía algo que ignoraba el comisario Weston: que los crímenes de la Mancha Roja obedecían a un plan de acción desconocido en los anales de la policía de Nueva York.

Se ocultaba un propósito detrás de cada crimen; la misteriosa muerte de Tony Loretto no era más que un mero episodio.

¿Cómo lograba Socks Mallory burlar tan afortunadamente a la policía? La Sombra se proponía encontrar pronta respuesta a estas preguntas.

Trabajando en el misterio, La Sombra había olvidado por el momento a la Mancha Roja, para descubrir la guarida de Spider Carew. Pero la había descubierto demasiado tarde. Una vez más, La Sombra se veía obligado a seguir la pista de alguien, que le conduciría al cerebro de la temible banda.

¡Socks Mallory! EL iba a ser ahora el objetivo de La Sombra. Su rastro había terminado en el Club Janeiro. Desde allí volvería a seguirlo La Sombra, una vez que la policía levantase su vigilancia.

Entretanto podían ocurrir nuevos crímenes, pero La Sombra no abandonaría esta investigación decisiva.

¡Otra vez la Mancha Roja! El misterioso bandido se había convertido en un coloso del delito. Su identidad era desconocida, aun para La Sombra; pero podía ser descubierta la mano ejecutora de sus tenebrosos designios.

¡La Sombra, maestro en la guerra contra el crimen, estaba preparado para recoger su desafío!

¡La Sombra lucharía!

CAPÍTULO XII

EL MISTERIO DEL GIGANTIC HOTEL

LA amenaza de la Mancha Roja se había convertido en una odiosa realidad.

Al día siguiente los periódicos estaban llenos de relatos del suceso del ferrocarril y del asesinato de Tony Lorette.

Los dos crímenes estaban relacionados; y la aparición del sangriento símbolo de la Mancha Roja en el Club Janeiro, era prueba suficiente de que el misterioso criminal había ordenado la muerte de Spider Carew, pues en uno y otro caso la policía había descubierto la identidad del asesino... Socks Mallory.

La voz pública parecía compenetrada con la opinión que Lamont Cranston, había expuesto al comisario de policía Ralph Weston. Los crímenes de la Mancha Roja no habían hecho más que pasar su fase preliminar. No tardaría en producirse algún hecho de inusitada gravedad.

Los procedimientos de la Mancha Roja no podían ser más modernos.

Dirigida por el más insidioso criminal que Nueva York había conocido, había sembrado el terror por todo Manhattan. Sus crímenes habían sido rápidos y variados; nadie sabía dónde descargaría su próximo golpe.

Los hombres de negocios se sentían inseguros. Se estaba planeando algún crimen monstruoso, y la versatilidad de la Mancha Roja era una angustiosa amenaza suspendida sobre todos. Allí donde se reunían unas cuántas personas, surgía inmediatamente la conversación sobre la Mancha Roja.

«¡Lean lo de la Mancha Roja! ¡Tony Lorette asesinado por la Mancha Roja! ¡La policía en busca del asesino!»

El pregón de un vendedor de periódicos, llegó a oídos de dos hombres que viajaban en un taxi Broadway arriba. Uno de ellos, de mediana edad y cabellos grises, se volvió a su joven compañero.

—¿Qué es eso de La Mancha Roja, Crozer? —le preguntó—. Es el segundo vendedor de periódicos que grita, lo mismo.

—La Mancha Roja es un criminal, señor—contestó Crozer—. Los periódicos de Nueva York vienen llenos con los relatos de sus actividades. He leído las últimas noticias mientras esperábamos en el Banco.

—Yo no he leído un periódico en todo el día—observó el caballero de más edad—. Pero no recuerdo que los diarios de Chicago de ayer mencionasen esa Mancha Roja.

—Eso tiene una fácil explicación, mister Woodstock—replicó el más joven—. Anoche se han cometido dos audaces asesinatos, por un individuo que se supone al servicio de la Mancha Roja. Es la sensación del día, señor.

El anciano asintió; luego sus pensamientos derivaron hacia asuntos más importantes. Sin embargo, no pudo por menos de establecer un contraste entre lo que los periódicos aceptaban como noticias y las que pasaban ignoradas.

Mientras dedicaban a un criminal desconocido—La Mancha Roja—los más gruesos titulares, Selfridge Woodstock, opulento financiero del Middle West, había llegado de incógnito a Manhattan, acompañado por su secretario, para concertar una serie de operaciones de construcción que importarían cien millones de dólares.

Selfridges Woodstock sonrió. Mucho después de que la Mancha Roja cayese en el olvido, la gente se estremecería de admiración ante los soberbios edificios, creados por el genio financiero de aquel magnate del Middle West.

Anocheía en Broadway. Las primeras luces empezaban a brillar en la Times Square, cuando el taxi viró hacia la derecha y se detuvo ante un macizo edificio que ocupaba una manzana entera. Crozer, el secretario, habló a su jefe.

—Este es el Hotel Gigantic, mister Woodstock—observó el joven—. Es el último edificio erigido por la Unión de Constructores.

—Un excelente lugar para celebrar nuestra reunión—sonrió Woodstock mientras descendía del coche.

Dentro ya del soberbio vestíbulo del Gigantic, Crozer hico una pregunta en el mostrador; luego anunció a Woodstock que la reunión iba a celebrarse en el piso veinticuatro.

Los dos hombres entraron en un ascensor que los elevó rápidamente. En el piso veinticuatro tomaron un largo pasillo y lo siguieron hasta que Crozer se detuvo ante una puerta cercana al final. Un golpe; la puerta se abrió; y los visitantes penetraron en una amplia estancia.

Un individuo alto, de cabellos grises, dedicó a Selfridge Woodstock una amistosa sonrisa y un apretón de manos. Woodstock ya conocía a este individuo. Dobson Pringle, el viril presidente de la Unión de Constructores.

Pringle, presentó a Woodstock al grupo de directores.

Sólo había uno que impresionó al magnate de Chicago. Era Félix Cushman, presidente de los directores. Cushman, era un individuo corpulento, de negros cabellos, penetrante mirada y boca enérgica que delataba su férrea voluntad.

En el centro de la habitación había una gran mesa. Pringle y Cushman condujeron a Selfridge Woodstock al sillón principal, y el resto del grupo se acomodó en los demás asientos.

Pringle, mirando a su alrededor, notó la presencia de un hombre de blancos cabellos que se encontraba de pie a un lado de la habitación. Inmediatamente le hizo una seña y lo presentó a Woodstock.

—Mister Carlton Carmody-anunció Pringle—. Nuestro arquitecto jefe. Un hombre verdaderamente competente, mister Woodstock.

—Celebro conocerlo a usted, mister Carmody-dijo Woodstock en tono amistoso—. El hombre que concibió los planos de un edificio tan soberbio como este gran hotel, es verdaderamente digno de alabanzas.

—Yo no proyecté el Hotel Gigantic-observó Carmody, con una sonrisa—. Fue obra de Hubert Craft.

—¡Es cierto! —exclamó Woodstock, volviéndose a Pringle—. Lo recuerdo ahora. Un maravilloso arquitecto aquel Craft. Y, además, un individuo interesante, aunque algo excéntrico. Tengo entendido que murió hace unos meses...

—Así es —informó Pringle—. Volcó su bote en una excursión de

placer a Long Island. Pobre Craft... fue nuestro arquitecto jefe durante más de siete años. Sus obras están diseminadas por toda la ciudad.

Félix Cushman golpeó ligeramente sobre la mesa. Sus negros ojos miraron directamente a Pringle. El presidente de la asociación asintió con un movimiento de cabeza.

—Esta es una reunión de directores-declaró Cushman bruscamente—. Nuestro tiempo es muy valioso esta noche. Me excusarán si parezco brusco. ¿Tiene usted ahí nuestro proyecto, Pringle?... ¿Tiene la bondad de leerlo?

Dobson Pringle sacó de una cartera un pliego. Y empezó a leer en voz alta.

Selfridge Woodstock escuchaba, pensativo, con la barbilla apoyada en la mano. Félix Cushman observaba al anciano financiero atentamente.

El documento se refería a la reorganización de la Unión de Constructores, que dependía enteramente de la cooperación de los intereses gobernados por Selfridge Woodstock de Chicago.

Con el apoyo del opulento financiero sería posible emprender una campaña de construcciones, en una escala mucho más amplia que hasta entonces.

Cuando Pringle terminó la lectura, Selfridge Woodstock, se volvió a su secretario y le pidió las notas que había estado tomando. Después de leerlas hizo algunas preguntas.

Fue Félix Cushman quien le contestó. Una por una, el presidente de los directores aclaró las cláusulas, mientras Crozer hacía nuevas anotaciones.

Cuando terminó la discusión, Selfridge Woodstock miró fijamente al presidente y planteó una cuestión importante.

—¿Cuáles son los fondos disponibles de la Unión de Constructores?

—La lista-ordenó Cushman a Pringle.

El presidente la sacó. Woodstock estudió las cifras.

—Cincuenta millones de dólares-declaró Woodstock—. ¿Son fondos fácilmente negociables que pueden realizarse prontamente?

—Sin duda alguna-declaró Cushman.

—Eso os todo lo que necesito saber, caballeros —decidió Woodstock—. Crozer, ¿de cuánto tiempo disponemos para coger el

expreso de Bar Harbor?

—De treinta minutos, señor.

Selfridge Woodstock se puso en pie y sonrió, al notar la ansiosa mirada de los que le rodeaban, su sonrisa, se hizo más amplia.

—Me voy a mi finca de Maine esta noche, caballeros-dijo —. Esta reunión ha sido para mí como un pequeño alto en el camino.

»Quizá les sorprenda a ustedes que lleve mis negocios de este modo, pero es mi manera de ser. La proposición de ustedes me conviene. Me complacerá invertir los cincuenta millones de dólares, que ustedes necesitan para llevar adelante la nueva empresa.

Surgió del grupo un murmullo de asombro.

Todos esperaban una negativa del financiero, tan rápidamente hacia tomado una decisión.

¡Selfridge Woodstock aceptaba sus condiciones sin discusión!

Salieron de todas partes palabras de agradecimiento. Sonriendo todavía ante la sensación que había producido, Woodstock se puso, con ayuda de Crozer, el abrigo y el sombrero. Luego estrechó la mano de los que componían el grupo y añadió unas observaciones:

—Mi palabra es sagrada, caballeros-declaró —. Estaré en Maine una semana; después volveré a Chicago por vía Canadá. Envíenme allí los documentos con un representante.

Woodstock abandonó la estancia acompañado de Crozer. Lo último que vio el financiero fue un corro de rostros joviales, entre los que destacaban los de Dobson Pringle y Félix Cushman, por su agradecida expresión.

Selfridge Woodstock reía entre dientes, mientras recorría el silencioso pasillo con su secretario. Cuando llegaron a los ascensores, Crozer oprimió el botón y sonrió ante el buen humor de su jefe. Selfridge Woodstock gustaba de la sorpresa, y las empleaba aún en las más importantes transacciones.

—Esos señores no sabían-dijo el financiero —, que cuando vine aquí yo estaba completamente decidido a aceptar su proposición. ¡Cincuenta millones de dólares! ¡No me extraña que se les quitase el resuello, Crozer! Ellos también disponen de esa cantidad, pero representa la inversión de varios capitalistas.

Mientras Selfridge Woodstock hablaba, salió otro individuo de uno de los pasillos laterales. Las amplias alas de su sombrero le ocultaban el rostro.

Llevaba las manos en los bolsillos.

Se abrió la puerta metálica del ascensor. Woodstock y Crozer penetraron en él; el desconocido los siguió. Volvió a cerrarse la puerta. El desconocido sacó una mano del bolsillo de la americana. Algo brilló en ella al descargar un tremendo golpe en el cráneo del operador del ascensor.

Mientras el empleado se desplomaba, el rufián encañonó a Woodstock y a Crozer con el arma que había utilizado. Era un magnífico revólver.

Instintivamente, el financiero y su secretario levantaron las manos. Vieron frente a ellos un rostro brutal, a medio rasurar, cuyas facciones recordaban las del audaz criminal que buscaba en aquellos momentos toda la policía de Nueva York.

¡Era Socks Mallory, brazo derecho de la Mancha Roja!

Socks manejó con la mano izquierda el mando del ascensor. El aparato empezó a descender velozmente, piso tras piso. El descenso fue disminuyendo en velocidad. Socks Mallory detuvo el vehículo y abrió la puerta.

Woodstock y su secretario se encontraron ante los revólveres de tres hombres más. Se dieron entonces cuenta de que se encontraban en los sótanos del edificio.

—¡Salgan! —ordenó Mallory, amenazando con su revólver—. ¡Deprisa!

Los dos hombres salieron del vehículo y pisaron un suelo de cemento. Se abrió ante ellos un estrecho corredor. Los bandidos los empujaron hacia él.

Oyeron que Socks Mallory hablaba con otro hombre que caminaba detrás.

El jefe de la banda daba sus instrucciones. El otro hombre masculló una respuesta; unos segundos después se cerraba la puerta del ascensor.

Destellaron unas linternas en las sombras, iluminando un pasadizo abierto en la roca.

Los prisioneros siguieron avanzando empujados por Socks Mallory.

La Mancha Roja había vuelto a actuar. Los secuaces del poderoso bandido llevaban secuestrado, al más rico financiero del Middle West por los sótanos del Hotel Gigantic.

CAPÍTULO XIII

EL ULTIMATUM

LA partida de Selfridge Woodstock y su secretario dejó envueltos en una atmósfera de optimismo y entusiasmo a los directores de la Unión de Constructores. Félix Cushman, avisado presidente, se dispuso a comentar la importancia de lo ocurrido.

—Caballeros-dijo —, esto significa el éxito rotundo de nuestros proyectos. Con la adquisición de la cooperación de Selfridge Woodstock, que nos permitirá duplicar el capital disponible, estamos asegurados contra cualquier inesperada competencia. Nuestro presidente, mister Pringle, podrá informarnos más detalladamente.

Pringle asintió con gesto solemne.

—Sí —dijo—, había razones para creer que Woodstock emplearía su dinero en operaciones de construcción aquí, en Nueva York. Por eso me puse al habla con él. Yo le conocía como hombre de decisiones rápidas e irrevocables. Una vez conseguido su apoyo, ya no le perderemos nunca.

—Esta noche hemos ganado millones —añadió Cushman—. Pringle dice que no perderemos el apoyo de Woodstock. Yo os digo que no podríamos resistir esa pérdida. Disponemos de grandes recursos, pero no bastarían para hacer frente a una combinación que pudiera formarse para hacernos la competencia.

»Repito, caballeros, que los pocos minutos, que Woodstock ha permanecido entre nosotros nos han valido millones, a los que hemos puesto nuestros intereses en la Unión de Constructores.

Los directores, hombres todos acostumbrados a manejar capitales, respondieron calurosamente a estas afirmaciones. Cushman, el más rico de todos, fue felicitado entusiásticamente.

Y no menores felicitaciones recibió Pringle, que aunque poseedor de más limitados intereses en la Compañía, ocupaba en él, un sobresaliente lugar como presidente.

Pringle llevaba muchos años relacionado con las empresas de construcción de Nueva York y, en cierto modo, le había perjudicado la Unión de Constructores al ser absorbida su pequeña empresa por la potente agrupación.

Junto con Pringle había entrado a formar parte de la Unión, Hubert Craft, el célebre arquitecto, autor de los mejores edificios construidos en Nueva York.

Pringle hizo ahora alusión, en dolorido tono, al arquitecto fallecido.

—¡Cuánto habría gozado, de estar hoy entre otros! —comentó—. Pero dejémonos de pensamientos tristes, caballeros. ¡Nuestros nuevos proyectos abarcarán los mejores edificios que se vieron jamás sobre el suelo de Manhattan!

—Para ello contamos con Carmody-intervino uno de los directores.

Era aquella la primera alusión al arquitecto que actuaba como sucesor de Hubert Craft. Todavía apoyado en la pared, Carmody recibió aquel cumplido con una ligera inclinación de cabeza.

Hombre modesto y retraído, Carmody había llegado trabajosamente a aquel puesto de importancia, pero su habilidad como arquitecto le había granjeado merecida fama.

Sonó el timbre de un teléfono. Observando que los directores seguían sus comentarios, Carmody descolgó el aparato. Las conversaciones cesaron inmediatamente al oír las palabras del arquitecto.

—¿Mister Pringle?... —preguntó Carmody—. Sí, está aquí... Sí... Comprendo... Espere un momento... ¿Dice usted que lo dejaron en el despacho y que se lo entregarán ahora?... Un momento, por favor.

Carmody tapó la embocadura del aparato y se volvió a los que estaban alrededor de la gran mesa.

—Un extraño mensaje para usted, mister Pringle-anunció el arquitecto—. Alguien comunica que ha dejado una carta para usted en el mostrador del vestíbulo, pero que no se la entregarán hasta que usted la pida.

—¿Quién está al aparato? —preguntó Pringle.

—No lo sé-contestó Carmody —. Es una voz desconocida para mí. El comunicante insiste en que pida usted el mensaje en el mostrador.

Pringle se levantó y se aproximó al teléfono. Tomó el aparato de manos de Carmody y empezó a hablar. Oyó una voz entrecortada al otro extremo del hilo conductor.

—Aquí mister Pringle-habló el presidente —. ¿Quién es usted?

Nadie contestó. Pringle parecía intrigado. Repiqueteó en el gancho.

Respondió el operador del hotel. Pringle empezó a quejarse de que le hubiesen cortado la comunicación; luego ordenó al empleado que le pusiese en comunicación con el vestíbulo.

—Diga-añadió —. Aquí Dobson Pringle. ¿Tiene usted allí una carta para mí?... Muy bien... Envíemela al piso veinticuatro... Sí, donde está celebrando su reunión la Unión de Constructores.

Pringle colgó el tubo y volvió a la mesa, reanudando su conversación con los directores. Tres o cuatro minutos después sonó un golpe en la puerta.

Carmody acudió a abrir y recibió un sobre. Gratificó al criado, lo despidió y llevó el mensaje.

El presidente lanzó una exclamación de sorpresa, mientras alargaba el sobre a Félix Cushman. Aunque llevaba escrito en el anverso el nombre de Dobson Pringle, tenía en el ángulo unas palabras que decían:

PARA LOS DIRECTORES

Tanto el nombre de Pringle, como esta nota estaban escritos en tinta roja. El presidente abrió el sobre, sacó una hoja de papel y la extendió sobre la mesa.

Luego empezó a leer lentamente, mientras Pringle miraba por encima de su hombro.

A Dobson Pringle y a los interesados en la Unión de Constructores:

»Acaban ustedes de llegar con Selfridge Woodstock, de Chicago, a un acuerdo por valor de cincuenta millones de dólares. Ustedes tienen el acuerdo; pero yo tengo a Woodstock.

»No será puesto en libertad hasta que ustedes cumplan las condiciones que les impondré. Con este objeto mi agente visitará a ustedes, en el salón de conferencias de sus oficinas mañana a las nueve

y media de la noche.

»A esa hora le entregarán ustedes la suma de cinco millones en billetes, o valores fácilmente negociables que no dejen rastro. A cambio de esta entrega, Selfridge será puesto en libertad.

»La presencia de la policía en el salón de conferencias, o cualquier intento de violar las condiciones arriba establecidas, significará el inmediato fin de las negociaciones.»

Dobson Pringle quedó como petrificado al terminar la lectura del mensaje.

Los demás se pusieron en pie, discutiendo excitadamente.

—¿Quién firma? —preguntó una voz.

Ni Dobson ni Félix Cushman contestaron. Pringle se limitó a soltar el papel de sus dedos. Abandonado sobre la mesa, el pliego se convirtió en blanco de todas las miradas. Siguieron algunas exclamaciones de asombro.

No había firma alguna bajo las rojas líneas; sin embargo, el papel contenía un signo de identidad que todos los presentes reconocieron. Se destacaba en su centro una mancha bermeja de la que todos habían oído hablar... ¡el signo de la Mancha Roja!

Los reunidos se miraron unos a otros, estupefactos. Aquel desconcertante mensaje, llegado poco después de la partida de Selfridge Woodstock, era una verdadera bomba.

Fue Dobson Pringle, presidente de la Asociación, quien primero rompió el silencio con una declaración, que expresaba el sentimiento de la mayoría de los presentes.

—¡Esto tiene que ser una broma-exclamó, esforzándose por aparecer sonriente—. Selfridge Woodstock estaba con nosotros hace sólo unos minutos...

—Broma o no broma-intervino Félix Cushman —, es una amenaza y una exigencia. Quizá Woodstock está en peligro. ¡Hay que avisarle inmediatamente!

Entre iracundo y temeroso, Cushman se aproximó al teléfono y pidió comunicación con el vestíbulo. Los demás, se apretujaron en torno suyo para escuchar sus palabras.

—Félix Cushman al habla-dijo—. Soy el presidente de la reunión de directores que se celebra en el piso veinticuatro... Si, soy mister Cushman en persona... Un caballero acaba de abandonar nuestra reunión... Sí, bajó por el ascensor. Se llama Selfridge

Woodstock, de Chicago... Le acompaña su secretario. Quizá esté en el vestíbulo ahora... Dile que suba en seguida. ¡Mande pregonar su nombre inmediatamente!

Con la expresión de ansiedad impresa aún en su rostro, Félix Cushman miró a los que le rodeaban, mientras oprimía el teléfono entre sus manos.

Transcurrieron largos minutos; no acababa de llegar la contestación; era evidente que el pregón del nombre de Selfridge Woodstock no daba resultado.

¡El financiero había desaparecido!

La sensación de intranquilidad se fue convirtiendo en alarma. Los reunidos cambiaron significativas miradas. Se daban cuenta de que estaban frente a algún invisible enemigo y de que todos sus planes iban a venirse abajo en la víspera de la negociación, de los ansiados cincuenta millones de dólares.

Todas las miradas se posaron instintivamente sobre la mesa. Allí, con su insidiosa inscripción, estaba el mensaje causante de su angustia.

¿Una broma?

Nadie creía en ella ahora. ¡A medida que pasaban los minutos fue afirmándose en todas las conciencias la terrible realidad de que aquella hoja de papel era un ultimátum de la Mancha Roja!

CAPÍTULO XIV

SIGUE EL MISTERIO

¡LLAMAN a mister Selfridge Woodstock! El pregón del botones fue pasando por el inmenso vestíbulo del Hotel Gigantic, lo repetían ahora otros empleados, pues la urgencia de la petición de Cushman había hecho que el gerente del establecimiento, hiciera todos los esfuerzos posibles para encontrar al financiero de Chicago.

El pregón le pasó inadvertido a un individuo de baja estatura y aspecto solemne, recostado en un rincón del vestíbulo. Aunque estaba de servicio, dedicado a observar los acontecimientos desacostumbrados del hotel, no encontró nada de extraño en el repetido pregón del botones.

El individuo del aspecto solemne se llamaba Belville, y era el detective más antiguo del Hotel Gigantic.

—Hola, Belville.

Este vulgar saludo tuvo más importancia para el detective del establecimiento, que los gritos llamando a Selfridge Woodstock. Nuestro hombre se volvió instantáneamente y vio ante sí el severo continente del detective Merton Hembroke.

—Hola, Hembroke —contestó Belville—. ¿Cómo por aquí esta noche?

—Buscando todavía a Socks Mallory-le confió Hembroke.

—¿El asesino que trabaja para la Mancha Roja? —inquirió Belville con acento de espanto.

—El mismo-contestó el policía —. Según mis noticias, se está dando la gran vida. José Cardona también anda detrás de él, pero lo busca por East Side. Yo no opino lo mismo. O mucho me engaño, o Mallory frecuenta lugares más elegantes.

Belville asintió. Sentía un gran respeto por Merton Hembroke, as

refulgente de las fuerzas de policía de Nueva York.

—No es éste el primer vestíbulo de gran hotel que visito esta noche —añadió Hembroke—. Me creerás o no, Belville, pero a Socks Mallory le voy a cortar las alas uno de estos días.

Belville hizo un gesto de aprobación.

“¡Llaman a míster Selfridge Woodstock... Mister Selfridge Woodstock...¡»

Hembroke oyó el pregón y se volvió a Belville con aire interrogador.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Llamaban ya a ese individuo cuando entré en el vestíbulo. Parece un poco raro tanta insistencia... ¿no te parece?

Como respuesta, se aproximó un muchacho y habló al detective de la casa.

A Belville lo llamaban en el mostrador. Hembroke lo siguió, mientras se alejaba en aquella dirección.

—Algo ha sucedido-dijo el empleado a Belville —. Acabo de recibir una llamada del piso veinticuatro, para que busquemos a un caballero llamado Selfridge Woodstock. Y ahora me mandan aviso de que el ascensor número 9 está detenido en el octavo...

Belville hizo un gesto de comprensión y se dirigió hacia los ascensores.

Hembroke echó a andar tras él. Otro detective de la casa se les reunió cuando entraron en un ascensor vacío. Belville ordenó al operador que los subiese inmediatamente al octavo piso.

Cuando el trío salió del vehículo se encontraron a cuatro huéspedes del hotel, reunidos frente a la puerta abierta del ascensor número 9.

Contemplaban el cuerpo inmóvil de un operador uniformado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Belville.

—Encontramos a este muchacho tendido aquí-contestó uno de los huéspedes —. Parece que le han hecho perder el conocimiento de un golpe.

—Cúidese de esto, Belville-ordenó Hembroke —. Yo voy a subir al veinticuatro para averiguar lo de ese tal Woodstock.

El detective entró en el ascensor y salió disparado hacia arriba, donde la Unión de Constructores celebraba su asamblea. AL primero que vio fue a Félix Cushman al teléfono.

—¿Está usted preguntando por un individuo llamado Woodstock? —inquirió Hembroke.

—Sí —contestó Cushman ansiosamente—. ¿Han dado ustedes con él?

—No. Ha ocurrido algo en el ascensor. Yo soy el detective Hembroke de la jefatura de Policía. ¿De qué se trata?

Dobson Pringle avanzó un paso y entregó a Hembroke la nota de la Mancha Roja.

El detective frunció el ceño.

—¡La Mancha Roja! —exclamó—. ¿Cuánto tiempo hace que Selfridge Woodstock salió de aquí?

—Poco más de diez minutos-informó Pringle.

—¿Adónde se dirigía?

—A la gran Estación Central para tomar el expreso de Bar Harbor.

Hembroke cogió el teléfono, repiqueteó el gancho para llamar la atención del operador y pidió comunicación con la jefatura de Policía.

—Sospechas de secuestro en el Hotel Gigantic-dijo, lacónicamente—. Selfridge Woodstock de Chicago, que se dirigía a la Gran Estación Central para coger el expreso de Bar Harbor. Manden allí agentes en seguida...

Hizo una pausa para que Cushman le hiciese una rápida descripción de Woodstock, recibiendo al mismo tiempo la información de que el financiero iba acompañado de su secretario.

—...individuo de alguna edad. —añadió Hembroke por teléfono—. Cabellos grises... Acompañado por un joven... su secretario... Envíen policía al Gigantic Hotel... El operador del ascensor fue encontrado sin conocimiento.

La llamada telefónica de Hembroke fue el principio de una rápida investigación. Una hora después, los directores de la Unión de Constructores continuaban reunidos en sesión; pero había otro hombre en la presidencia.

El comisario de policía Ralph Weston, había tomado aquella habitación como cuartel general provisional.

Estaban presentes otros tres representantes de la ley. El inspector Klein, carirredondo y solemne, estaba sentado al lado del comisario. El detective Merton Hembroke, alerta como siempre,

estaba de pie junto a la mesa.

Una nueva figura había aparecido; la de un individuo alto y musculoso, cuyas facciones revelaban astucia y decisión.

Era el detective José Cardona, cuya reputación de sabueso iba siendo eclipsada por la de Merton Hembroke.

La puerta de la habitación estaba cerrada. El comisario Weston hablaba familiarmente, mientras daba vueltas entre los dedos, a la hoja de papel en que la Mancha Roja había enviado su ultimátum.

—No hay que dudarlo, caballeros—afirmó Weston francamente—. Selfridge Woodstock ha sido secuestrado por la Mancha Roja. El operador del ascensor nos ha proporcionado pruebas de ello. Lo golpearon cuando Woodstock y su secretario entraban en el aparato en el piso veinticuatro. El muchacho estaba todavía sin conocimiento cuando fue retirado del ascensor en el piso octavo.

»Hemos registrado todo el hotel, desde los sótanos al jardín de la azotea. El registro continúa todavía, pero no hemos encontrado rastro de Selfridge Woodstock. A pesar de la afortunada presencia del detective Hembroke y de la prontitud con que hemos intervenido en este caso, nos vemos obligados a confesar que la Mancha Roja nos ha derrotado.

»El caso que nos ocupa es, caballeros, una terrible culminación de toda una serie de crímenes audaces. No obstante, su misma magnitud nos ha dado la oportunidad de volver a ponernos en contacto, con ese super criminal conocido por la Mancha Roja. El secuestro de Selfridge Woodstock no es más que su primer paso, Según este mensaje, planea otro... cobrar cinco millones de dólares de vuestra Asociación.

El comisario hizo una pausa para volver a leer los términos del ultimátum.

Luego, en tono de inusitada seriedad, hizo una proposición concreta:

—Caballeros—dijo—, la Mancha Roja exige que celebren ustedes mañana una reunión en su salón de conferencias, a las nueve y media de la noche, y que entreguen ustedes allí, a su agente, la suma pedida. Esa reunión es tan importante para la ley como para ustedes. Antes de tomar una decisión sobre el asunto, permítanme que les pregunte lo que piensan hacer.

Weston paseó la mirada por los reunidos. Cushman fue el

primero en responder.

—Cinco millones de dólares es una suma considerable, comisario-dijo—. No obstante, sólo representa el diez por ciento de la cantidad que Selfridge Woodstock tenía que proporcionarnos.

»Con Woodstock, ganamos cinco millones; sin él, los perdemos. La Mancha Roja conoce nuestra situación. Si se nos pudiera garantizar la libertad de Woodstock, yo diría que el hecho vale bien los cinco millones.

La afirmación de Cushman provocó algunos rumores; sin embargo, los directores se vieron obligados a otorgar sus gestos de aprobación.

—Cushman tiene razón-declaró Dobson Pringle—. Tiene razón en lo que se refiere al dinero. ¿Pero cómo vamos a asegurarnos de que Woodstock, será realmente puesto en libertad?

Weston tamborileó pensativo la mesa. Al fin habló en tono decidido.

—Nos encontramos-anunció—, ante el modo más desconcertante que ha llegado a mis oídos de exigir un rescate. Generalmente, a la gente se le exige que deposite el dinero en un lugar solitario. Pero aquí hay un criminal que anuncia su propósito, de enviar su representante a una reunión de hombres de negocios.

»Evidentemente, el agente de la Mancha Roja caerá en una trampa. Yo sugeriría que se reuniesen ustedes como se les pide. Nosotros, la policía, nos cuidaremos de lo demás.

—Excelente sugestión-observó Dobson Pringle—. Usted, por lo visto, se propone apostar a sus hombres no muy lejos de nuestro domicilio social, ¿no es eso?

—Exacto-afirmó Weston—. No haremos nada para ahuyentar al agente de la Mancha Roja. Vuestra Asociación podrá cumplir las condiciones exigidas.

—¿Y respecto al dinero?—preguntó Pringle.

—Ahí esta lo difícil-sonrió Weston.

—Un momento-objetó Félix Cushman—. Tenga la bondad de leer ese último párrafo, comisario. Recuerde lo que he dicho; que debemos asegurarnos de la libertad de Selfridge Woodstock. Si nos reunimos sin el dinero, no cumpliremos las condiciones que se nos exigen. Y eso, según lo que dice la Mancha Roja, significaría la terminación de las negociaciones.

—¿Están ustedes dispuestos a entregar esos cinco millones de dólares? —preguntó Weston con cierto asombro—. Tengan en cuenta que ese dinero corre peligro...

—No me importaría arriesgarlo-interrumpió Cushman —. Sin embargo, me afirmo en mi primera declaración. La libertad de Selfridge Woodstock, valdría la pena de que nuestra Asociación afrontase ese riesgo.

»Señores-añadió Cushman dirigiéndose a los directores —, todos nosotros sabemos que Selfridge Woodstock es un hombre riquísimo. Su libertad no sólo aseguraría el éxito de nuestra empresa, sino que nos franjearía el agradecimiento del interesado. Para Selfridge Woodstock, cinco millones de dólares no significan nada.

“AL mismo tiempo-siguió diciendo Cushman, dirigiéndose ahora nuevamente a Weston —, sería una tontería sacrificar deliberadamente cinco millones de dólares, depositándolos en manos de la Mancha Roja sin más garantía.

La situación parecía llegar al estado de dilema. El comisario Weston trató de ofrecer nuevas seguridades.

—Vuestra reunión de mañana por la noche-declaró —, estará bien protegida. Ya les he aconsejado que reciban al agente de la Mancha Roja. Yo no apruebo la entrega del dinero del rescate. Sin embargo, me agrada que estas negociaciones diesen por resultado, no sólo la detención del agente de la Mancha Roja, sino la captura del criminal mismo. Si compareciese ese agente y ustedes pudieran tratar con él...

—Pero nos exigiría el dinero-objetó Cushman.

—Exacto-decidió Weston —. Ahí está la dificultad. Pero si ustedes exigiesen ver a Selfridge Woodstock...

—¿Por qué no? —exclamó Dobson Pringle, anticipándose a la sugerencia del comisario—. Llevemos el dinero para el agente. Metálico y billetes hasta la cantidad de cinco millones. Quizá el agente vaya preparado para entregarnos a Selfridge Woodstock, o al menos, podremos sondearle.

—¡Pero el dinero correrá peligro! —volvió a advertir Weston.

—¿Y para qué estará su policía? —replicó Cushman airadamente —. Hace un momento nos dijo Usted, que estaría preparado para apoderarse del agente de la Mancha Roja. ¿Se quedarán ustedes paralizados si el hombre trata de escapar con nuestro dinero?

—¡De ningún modo! —contestó el comisario, poniéndose en pie. Y añadió en tono más tranquilo—: No se pierde nada con el procedimiento que usted propone. Yo he aconsejado la reunión de mañana por la noche, en las condiciones que indica la Mancha Roja, pero no esperaba que tuvieran ustedes disponible la suma requerida. Ahora bien, si están ustedes dispuestos a exponer esos cinco millones de dólares, yo no tengo nada que objetar.

—Es un acto muy peligroso-insistió uno de los directores.

—Muy peligroso, sí-convinco Cushman —. Pero voto por él. Nuestra sala de conferencias es un lugar aislado. No imagino cómo un emisario, desconocido para nosotros, podrá llegar hasta aquí. Posiblemente no le reconoceremos como agente de la Mancha Roja hasta que nos pida el dinero. Ese momento será vital para nuestras esperanzas. Adoptaremos disposiciones para tener a mano los fondos, pero si ustedes, señores, lo desaprueban, estoy dispuesto a olvidar este plan.

Mientras los directores reflexionaban sobre la propuesta, Dobson Pringle hizo algunas observaciones de severa censura.

—Yo soy el presidente de esta Asociación —dijo—, y me parece que toma usted demasiadas cosas sobre sus hombros, Cushman.

“¡Todas las sugerencias sobre este asunto deben salir de mí y no de usted!

Esta serie de objeciones personales produjo un efecto eléctrico sobre Félix Cushman, quien se encaró con Pringle, echando fuego por los ojos.

—¡En lo que concierne a este asunto, Pringle, usted no es más que una figura decorativa! —replicó—. La aportación de fondos es cosa de los directores, no del presidente. La misión de usted es atender los asuntos relacionados con la construcción. No creo que pueda prosperar su objeción. Confío en que los directores serán de mi mismo parecer.

Al terminar de hablar, Cushman se volvió hacia los directores. Weston vio inmediatamente que aquel hombre tenía un gran ascendiente sobre los demás.

El resultado fue una inmediata reacción por parte de los directores. Uno tras otro, fueron expresando su aprobación del punto de vista de Cushman.

Cuando terminó la votación, Dobson Pringle se puso, en pie y

habló con espíritu más conciliador.

—Acepto vuestra decisión, señores-declaró —. Mi deseo fue meramente invitar a más profunda reflexión. He sido derrotado, pero ello no quita para que colabore con ustedes con toda mi voluntad. No obstante, continúo opinando que vanos a correr un grave peligro.

—Aceptamos sus excusas, Pringle-dijo Cushman —. Como presidente de los directores yo haré las oportunas gestiones, para que mañana por la noche tengamos a mano los cinco millones de dólares. Más tarde conferenciaré con usted, señor comisario, para que los fondos sean llevados a nuestro domicilio social bajo la custodia de la policía.

»Si registramos los locales antes de que entre allí el dinero; si vigilamos todas las salidas de modo que nadie pueda abandonar el edificio, no veo que podamos correr ningún peligro. El objeto principal es conseguir la libertad de Selfridge Woodstock.

—Nadie debe saber nada de lo que aquí hemos convenido-advirtió el comisario Weston —. Yo me cuidaré de los detalles. Mañana por la mañana iré a las oficinas de la Asociación y adoptaremos las medidas estratégicas necesarias.

Y con eso se dio por terminada la reunión.

¡Con cinco millones de dólares como cebo, el comisario Weston creía poder atrapar al emisario de la Mancha Roja!

CAPÍTULO XV

EN EL CUBIL

UN hombre estaba sentado en un curioso despacho de paredes de piedra. La habitación no tenía ventanas; una sola lámpara pendía del techo entre la puerta y una mesa colocada en el lado opuesto.

El hombre estaba vuelto de espaldas hacia la puerta; leía un periódico extendido sobre la mesa.

Sonó un zumbador. El hombre de la mesa dobló el periódico. Se puso en pie y se volvió hacia la luz. Esta iluminó su rostro. Eran las facciones duras y mal afeitadas de Socks Mallory.

Mallory abrió la puerta y salió a un estrecho corredor de piedra. Este pasadizo, como el pequeño despacho, sólo tenía una luz. Terminaba en puertas de acero, una a cada extremo. Mallory se dirigió a la puerta de la derecha, empujó una palanca y abrió la plancha de acero.

Un individuo huesudo y larguirucho penetró a través de la abertura. Su saludo a Mallory fue una mueca brutal.

El rostro del recién llegado era muy conocido en el mundo del hampa de Nueva York, aunque no había sido visto desde hacía mucho tiempo. El visitante era Moocher Gleetz, alias el «Berbiquí».

Socks Mallory cerró la puerta de acero y condujo a Moocher al pequeño despacho. El visitante descubrió el periódico y emitió un gruñido.

—¡Oye! —exclamó—, ¿dónde has conseguido esto? Toda la banda está “lampando” por un periódico desde anoche...

—Que esperen un poco-rezongó Socks —. Échale un vistazo, Moocher. Trae buenas noticias.

—¿Cómo lo conseguiste? —inquirió Moocher mientras recogía el papel—. ¿Has estado hablando con la Mancha?

—¿Qué crees que estoy haciendo aquí? —respondió Socks, con brutal risotada—. ¿Solitarios? Claro que he visto a la Mancha. Dile a la banda que todo marcha bien.

Moocher leyó los titulares y empezó a devorar lo que se relataba debajo. Y mientras leía los detalles del misterio del Hotel Gigantic reía por lo bajo.

—¡Cinco millones de discos! —exclamó—. Algo nos tocará a nosotros, ¿verdad? Pero aquí no dice nada de la entrega del dinero, Socks. Tú me dijiste que todo estaba arreglado...

—La policía ha prohibido que se publique eso-sonrió Socks —. Weston cree que nos va a hacer caer en una trampa. No te preocupes. Yo recogeré el dinero... ¡esta noche! No necesito más que dos individuos de la banda para que me ayuden. Eso es todo.

—Muy bien, Socks. Eso es todo lo que yo quería saber.

—¡Cinco millones esta noche, Moocher! El otro gran golpe será mañana por la noche. Y después ya podemos volar.

—¿Cómo está el señorón de Chicago?

—Descansa lindamente en la cueva. Pero aun tardará mucho en respirar aire libre. Sabe demasiadas cosas de nuestro negocio.

Un reloj colocado sobre la mesa señalaba las once. Esto indicaba que era la mañana siguiente al episodio del Hotel Gigantic. Moocher acabó de leer el periódico y lo devolvió a Socks Mallory.

—Oye-interrogó —, ¿voy contigo esta noche? Quizá te pueda ser de utilidad.

—Tú, no, Moocher-le interrumpió Socks —. Te necesito para que vigiles al Club Janeiro.

—La «poli» ya se ha marchado de allí —objetó Moocher—. No encontraron nada.

—Lo sé. Se retiraron esta mañana. Pero he recibido una nota de Juanita —, y, por lo que dice, mejor será que vigilemos aquel lugar.

—¿Crees que la policía, tiene alguna sospecha?

—No. La policía es muy torpe. Pero anoche estuvo en el Club un individuo que puede pasarse de listo. Tú ya sabes que el Comisario de policía estuvo allí hace dos noches, cuando yo «eliminé» a Tony Lorette; pero lo que no sabe es que iba acompañado de un aristócrata llamado Cranston, que es el pájaro que tenemos que vigilar. Anoche mismo volvió al Club Janeiro.

—Ya comprendo. Se trata de uno de esos señoritos que juegan a

policías para distraerse, y que quizá haya descubierto algo que se le pasó al comisario por alto.

—Exacto. Eso mismo pienso yo. El Club está ahora limpio de policías, y si se le ocurre a nuestro pájaro revolotear por allí esta noche, podremos cazarlo sin dificultad.

—¿Tengo que esperar la señal?

—Te la harán desde dentro. Hoskins Dinamita va a llegar esta noche. Lo necesitamos para una gran faena. Le acompañan tres «gorilas» y se reunirán en el Club. Si Cranston olfatea algo, Juanita, te dará la señal.

Moocher dio unos pasos hacia la puerta; luego se detuvo para encender un cigarrillo.

—Oye, Socks-dijo —, quizá obraste precipitadamente quitando de en medio a Tony Lorette.

—Ese es asunto mío, Moocher-rezongó Socks —. ¿Qué habrías hecho tú?

—Pues darle cuerda algún tiempo más.

—Eso demuestra que no sabes de la misa la mitad. Lorette era muy listo, Moocher. Tenía preocupada a Juanita, pues temía que descubriera nuestra guarida. Por eso la Mancha Roja me dijo que ya podía actuar. De todos modos, el que yo le hubiese matado era ya cosa de días.

—Bien; pero no me negarás que eso ha atraído a la policía al Club Janeiro.

—¿Y qué? ¿No se ha marchado ya? Ahora está ocupada en lo del Hotel Gigantic.

—No seas bruto, Moocher. Cuando yo me asocié con la Mancha Roja, El Club Janeiro era nuestro mejor refugio. Allí se reunía la banda citando la necesitábamos para algún buen golpe.

»Luego se presentó Lorette, me despojó por la fuerza de lo que era mío, y empezaron las dificultades, porque aquél era un buen negocio... aparte de servirnos de pantalla.

»Esta noche esperamos a Hoskins Dinamita. Hace tiempo que lo tenemos citado. Estaba fuera de Nueva York. Sus órdenes son presentarse en el Club Janeiro para recibir instrucciones. Yo no puedo dárselas... pero Juanita, sí. Suponte ahora que Tony Lorette estuviese allí esta noche. ¿Cómo avisaríamos a Dinamita?

—Todo está comprendido, Socks.

—¡Ya era hora! Márchate ya, Moocher. Di a la pandilla que pronto tocará plata. Eso les pondrá de buen humor.

—No te preocupes por eso, Socks. Al fin y al cabo, no tienen a dónde ir. ¡Cómo disfrutarían José Cardona y Merton Hembroke si conociesen nuestro escondite!

—Lárgate ya, Moocher. Nos veremos más tarde.

Después de que Moocher hubo desaparecido, Socks Mallory se dirigió a la izquierda del pasillo y abrió la puerta de acero practicada allí. La abertura descubrió un pasadizo que torcía hacia la derecha; luego aparecía una estrecha escalera que descendía hasta perderse en las tinieblas.

Socks bajó por ella. Al poco rato volvió a subir, cerró la puerta de acero y regresó al despacho de las paredes de piedra.

Socks sacó un gran pliego de un cajón de la mesa y lo extendió ante él. Era un gran mapa de Manhattan; había trazado sobre él, líneas en tintas de diferentes colores. Socks lanzó un suspiro de satisfacción después de contemplar el mapa; luego volvió a colocarlo en el cajón.

Sonó un zumbador; su nota era diferente de la que anunció a Moocher.

Socks cogió un teléfono de uno de los lados de la mesa. Había en su rostro una expresión de ansiedad al aplicarse el receptor al oído.

—Diga-dijo —. Sí... estuve hablando con Moocher... Sí, se cuidará de lo del Club Janeiro esta noche... Perfectamente. Estaré aquí todo el día. Si salgo será solamente por tres o cuatro minutos... Se puede contar con Moocher. Se portó bien cuando lo de Spider Carew. Me dio el sople en seguida...

Mallory colgó el receptor. Se retrepó en su asiento y sonrió satisfecho mientras encendía un cigarrillo. Aquella era la llamada que había estado esperando; el aviso de la Mancha Roja, el ser misterioso cuya identidad sólo conocía Socks Mallory.

Todo estaba preparado para la noche. Tal había sido el mensaje. Muchas cosas podían suceder hasta entonces, pero Socks Mallory no sentía la menor alarma.

«Éxito» había sido el lema de cuanto emprendiera la Mancha Roja; sólo una vez, durante el asalto al Banco de East Side, habían fracasado los planes de la temible organización.

Sólo había una persona a quien se podía hacer responsable de

aquel fracaso parcial: La Sombra. Desde aquel entonces, no había vuelto a señalarse su intervención. ¡Y era que la Mancha Roja había perfeccionado tanto sus criminales procedimientos, que ni aun La Sombra podía descubrirlos!

Moocher Gleetz y otros criminales igualmente perseguidos constituían el ejército del crimen. Bajo la dirección de Socks habían demostrado de lo que eran capaces. Hoskins Dinamita iba a reunírseles esta noche como nuevo subordinado de Socks Mallory.

Socks no pudo contener la risa al pensar en lo poco que sabían aquellos hombres. Para ellos, Socks Mallory era el jefe, aunque adivinaban que otro más poderoso —La Mancha Roja— estaba sobre él.

¡Socks Mallory era el brazo derecho de La Mancha!

Pero ésta no descargaba sus golpes contra la Ley con una sola mano. Tenía también un brazo izquierdo... otra ayuda que nadie sospechaba.

Mallory saboreó aquel pensamiento. Mientras él descargaba sus golpes a mano abierta, el hombre que servía de mano izquierda realizaba su secreta labor de zapa.

¡En ello residía el poder de la Mancha Roja!

Derecha e izquierda... ambas trabajaban a la vez. Esta noche volverían a hacerlo así. Caso de surgir algún obstáculo, las auxiliares de la tenebrosa organización cooperarían donde se requiriesen sus servicios.

Socks mostraba un gesto triunfal cuando abandonó el pequeño despacho para dirigirse a la puerta situada a la derecha del pasillo. Rebosaba satisfacción su malvada imaginación.

Volvía a pensar en la única amenaza que temía el mundo del delito y que, sin embargo, había fracasado una vez frente a la Mancha Roja.

¡Socks Mallory pensaba en La Sombra!

CAPÍTULO XVI

LA SOMBRA SE PREPARA

AL mismo tiempo que Socks Mallory pensaba en personajes tan dispares como Ralph Weston y La Sombra, penetraba un visitante en el despacho del comisario de policía de Nueva York.

Weston, sentado tras la soberbia mesa cubierta de cristal, levantó la cabeza para encontrar la penetrante mirada de Lamont Cranston. El millonario se había presentado inesperadamente.

—¡Hola, Cranston! —saludó Weston afectuosamente—. Me encuentra usted muy ocupado. ¿En qué puedo servirle?

—En nada, puesto que está usted tan atareado—contestó el millonario, sonriendo plácidamente—. He venido tan sólo para saber si podría usted almorzar conmigo en el Cobalt Club. No he olvidado— la voz de Cranston tuvo un acento de emoción —, los interesantes acontecimientos de nuestro último encuentro.

—Pero fue en el Club Janeiro —repuso Weston—, y hay una gran diferencia entre aquel lugar y el Cobalt Club. Si le gusta a usted lo extraordinario, Cranston, le aconsejo que elija un lugar más apropiado.

—¿El Hotel Gigantic, por ejemplo? —inquirió Cranston.

Weston sonrió maliciosamente. Cranston acababa de rehusar ingeniosamente la sugestión del comisario. La reputación del Hotel Gigantic se aproximaba más a la del Cobalt Club que a la del Club Janeiro y, sin embargo, había ocurrido en aquél, un suceso tan emocionante como el secuestro del millonario de Chicago.

—Me ha vencido usted esta vez—confesó Weston—. Francamente, Cranston, esa maldita Mancha Roja puede actuar en todas partes. Sin embargo...

Weston hizo una pausa. No se sentía de humor para discutir el

asunto con Cranston. El comisario de Policía acababa de regresar de una visita a las oficinas de la Unión de Constructores, y allí había aconsejado el más absoluto secreto, respecto a las disposiciones tomadas para aquella noche.

Lamont Cranston se dispuso a encender un cigarrillo. Sus penetrantes ojos, mirando por detrás de la llama del encendedor que tenía en la mano, descubrieron una anotación en lápiz abandonada sobre la mesa del comisario.

Era una hábil astucia. Con la llama del encendedor entre él y el rostro de Cranston, el comisario no podía observar la dirección de la mirada del millonario.

—Supongo que habrá usted leído la última hazaña de la Mancha Roja—dijo Weston en tono confidencial—. Esta vez estamos esperando un resbalón definitivo por parte del criminal.

—¿El cobro de los cinco millones de dólares del rescate?

—Exacto. Eso, por sí mismo, será un nuevo delito, si la Mancha Roja lo intenta. Hasta ver lo que sucede, me encuentro demasiado atado para aceptar un almuerzo. Gracias por la invitación, Cranston...

—No vale la pena —repuso el millonario levantándose y extendiendo la mano—. La invitación queda en pie. Fijémosla para el día en que la Mancha Roja comparezca ante la justicia... y esperemos que no tardará mucho ese día.

Lamont Cranston continuó tan impasible mientras descendía por el ascensor.

Su rostro no revelaba la emoción que le habían producido los descubrimientos hechos en su visita casual.

Para una persona vulgar, las anotaciones del comisario Weston no habrían significado nada. Para La Sombra—disfrazado de Lamont Cranston—eran los datos que necesitaba.

Unas abreviadas referencias al «salón de conferencias»; al «domicilio social de la Asociación de Constructores»; a la hora de las nueve y media» y a los nombres de Hembroke y Cardona, eran para La Sombra datos suficientes para entrar inmediatamente en acción.

Lamont Cranston tomó un coche y se hizo conducir a las cercanías del domicilio de la Unión de Constructores. El edificio era un rascacielos que albergaba las oficinas de la Asociación, y su traza

era modernísima.

Se elevaba sobre la calle como una pirámide y terminaba en una especie de torre formada por la sucesión de los pisos superiores.

El millonario abandonó el coche, entró en el edificio y se hizo conducir al quinto piso. En el antedespacho de la Asociación preguntó por Dobson Pringle.

La joven secretaria le informó que el presidente había salido para almorzar.

Eran entonces las doce y cuarto y había abandonado las oficinas a las doce.

No era de suponer que regresase muy pronto.

La observadora mirada de Lamont Cranston no estuvo inactiva mientras la joven hablaba. Curioseaba a través de una partición de cristales que separaba el antedespacho y observó la sencillez de su mueblaje.

Había muchas mesas distribuidas por la habitación, y al fondo se dividía ésta en particiones más pequeñas, que servían para los empleados, principales de la empresa.

En el ángulo directamente opuesto al antedespacho se elevaba la sólida pared de una habitación con una sola puerta. Sobre ella se leían estas palabras:

SALA DE CONFERENCIAS

Lamont Cranston se dirigió a los ascensores, después de decir que volvería a ver a Dobson Pringle en cualquier otro momento. Cuando salió a la calle caminó como una media manzana y se volvió para estudiar la piramidal construcción desde aquella distancia.

Anotó la situación exacta del despacho que acababa de abandonar. Una ligera sonrisa animó sus labios. Luego se confundió con la gente que pasaba.

Y desde aquel momento desapareció su rastro.

Algún tiempo después, una luz disipó las tinieblas de una extraña estancia.

Destellaron unos rayos azules sobre el pulimentado tablero de una mesa.

Bajo el círculo de luz aparecieron unas manos blancas. El chispeante girasol lanzó sus deslumbradoras irisaciones.

La Sombra estaba en su santuario.

Esa noche el reloj no estaba sobre la mesa. Había tiempo para la reflexión.

Las manos abrieron unos sobres y sacaron de ellos recortes e informes.

Los más recientes se referían al misterio del Hotel Gigantic. La Sombra los puso aparte. Hablaban todos de lo mismo: de un secuestro audaz... de una demanda de cinco millones de dólares. Y en todos se destacaba el nombre de la Mancha Roja y se clamaba por su captura.

Pero ningún dato llevaba la información esencial referente a la reunión de aquella noche en la Unión de Constructores. Aquello había sido suprimido por el comisario Weston.

La Sombra rió entre dientes. Su mano empezó a escribir palabras, con tinta azulada, en una hoja de papel. Aquellas notas eran como un resumen de sus conclusiones.

«La Mancha Roja enviará un emisario a recoger, el rescate. A las nueve y treinta de esta noche, en la sala de conferencias de la Unión de Constructores. La policía estará allí para coger al agente.»

»No lo lograré. La Mancha Roja ha preparado demasiado bien sus planes. El emisario podrá abandonar el local... con los cinco millones o sin ellos. Es indiferente. Sería inútil tratar de alterar lo convenido. La Mancha Roja no aparecerá en persona.»

«Hay que dejar a la policía la tarea de seguir al emisario. Su trabajo no dará resultado. El típico medio de llegar hasta la Mancha Roja es descubrir su guarida secreta. Allí hay que esperar su llegada. Sus planes deben ser desbaratados en el antro donde se preparan.»

Las palabras permanecieron visibles un corto tiempo, luego, como pensamientos que huyen, empezaron a desvanecerse. Una tras otra, en el orden en que habían sido escritas, fueron desapareciendo, y dejando la hoja en blanco. Otra vez se dejó oír la risa de La Sombra. La mano escribió un nuevo párrafo:

«La Mancha Roja tiene muchos cómplices. Dispone de caminos secretos que utilizan para huir. Hay que descubrirlos. Hay muchas vidas en peligro, y los asesinos están prontos a actuar.»

Las palabras se desvanecieron mientras La Sombra volvía a lanzar su burlona risa, que despertó vagos ecos en las desnudas paredes.

Las manos abrieron otro sobre. Contenía un informe escrito en código. La Sombra leyó el mensaje con la misma rapidez que si estuviese escrito en el lenguaje corriente. Las líneas trazadas en tinta azul desaparecieron.

Así estaban escritos todos los mensajes de La Sombra. Con el empleo de un fluido especial, la tinta, después de secarse, se desvanecía al contacto con el aire. Con esta tinta estaba escrita la nota de Harry Vincent, uno de los agentes de La Sombra.

Acompañaban al mensaje algunos recortes.

Se referían a otros acontecimientos: a la extraña desaparición de Hubert Craft, eminente arquitecto, cuyo bote volcado había sido descubierto en Long Island hacía unas semanas.

Harry Vincent no había podido averiguar gran cosa. Craft iba frecuentemente a su casa flotante de Long Island y pasaba en ella unos días.

Una noche desapareció con el bote, y no regresó. Había estado en Nueva York durante la tarde, y desde entonces nadie le había vuelto a ver.

¿Qué había sido de Hubert Craft?

La Sombra contestó la pregunta de una manera enigmática. Su mano apareció con una pluma, y con una rápida sacudida hizo desprender una gota de tinta roja que cayó sobre una blanca hoja de papel. La gota se esparció en forma grotesca, bajo la luz.

¡La Mancha Roja!

La desaparición de Hubert Craft había precedido a la aparición de aquel siniestro signo.

¡Hubert Craft y la Mancha Roja! ¡Había una relación indudable entre ellos!

¿Qué se proponía hacer La Sombra?

El misterio iba haciéndose más profundo; estaban en juego cinco millones.

Habían sido secuestrados dos hombres, Selfridge Woodstock y su secretario, Crozer. Aquella reunión en la sala de conferencias de la Unión de Constructores podía aclarar el enigma. ¿Estaría allí La Sombra?

La mano volvió a escribir con la tinta azulada. Pero las palabras que trazó estaban en completa oposición con lo que era lógico esperar. No hacían mención a la reunión que iba a celebrarse

aquella noche. La misión de vigilar aquel acto podía quedar para la policía.

En su lugar, La Sombra expresó su secreta intención de investigar en un sitio donde ya había estado antes; de volver sobre una pista que la policía ya había abandonado. En caracteres cuidadosamente formados, la mano escribió esta decisión:

«Esta noche. El Club Janeiro.»

Las líneas rojas fueron desvaneciéndose. El girasol destelló mientras la mano izquierda permanecía inerte sobre la mesa. La luz azulada dio un chasquido y se apagó.

Sonó en las tinieblas una risa burlona. Había en ella una nota de siniestro augurio. Era anuncio de lo inesperado; grito de desafío del ser que se disponía a lanzarse sobre la parte más débil de las líneas enemigas.

Cuando se apagaron los ecos de aquella risa, reinó en la estancia un silencio impresionante.

La Sombra —, señor de la noche, había desaparecido. Había abandonado las reconditeces de su misterioso refugio para ir en busca de una nueva aventura.

Mientras otros se preparaban para hacer frente a la Mancha Roja, La Sombra se proponía seguir un camino diferente.

¡La Mancha Roja se encontraría con su mortal enemigo donde menos lo esperaba!

¡Se tropezaría con La Sombra!

CAPÍTULO XVII

EL PRELUDIO

EERAN más de las dos cuando Dobson Pringle regresó a las oficinas de la Unión de Constructores. La secretaria le informó que había estado a visitarle un caballero que había marchado sin dar su nombre; pero Pringle no dio gran importancia a la noticia.

La muchacha le dio otra mucho más interesante: que Félix Cushman y un amigo le esperaban en el despacho presidencial.

Pringle se apresuró a dirigirse a su departamento y encontró allí a Cushman.

Pringle reconoció inmediatamente al individuo que le acompañaba: el detective Merton Hembroke, de la jefatura de Policía.

Tan pronto como Pringle cerró la puerta, Cushman le condujo a su mesa y empezó a hablar en tono de gran solemnidad.

—He traído a Hembroke aquí-anunció —, de acuerdo con el comisario Weston. Hembroke es el detective principal encargado de este caso, y sugiere que sería conveniente verificar una inspección de nuestras oficinas antes de la reunión de esta noche.

—Excelente idea-convino Pringle —. ¿Entonces, se quedará Hembroke aquí después de que se desalojen las oficinas?

—Por poco tiempo-contestó Cushman —. Todos se habrán marchado a las seis. Pero considero conveniente que no permanezca aquí más allá de las siete.

—¿Por qué no?

—Porque debemos atenernos estrictamente a las condiciones del ultimátum. Estoy convencido, Pringle, de que se presentará un emisario de la Mancha Roja. Al aproximarse la hora de la reunión, no debe haber nadie en estos locales.

—No veo inconveniente en que Hembroke se quede-declaró Pringle, disintiendo de la opinión del director —. No obstante, comprendo que mi sugerencia pesará poco.

—Los fondos llegarán a las ocho y media —resumió Cushman, haciendo caso omiso de las objeciones de Pringle—. Para esa hora debemos estar todos aquí... incluso usted y los directores. Si los espías del secuestrador con quien tenemos que tratar vigilan desde el exterior del edificio, podremos despistarles por completo.

—¿Cómo? —interrogó Pringle.

—El comisario Weston lo tiene preparado todo-intervino Hembroke —.Tiene una gran idea, señor Pringle...

—Lo que se debe en gran parte a su iniciativa, Hembroke-le interrumpió Cushman en tono encomiástico.

—Todo el mérito pertenece al comisario-declaró el detective —. Yo me he limitado a ultimar los detalles. Reconózcalo así, señor Pringle. ¿Cómo se transportarán los cinco millones de dólares?

—Bajo la vigilancia de la policía, naturalmente.

—El dinero vendrá en un camión blindado del Banco. La policía rodeará el edificio, pero desaparecerá en cuanto el dinero esté dentro. Quedará así casi una hora, hasta la de la reunión.

—Pero no nos marcharemos todos —aclaró Hembroke—. Nos quedaremos por aquí, José Cardona, yo y media docena de detectives. Por eso quiero inspeccionar estos locales. Así podré elegir los puestos.

—¿Comprende usted, Pringle? —intervino Cushman—. La reunión de nuestros directores se celebrará en la sala de conferencias. Allí no habrá policía. Todo de acuerdo con las condiciones de la Mancha Roja. Pero a menos que se nos entregue a Selfridge Woodstock... no se terminarán las negociaciones.

“El dinero será el cebo. Todo parecerá normal, pero debemos estar preparados para cogerle en la red.

—Bien planeado, Cushman —declaró Pringle—. Sin embargo, insisto aún en mi proposición final de la pasada noche. Tome nota de mis palabras, Cushman; y usted, Hembroke, sirva de testigo. Vamos a arriesgar cinco millones de dólares. Podemos perderlo todo sin ganar nada.

—Hay que correr el albur-repuso Cushman —. Y, por otra parte, todas las probabilidades están en nuestro favor.

—No me parece mal plan-concedió el presidente —. Es muy natural que el dinero venga aquí bajo una fuerte escolta. Sin embargo, podríamos emplear papel blanco en lugar de verdaderos billetes.

Pringle cortó la conversación y se encogió de hombros. El presidente de los directores se puso en pie y condujo a Merton a una puerta lateral de su despacho, que le ponía en comunicación con una habitación que los directores utilizaban coma oficina.

La puerta se cerró tras Cushman y Hembroke. Pringle agitó una campanilla llamando a una estenógrafa.

Eran las cuatro y media cuando Dobson Pringle terminó una serie de trabajos menudos.

Pringle sabía que a aquella hora Cushman se habría marchado ya y que Hembroke se encontraría en el despacho inmediato.

Mientras reposaba en su gran sillón giratorio, oyó un golpecito al otro lado de la puerta. Concedido el permiso, la puerta se abrió y entró Carlton Carmody.

El anciano arquitecto cerró la puerta tras sí y se sentó en una silla junto a la mesa, mirando al presidente con turbados ojos.

—¿Qué pasa, Carmody? —preguntó, Pringle en tono bondadoso.

—Pienso en sus preocupaciones, señor Pringle-declaró el arquitecto —. Anoche no pude dormir. No estuvo bien la manera que tuvo Félix Cushman de desautorizarle a usted.

—Ese es un asunto mío, Carmody —sonrió Pringle.

—No estuvo bien, señor-protestó el arquitecto —. AL menos debió merecerle más respecto su opinión.

—Cushman es el que manda aquí, Carmody.

—Trataré de hacerlo, señor Pringle. He estado trabajando en aquellos planos a medio terminar del edificio de Soudervale. Quizá borre así de mi imaginación todas estas preocupaciones. Pero no puedo apartar de mi pensamiento a la Mancha Roja.

—No lea usted periódicos-recomendó Pringle —. Es un sacrificio duro, Carmody, pero muy recomendable en estas circunstancias. Por lo demás, es muy posible que todo quede arreglado esta noche.

—Así lo espero, señor Pringle.

En cuando Carmody abandonó el despacho, Pringle se preparó para marcharse. EL presidente no podía olvidar las atenciones del arquitecto.

Un buen trabajador, aquel Carmody; no podía aspirar a igualarse con Hubert Craft; sin embargo, su fina percepción de los detalles le hacía un elemento valiosísimo, para llevar adelante la obra inacabada del arquitecto desaparecido.

La marcha de Dobson Pringle antes de las cinco, fue la señal de dispersión para la mayor parte de los empleados. Generalmente, el austero presidente daba ejemplo a sus subordinados quedándose hasta las cinco y media.

Hoy, después de las cinco empezaron a vaciarse gradualmente las oficinas, y media hora después estaban vacías.

La puerta del despacho de los directores se abrió cautelosamente; en el umbral iluminado, solamente por las luces de emergencia, apareció la figura de Merton Hembroke. El detective recorrió el amplio despacho en apresurada inspección.

Una puerta cerrada atrajo su mirada. Se filtraba la luz bajo ella. Tenía un rótulo que decía:

ARQUITECTO JEFE

Carlton Carmody estaba todavía trabajando. Hembroke recordó al individuo que había conocido la pasada noche. Era un carácter algo extraño aquel Carmody. Hembroke decidió esperar a que se marchase.

En lugar de volver al despacho del que había salido, el detective se refugió en la antesala y se puso a observar a través de la partición de los cristales.

Recluido en su despacho, Carmody trataba de concentrar su atención en los planos del nuevo edificio de la Soudervale. Al estudiar la planta baja, en un espacio destinado a oficinas bancarias, notó una parte sin marcar. Carmody se preguntó la causa.

¿Sería un espacio destinado a una cámara especial? No era probable.

Ninguna institución bancaria, había hecho todavía proposiciones para ocupar la planta baja del proyectado edificio. Aquel detalle no era convencional; ¿por qué lo había reservado Hubert Craft?

Pensativo, Carmody mojó la pluma en la tinta roja con que acostumbraba a marcar los planos. La pluma se hundió más de lo que el arquitecto se proponía.

Y cuando la suspendió sobre el papel se desprendió de ella una

gota, que fue a caer sobre el mismo espacio que había causado la perplejidad de Carmody.

¡La Mancha Roja!

¡El borrón de tinta semejaba el extraño signo que Carmody había visto en la nota del rescate!

La peculiar coincidencia despertó un tumulto de pensamientos, en la excitada imaginación del arquitecto.

Los detalles impresionaban a Carlton Carmody más que las cuestiones importantes. Tal había sido la principal causa de la lenta carrera hacia la notoriedad.

Sin embargo, Carmody poseía ocultas cualidades de imaginación, y esto, junto con las anomalías que observaba en los planos, hizo que la amenaza de la Mancha Roja adquiriese ante él proporciones gigantescas.

Recordó el episodio de la pasada noche en el Hotel Gigantic; con repentino impulso se dirigió al gabinete de archivos y sacó los planos de aquel inmenso edificio concebido por Hubert Craft.

Estudiando el plano de la planta, advirtió un sitio sin marcar que le hizo detenerse. Su imaginación voló a los detalles que había leído sobre el asesinato de Tony Lorette; hecho que había llevado a la Mancha Roja a tan resonante actualidad. Lorette había muerto en el Club Janeiro.

El club nocturno estaba instalado en el Stellar Theater... ¡un edificio construido también por la Unión de Constructores!

Vuelto al gabinete de archivos, Carmody buscó los planos del Stellar Theater y se puso a estudiar los diagramas del primer piso. Sintió un nuevo impulso, y extendió este plano junto al del Hotel Gigantic.

Con su pluma mojada de tinta roja sacudió una gota sobre cada diagrama.

Luego, con mueca burlona, retrocedió un paso para contemplar su obra.

De pronto, con la premiosidad de un loco, Carmody registró los archivos hasta dar con los planos del edificio en que ahora se encontraba. Estudió los del quinto piso y posó la punta de un dedo sobre la sala de conferencias, donde tenía que celebrarse aquella noche la reunión.

¡Y riendo entre dientes, salpicó los planos con otras manchas

bermejas!

Un reloj colocado sobre el alféizar de la ventana marcaba las seis y media.

Tras enrollar los planos que había marcado, se los colocó debajo del brazo y salió del pequeño despacho. Se deslizó como un fantasma por entre las mesas de las oficinas y llegó ante la puerta de la sala de conferencias. Estaba abierta entró y encendió la luz.

La habitación tenía una entrada peculiar, una especie de antesala mucho más estrecha que el salón a que daba paso. A la izquierda de esta antesala había una pared formada por tableros.

Carmody entró en el salón y extendió sus planos sobre la gran mesa colocada en el centro. De pronto levantó la cabeza y enrolló apresuradamente los papeles. Acababa de entrar un hombre: Carmody reconoció el rostro del detective Merton Hembroke.

El policía se había propuesto no molestar al arquitecto en su trabajo, pero ya que Carmody se había dado cuenta de su presencia, se decidió a hablarle.

—¿Qué hace usted aquí? Habíamos quedado en que no entraría nadie en esta habitación.

—Es que... he descubierto algo-balbuceó Carmody —. Algo muy importante... importantísimo.

—¿De qué se trata?

Carmody titubeó. No le agradaba discutir aquel asunto con el detective.

Prefería hablar con Dobson Pringle.

Había una expresión peculiar, como de desconfianza en la mirada de Hembroke, y Carmody se arrepintió de pronto de haber marcado los planos con las manchas rojas.

¿Qué entendería un detective de diagramas arquitectónicos? Carmody se sintió intranquilo.

—Tengo que hablar con el señor Pringle-anunció —. Es muy importante lo que tengo que decirle.

—El señor Pringle se marchó a casa-repuso Hembroke —. Precisamente, me dedicaba a cerciorarme de si todo esto estaba vacío, cuando le vi a usted entrar en esta habitación.

—Puedo llamar por teléfono, al señor Pringle-sugirió Carmody —. Realmente tengo que discutir con él un asunto importantísimo.

—Yo lo llamaré-dijo Hembroke con cierta brusquedad.

El detective cogió un teléfono, pero vió que no estaba conectado.

—Tendremos que ir a la centralita-decidió —. Venga conmigo. Llamaré a Pringle.

Recogidos sus preciosos planos, Carmody echó a andar precediendo al desconfiado detective. Cuando vió que Hembroke descolgaba el teléfono, le comunicó el número de Pringle.

—No está en el listín-explicó —. Llámelo directamente. Es muy importante.

Hembroke hizo la llamada. A los pocos minutos hablaba con el presidente de la Unión de Constructores.

—Aquí el detective Merton Hembroke-explicó el policía —. Estoy en el edificio de la Asociación... Me disponía a marchar... Me acompaña uno de sus empleados, Carmody, el arquitecto... Lo encontré en el salón de conferencias... Quiere hablar con usted sobre ciertos planos...

—¡Dígale que lo veré antes de la reunión! —contestó Carmody apresuradamente—. ¡Que me espere en el salón de conferencias!

—Quiere verle a usted personalmente-resumió Hembroke —. Esperará en la sala de conferencias antes de la reunión de esta noche... No, no me ha dicho de lo que se trata. Está muy excitado y no suelta de las manos un montón de diagramas... ¿No le parece que debiera llevármelo a la jefatura de Policía?... ¿Cómo?... No... no; Sí, comprendido... Perfectamente, señor Pringle.

Hembroke colgó el teléfono y se encaró con Carmody.

—Debiera llevarle a usted detenido-dijo —; pero su jefe responde por usted. Dice que vendrá aquí tan pronto como termine de cenar, y que le espere usted en el salón de conferencias.

—Está bien —dijo Carmody con aire contrito.

—Yo me marchó-añadió Hembroke —. Ya debiera, haberlo hecho a las siete... y usted mucho antes. Pero puesto que Pringle está conforme... Venga conmigo.

Hembroke condujo al arquitecto a la sala de conferencias. Carmody ocupó su sillón junto a la mesa. Hembroke recorrió la estancia, observando desconfiadamente todos los rincones. Convencido de que todo estaba bien, salió y cerró la puerta del pequeño antedespacho.

El detective se detuvo unos minutos para escuchar; luego se

encogió de hombros y siguió su camino. Unos instantes después abandonaba las oficinas de la Unión de Constructores y tomaba el ascensor hacia la planta baja.

En el salón de conferencias, Carlton Carmody esperó hasta que estuvo completamente seguro de que el detective se había marchado. Luego, con maliciosa sonrisa, extendió sus planos sobre la mesa que tenía delante.

Sus ojos se dilataron de asombro al cotejar aquellos dibujos, cada uno de los cuales ostentaba una mancha roja.

Pasaron unos minutos. Carlton Carmody parecía como extasiado, contemplando las características de los planos. Apenas se daba cuenta del paso del tiempo, concentrada su atención en los diagramas que tenía delante.

Transcurrieron cuarenta minutos. Eran casi las siete y media, y continuaba absorto en su tarea.

Se apagaron de pronto las luces del salón de conferencias. A partir de aquel momento Carlton Carmody no supo nada más.

Era aquel el preludio de los crímenes que iban a tener lugar en el salón de conferencias y en otras partes.

CAPÍTULO XVIII

OTRA DESAPARICIÓN

EERAN exactamente las nueve cuando Lamont Cranston apareció en los salones del Club Janeiro. Hubo algo de misterioso en la llegada del millonario.

El jefe de los camareros, que vigilaba las acostumbradas entradas, no lo vio hasta que estuvo sentado a una mesa, lejos de la arcada que daba paso a los despachos.

Había una razón para este fenómeno. Cranston había entrado por uno de los pasillos laterales, camino que la policía había registrado en la creencia de que Socks Mallory, pudiera haber escapado por allí la azarosa noche en que fue asesinado Tony Loretti.

Pero Cranston había hecho algo más que entrar por allí. Había hecho una breve visita a uno de los tres despachos y había depositado un paquete en un sitio apartado, debajo de una mesa.

El millonario no había empleado mucho tiempo en ello. La voz de Juanita Pasquales, hablando por el teléfono de una habitación inmediata, le había obligado a alejarse antes de que terminase la conversación.

En cuanto vio a Cranston, el jefe de los camareros, se dirigió a la arcada oculta por el biombo. Y debió encontrar a la señorita Pasquales antes de llegar al pasillo, pues, el hombre regresó casi inmediatamente, y la propietaria del Club Janeiro apareció unos minutos después.

Pasaron cinco minutos; empezaron a desarrollarse las escenas de un drama lento. El camarero jefe se detuvo junto a una mesa donde había sentados cuatro individuos y entregó una tarjeta a uno de ellos.

Éste, sujeto corpulento y carirredondo, que tenía aspecto de cacique rural, asintió con una inclinación de cabeza y habló en voz baja a sus tres compañeros.

Lamont Cranston, fumando tranquilamente un cigarrillo, observaba los acontecimientos. Impasible, sin revelar el menor interés, no perdía detalle de cuanto ocurría, y se iba enterando de lo que se tramaba, como si perteneciese al grupo sentado en torno a la mesa distante.

El individuo corpulento era Hoskins «Dinamita», antiguo cofrade del hampa de Nueva York, cuyo persistente uso de la mecha y la bomba le había obligado a huir a lugares desconocidos. De vuelta en Manhattan, <Dinamita> hacía su primera aparición en el Club Janeiro.

Al final del intervalo que siguió al mensaje del camarero jefe, Hoskins «Dinamita» se puso en pie y echó a andar bordeando las mesas que rodeaban la pista de baile. Los reflectores caían sobre ésta; bailaban unas parejas; y el paso del individuo no fue advertido por nadie... con una excepción.

Lamont Cranston, cuya penetrante mirada vigilaba en la penumbra, vió que <Dinamita> pasaba por detrás del biombo que ocultaba la salida a las oficinas. Unos momentos después, Juanita Pasquales se dirigía en la misma dirección.

Pasaron unos minutos más; entonces, Cranston se puso a su vez en pie.

Tranquilamente se encaminó hacia el biombo, se detuvo un instante y desapareció de la vista.

Su acción tuvo una inmediata respuesta, por parte de los tres individuos que habían acompañado a Hoskins «Dinamita». Se levantaron a un tiempo, dieron un rodeo por los pasillos laterales del gran salón, y se deslizaron uno tras otro por el mismo sitio por donde habían visto desaparecer al millonario.

Formas furtivas, agazapadas; manos brutales que empuñaban, sendos revólveres; rostros siniestros de asesinos pagados que buscan con avidez su víctima; tal era lo que podía verse unos instantes después al otro lado del biombo. En el salón seguía la música y continuaban bailando las parejas.

Entretanto, Lamont Cranston había pasado el cruce de los pasillos y se detenía allí un momento. Unos ojos le vieron. Mientras

Cranston seguía avanzando hacia el despacho central, Juanita Pasquales se deslizó en un «camerino» vacío y apartó una capa que colgaba en un rincón.

Titubeando, casi temeroso de lo que iba a hacer, la mujer oprimió un botón y dejó que la capa volviese a colgar como antes. Al volver a la puerta del camerino vió pasar a los tres «gorilas» andando cautelosamente.

Lamont Cranston se había dirigido directamente al despacho del centro. Los tres malhechores le siguieron. La mujer ese encaminó con tembloroso paso al salón del Club, donde ya iban a empezar las variedades.

La mano de un gangster se apoyó en el pomo de la puerta que daba paso a las oficinas. La puerta se abrió hacia adentro. El malhechor pasó cautelosamente la cabeza y, al ver que no había nadie, hizo una seña a sus compañeros. Los bandidos entraron uno tras otro, con los revólveres preparados.

El que marchaba delante abrió la puerta con la mano izquierda. Luego asomó la cabeza en el que había sido despacho de Tony Loretto, mientras los otros se dirigían a la pequeña habitación de la derecha.

Apenas acababa el primer individuo de atravesar el umbral, cuando se cerró bruscamente la puerta por efecto del empujón de alguien oculto detrás.

El portazo hizo que los otros tres “gorilas” mirasen en aquella dirección.

Entre ellos y la puerta se interponía la siniestra figura de un ser aparecido tan repentinamente como un fantasma. Pendía de sus hombros una larga capa; un cuello levantado oscurecía la parte inferior de su rostro; las alas de un sombrero acababan de ocultar sus facciones.

Dos ojos, en los que parecía arder un fuego inextinguible, eran el único rasgo visible de su rostro.

¡Ojos de fuego! ¡Amenazadores ojos! Pero no eran la única amenaza que paralizó a los malhechores. Unas manos enguantadas de negro asomaban por entre los pliegues de la capa; y cada una empuñaba una automática, encañonando al trío.

—¡La Sombra!

La exclamación salió a un tiempo de las tres reseca gargantas; y

el eco de tales palabras fue una risa burlona, salida de debajo de las alas del sombrero.

¡Con una treta tan sencilla como audaz, el terror del hampa tenía a su merced a los tres fracasados asesinos!

La risa burlona de la Sombra era una orden. El gesto enérgico de las automáticas no admitía oposición. Los bandidos retrocedieron unos pasos, hacia el fondo de la habitación, con los brazos en alto.

La Sombra estaba de espaldas a la puerta; sus enemigos estaban a su merced. Un segundo más... y se encontrarían completamente inermes.

Pero en aquel crítico instante, la penetrante mirada de La Sombra percibió algo que le hizo prepararse para hacer frente a un nuevo enemigo. La silueta de La Sombra se recortaba en negro sobre el centro de la habitación.

¡Pero sobre el umbral de la habitación de la derecha, débilmente iluminada, La Sombra vio otra sombra!

Alguien se agazapaba tras aquel dintel; alguien que esperaba la actuación de los tres asesinos. La Sombra no tenía opción. Un momento más, empleado en contener a los tres hombres que tenía delante, podía significar un ataque del oculto enemigo.

La Sombra estaba alerta. Y en aquella fracción de segundo ejecutó lo inesperado. Su posición, de espaldas a la puerta, favoreció su acción. El codo de su brazo derecho se movió bajo los pliegues de la capa y oprimió el botón del interruptor colocado a la derecha de la puerta.

Tinieblas. A favor de ellas, surgieron dos hombres de la otra habitación.

Mientras ávidos dedos oprimían los gatillos de los revólveres. La Sombra acabó de fundirse en las tinieblas que le rodeaban. Y su desaparición se realizó un instante antes de que sonasen los primeros disparos.

Tronaron las armas, y sus mensajes de fuego fueron a clavarse en el marco de la puerta, en el sitio en que había estado La Sombra. La automática que empuñaba la mano derecha del caballero de la noche, lanzó en respuesta rojas lenguas de fuego.

Para los tres gangsters inmovilizados en el fondo de la habitación, todos estos acontecimientos sucedieron con pasmosa rapidez. Pero acostumbrados a las situaciones críticas, lograron

reaccionar de su momentánea paralización.

Y los revólveres, a punto de desprenderse de los temblorosos dedos, fueron empuñados con renovada fuerza. Rasgaron las tinieblas los fogonazos, mientras los bandidos, tendidos en el suelo, apuntaban al sitio en que había estado La Sombra.

Maestro de la estrategia, La Sombra esperaba ya aquella granizada.

Sabiendo que sus enemigos dispararían rápidamente, esperando cazarle con sus ráfagas de balas, les ocultó su posición disparando con la mano izquierda.

A continuación giró ágilmente hasta situarse a un lado de la puerta.

Y entonces fueron sus dos automáticas, no una, las que vomitaron fuego contra los orientadores fogonazos. Un grito reveló que un bandido había recibido un balazo, otro «gorila» lanzó un juramento mientras soltaba el revólver y se agarraba la destrozada mano.

Transcurrieron unos segundos en los que rasgaron las tinieblas, más de una docena de balas. Habían caído cuatro hombres, víctimas todos de la puntería de La Sombra, pero el fantasmal luchador continuaba sin recibir un rasguño.

La Sombra había triunfado no solamente por la perfección de su puntería; la oportunidad de sus disparos había sido el factor decisivo.

Su rapidez en cambiar constantemente de posición le había permitido burlar a sus adversarios. La Sombra sabía demasiado bien que era inútil tratar de sobrepujar la velocidad de una bala; pero sabía igualmente que la puntería de un revólver dependía del factor humano.

En el lapso empleado por los malhechores en apuntar sus revólveres hacia el sitio donde creían se encontraba su enemigo, La Sombra había dejado el vacío de las tinieblas por todo blanco.

Los ecos de las detonaciones, cada vez más espaciadas, fueron extinguiéndose; pero La Sombra sabía que quedaba en pie uno de sus enemigos... enemigo agazapado en la oscuridad en espera de que La Sombra se descubriese.

Había un medio de hacer frente a aquel oculto enemigo. La Sombra avanzó silenciosamente hasta situarse a tres pasos de la

puerta de la izquierda.

La Sombra hizo un solo disparo hacia el interior de la habitación y, oculto por la llamarada del fogonazo, se retiró de nuevo; pero no hacia la izquierda, como el enemigo oculto esperaba, sino hacia la derecha, en dirección al pasillo que conducía al salón del Club.

La treta surtió un doble efecto: hizo suponer al pistolero que acechaba que La Sombra retrocedía para refugiarse en el despacho interior, y le hizo creer, además, que el disparo había sido hecho con la mano derecha.

El pistolero era un excelente tirador. Tres veces escupió su revólver su mensaje de muerte, dirigiendo los bien calculados disparos a la trayectoria que, lógicamente, tenía que haber seguido La Sombra.

Pero la respuesta llegó de la puerta principal... del sitio en que La Sombra había iniciado su primer ataque. Un solo disparo redujo a la inmovilidad al último de los asesinos.

Tres fogonazos habían bastado a La Sombra para localizar su blanco. Un aullido de dolor le anunció que el plomo de su pistola, se había hundido en la carne de su enemigo.

Estaba libre el camino de la huída. La Sombra no lo tomó. En su lugar, apuntó su automática hacia el despacho de la derecha... único sitio de donde podía venir un nuevo ataque.

Las balas se clavaron en la mesa y las sillas. Un momento de calma; la puerta del despacho se abrió y se cerró con estruendo. Siguió el más profundo silencio.

Transcurrieron unos segundos. Asomó por la derecha la figura de un hombre. Era Moocher Gleetz, quien apartó con un pie el cuerpo de uno de los pistoleros caídos y avanzó a largos pasos hacia el despacho exterior.

Como no se cuidó de encender la luz, no vio la siniestra figura que se alzaba expectante a unos seis pasos de él. Moocher abrió silenciosamente la puerta de salida... la puerta por donde creía que había escapado el vencedor.

Llegaba del pasillo ruido de gente que se dirigía hacia allí. Por lo visto, el enemigo ya había huido. No había tiempo que perder. De tres largas zancadas, Moocher retrocedió hasta el despacho.

La Sombra se movió. Un largo brazo se extendió empujando la puerta que daba al pasillo. Una mano firme dio silenciosamente

vuelta a la llave; luego la retiró suavemente de la cerradura y la echó al exterior por debajo de la puerta.

Allí la encontrarían, aparentemente abandonada por alguien que había huido luego de cerrar el despacho por fuera.

La Sombra avanzó audazmente hacia el departamento de la derecha, pasando sobre los cuerpos tendidos en el suelo.

Aquel era el camino que Moocher había tomado; ¡pero la habitación estaba vacía!

La risa de La Sombra fue un murmullo apenas audible. Como criatura de otro mundo, el negro fantasma atravesó la habitación y llegó a la pared opuesta. Allí, contra la pared, estaba el armario con sus estantes.

La Sombra buscó la combinación que abría el sólido mueble.

Por la parte del pasillo se oía un verdadero pandemonium; la gente trataba de echar abajo la pesada puerta.

Las manos de La Sombra hurgaron en el armario y llegaron al estante superior. Un fuerte tirón hacia abajo abatió la tabla, y con ella a todas las demás, que se plegaron como los listones de una celosía. La Sombra le detuvo entonces y escuchó.

Aumentaba el barullo en el pasillo. Por encima del griterío se elevó una voz: «¡Aquí está la llave! ¡Aquí está la llave! ¡No hay necesidad de derribar la puerta! ¡Atrás... déjenme pasar!»

Una mano enguantada de negro empujó la plancha formada por los estantes abatidos. La plancha giró dejando al descubierto una abertura en la pared.

La negra figura se introdujo en ella, la parte posterior del armario volvió a cerrarse; los restantes recobraron automáticamente su posición primitiva.

La gente penetró en las oficinas, contemplando con espanto los cuerpos de los gangsters tendidos en el suelo. Dos malhechores-los que habían acompañado a Moocher-estaban muertos. La Sombra les había apuntado al corazón para hacer frente a su desesperado ataque.

Los otros tres estaban heridos. Pero eran los únicos que no podían decir nada. No se habían enterado de otra cosa que de la confusión que siguió a su caída.

Eran secuaces de Hoskins «Dinamita», acabados de llegar a Nueva York, y, como su jefe, aun no habían tenido tiempo de

ponerse en contacto con la Mancha Roja. Las balas de La Sombra se lo habían impedido.

La policía iba llegando para enterarse, de los detalles de aquella nueva hazaña de la temible banda. La llave encontrada en el pasillo parecía probar que alguien había huido por aquel sitio.

La señorita Pasquales, nerviosa y próxima a la histeria, no podía decir nada.

Se encontraba en el escenario cuando ocurrió el tiroteo.

Pero en su fuero interno, la mujer sabía que aquella noche había desaparecido otro hombre. Lamont Cranston, el millonario.

¿Habría escapado? Aunque ella había sido la que había dado la señal a los asesinos, deseaba que su víctima hubiese podido huir sano y salvo.

El miedo a la Mancha Roja había obligado a la propietaria del Club, a obedecer las órdenes de Socks Mallory. Conocía también el secreto del armario, pero una amenaza de muerte sellaba sus labios.

La policía investigaría como otras veces, pero no descubriría nada. Y sin embargo, aquella noche había desaparecido otro hombre. Lamont Cranston no estaba en el Club Janeiro.

Si no había escapado, debía de estar muerto a aquellas horas, y los asesinos habrían hecho desaparecer su cadáver a través de la puerta secreta.

Pero, muerto o vivo, había defendido su vida ferozmente; buena prueba de ello eran los cuerpos de los gangsters que yacían en el suelo. Sólo de una cosa estaba segura Juanita Pasquales: de que Cranston ignoraba por completo el misterio del Club Janeiro.

La propietaria del Club ignoraba, a su vez, que Lamont Cranston se había transformado en La Sombra.

¡Ni sospechó por un momento que el supuesto millonario, invisible señor de las tinieblas, seguía en aquel instante el camino que conducía al verdadero corazón del crimen!

¡La desaparición de Lamont Cranston era hechura de La Sombra!

¡El maestro de detectives no sólo acababa de vencer en la cruenta lucha, sino que avanzaba silencioso e invisible por el cubil de la Mancha Roja!

¡La Sombra sabía!

CAPÍTULO XIX

CINCO MILLONES DE DÓLARES

ERAN casi las nueve y media. Lejos del área en donde las automáticas de La Sombra, habían dado su mortífera respuesta a los revólveres de los que habían querido asesinarle, los directores de la Unión de Constructores estaban reunidos para la prueba de esta noche.

Estaban sentados en torno a la gran mesa de la sala de conferencias. Se encontraban a cinco pisos sobre la calle, en un apartado rincón de un gigantesco edificio y, sin embargo, se sentían intranquilos, a pesar de las seguridades que les daba su razón.

La habitación estaba iluminada.

Sobre el centro de la mesa se veía una gran caja; se escondía en su interior el tesoro llevado allí por orden de Félix Cushman. Éste, como un malhumorado guardián, estaba sentado a uno de los extremos de la mesa.

Dobson Pringle, pensativo y taciturno, ocupaba el otro extremo. En una de las pausas de la conversación, lanzó una pregunta que hacía tiempo que ocupaba su imaginación:

—¿Dónde podrá estar Carmody?

—¿Quiere usted callarse? —le atajó Félix Cushman—. ¿Qué tiene que ver Carmody con esta reunión? No se trata de un director... ni siquiera de un empleado de nuestra empresa...

—Pero tenía que estar aquí —rezongó Pringle.

—¿Por orden de quién? —preguntó Cushman.

—Por orden mía.

—Usted no tenía facultades para ordenar su presencia—replicó airadamente Cushman.

—Deje que me explique —insistió Pringle—. Carmody se quedó

aquí hasta hora avanzada de la tarde. El detective Hembroke lo encontró en el despacho. Carmody insistió en que tenía que verme... Aquí en el salón de conferencias... para hablarme de unos planos. Yo le dije que esperase mi llegada...

—¡Planos, planos! —rezongó Cushman despectivamente—. ¡Bonita ocasión para ocuparse de tales trivialidades! ¡Carmody debía de estar loco!

—Por lo que dijo Hembroke-declaró Pringle —, el asunto debía de ser urgente. Quizá se tratase de alguna iniciativa...

—¿Sobre lo de esta noche? ¡Tonterías! Discutamos asuntos más serios. Señores... —¡Cushman consultó su reloj y se dirigió a los directores—, son casi las nueve y media. La puerta exterior de este salón está cerrada. Cualquier emisario de la Mancha Roja tendrá que abrirla para presentarse aquí.

»La policía vigila el exterior. En los despachos situados al final del gran salón central hay tres hombres. Uno de ellos es el detective Hembroke. Otros, capitaneados por el detective Cardona, se encuentran en el pasillo que da a los ascensores y a la escalera. Entrarán cuando entreguemos el dinero. El comisario Weston en persona vendrá con ellos. Ahora están diseminados... observando desde las oficinas laterales. Darán toda clase de facilidades para que entre cualquiera... pero no para que salga.

»Debemos estar tranquilos y tratar con calma con el emisario de la Mancha Roja. Yo llevaré la palabra. Tenemos aquí el dinero; podemos con todo derecho exigir la libertad de Selfridge Woodstock y...

Cushman hizo una pausa y se quedó mirando a Dobson Pringle. El presidente de la Unión miraba a su vez por encima del hombro de Cushman, con una expresión de asombro en el rostro. Algunos otros de los presentes vieron también aquella mirada y se volvieron, siguiéndola, hacia la entrada del antedespacho. Los recibió una risa brutal.

Cuatro hombres y empuñando cada uno un pesado revólver, acababan de entrar en el salón de conferencias. El que los capitaneaba, un paso delante de los otros, era un individuo de nariz aplastada y mandíbulas prominentes, cuyas mejillas mal afeitadas le daban un aspecto más brutal aun.

—¡Manos arriba! —ordenó el bandido.

La amenaza de su revólver hizo que se elevasen todas las manos. Surgieron apagadas protestas de los temblorosos directores. Las redujo al silencio un gesto del gangster.

—¡Que no se oiga el menor ruido! ¡Si alguien tiene que hablar aquí, será este revólver! Yo soy el emisario que esperaban ustedes. Socks Mallory... el que trabaja para la Mancha Roja. ¡A ver dónde está ese dinero!

Antes de que ninguno de los asombrados directores pudiera responder, Socks obró por cuenta propia. Se adelantó a sus compañeros y volcó la caja; sus manazas esparcieron sobre la mesa los fajos de billetes de mil dólares.

—Bien, los contaremos más tarde-rió —. Si falta algo para los cinco millones, los prisioneros pagarán la diferencia. Y ustedes también, y con creces.

Hizo una seña a sus hombres; cuando se aproximaron, volvió a su sitio los revueltos fajos de billetes. Luego se guardó el revólver, cerró la caja y se la colocó bajo el brazo. Finalmente, tras lanzar una nueva risotada, se alejó de la mesa con su rica carga.

—Si no se mueven ustedes de donde están-advirtió —, nadie les hará daño. Nos llevamos el dinero... que es todo lo que queríamos. Pero para salir tendremos, que abrirnos paso a tiros... y no queremos que se nos moleste desde aquí. ¿Entendido?

Socks llegó a la pequeña antesala. Sus hombres se retiraron tras él, protegiéndose. El conmutador de la luz se encontraba en la puerta del salón de conferencias. Socks masculló una orden. Uno de sus secuaces apagó las lámparas.

Se oyeron varios disparos. Rebotaron las balas en la pared. Se abrió la puerta exterior. El tiroteo iba en aumento. De los directores, Félix Cushman era el único que conservaba la serenidad, mientras los otros se tiraban al suelo al resguardo de la mesa. Cushman continuó en pie, sacó un revólver y empezó a disparar a ciegas, en la oscuridad, esperando alcanzar a alguno de los ladrones en su retirada.

Cushman llegó a la puerta de la antesala. Más allá se oían los disparos de los detectives, contestando al fuego de los malhechores. Se encendieron las luces del despacho exterior. Cushman vió a los policías. El detective Merton Hembroke disparaba su revólver desde el otro extremo del pasillo. Le contestaban desde lejos otras

detonaciones.

—¡Adelante, muchachos! —gritó Hembroke—. ¡No tendrán más remedio que retroceder por aquí! ¡Y los atraparemos!

Los demás detectives se unieron a Hembroke. Cushman permaneció a la expectativa mientras Pringle y los directores se apretujaban tras él buscando su protección. Asomó al otro lado del pasillo el pálido rostro de José Cardona.

—¿Los cogisteis? —preguntó.

—¿Cogerlos? —repitió Hembroke—. Pero si marcharon por ahí...

—¡Pues entonces estarán en el otro extremo! —replicó Cardona.

Todo el pasillo estaba ahora iluminado; los detectives corrieron en tropel en la dirección indicada por el detective. Pero se detuvieron asombrados cuando vieron venir hacia ellos a Cardona.

—¿Por dónde se marcharon, José? —preguntaron.

—¡Por donde estabais vosotros! —gritó el as de los detectives.

—¡Por allí no! —replicó un agente.

El comisario Weston salió de pronto de una de las oficinas.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver la confusión—. ¿Una falsa alarma?

Abriéndose paso por entre las detectives, Weston llegó al salón de conferencias de la Unión de Constructores. Hembroke lo siguió.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el comisario a Cushman—. ¿A qué este tiroteo para nada?

—¿Que qué ha ocurrido? —dijo Cushman con acento burlón—. ¡Yo se lo diré, señor comisario! ¡Una insignificancia! ¡Cuatro hombres penetraron en este salón y arramblaron con los cinco millones de dólares! ¿Y qué ha hecho su plante de valientes detectives? ¿Dónde están los ladrones que se llevaron nuestro dinero?

Weston se le quedó mirando con aire de incredulidad. Pero por la expresión de los otros directores, comprendió que Cushman estaba diciendo la verdad.

El comisario se encaró entonces con Hembroke.

—¿Qué sucedió allá afuera? —preguntó.

—Salieron de aquí al pasillo-contestó Hembroke—. Nosotros estábamos al otro extremo... bastante lejos, pero en el único sitio donde podíamos estar. Debieron sospechar dónde nos escondíamos

y empezaron a disparar. ¿No ha sido así, muchachos?

—Así fue-convinieron los agentes.

—Yo me refugié detrás de una mesa-continuó diciendo Hembroke —, y respondí a la agresión. Los bandidos hacían fuego graneado, y yo grité a los muchachos que avansasen.

—¿Y después qué? —inquirió Weston.

—Calculo que han huido pasillo adelante-resumió Hembroke —. Si hubiesen retrocedido hasta el salón de conferencias, no hay duda de que los hubiéramos atrapado. Por eso avanzamos para cortarles la retirada... esperando que Cardona estuviera en su puesto en la otra parte. Yo vi algunas figuras a la luz de la ventana, y continué disparando... lo mismo que mis hombres.

—¡Los bandidos no retrocedieron por donde yo estaba! — protestó Cushman.

—Ya lo sé —añadió Hembroke—. Me di cuenta de ello cuando le vi a usted en la puerta.

—Abandonaron el salón de conferencias y no volvieron-aseguró uno de los directores.

Sus compañeros se mostraron de completo acuerdo con esta afirmación.

Weston se encaró con Cardona.

—En el pasillo hubo mucho tiroteo-le dijo fríamente —. Es como si Hembroke hubiese empujado a los bandidos hacia sus manos, Cardona. ¿Cómo consiguieron escapar?

—No pasaron por donde yo estaba-replicó Cardona —. Yo tenía buenos hombres apostados al otro extremo.

—Ha sido una gran equivocación-dijo tristemente el comisario —. Cuatro bandidos corren por el pasillo. Están bloqueados en ambas direcciones... ¡y consiguen escapar!

—No es la primera vez que los hombres de la Mancha Roja, desaparecen del mismo modo-declaró Cardona —. No sé cómo lo hacen... pero disponen de medios para desaparecer como tragados por la tierra...

—Excepto aquella noche en que Hembroke mató a dos en la casa de préstamos —replicó furioso Weston—. Lo que pasa es que me equivoqué poniéndole a usted para vigilar la salida; eso es todo. ¡Hembroke debió ocupar aquel puesto... no usted, Cardona! ¡A moverse, muchachos! ¡Recorred todo el edificio! ¡Registradlo todo!

Usted se encargará de este asunto desde ahora, Hembroke. ¡Usted quédese aquí, Cardona!

Cuatro bandidos armados. Cinco millones de dólares. La Mancha Roja.

Tales eran los pensamientos que cruzaban por la imaginación de Cardona, mientras escuchaba abatido los comentarios que Weston hacía con Félix Cushman.

José Cardona sabía demasiado bien lo que resultaría de aquel episodio. Una vez más había sido totalmente burlado por la astucia de la Mancha Roja.

Aquello sería el fin de su carrera como detective.

Cardona había fracasado otras veces, pero nunca un rival como Merton Hembroke había demostrado perspicacia superior a la suya.

Hembroke había conseguido un triunfo aquella noche. Había hecho todo lo que se esperaba que hiciese. Cardona era el único que había fracasado.

¡La Mancha Roja!

Cardona se sentía completamente inerte ante las maquinaciones de aquel genio del crimen. Fracasó esa noche. Mañana su destitución de las fuerzas de policía. ¡Era de esperar!

¿Cómo luchar con hombres que se desvanecían entre las apretadas filas de un cordón de agentes?

Cardona oyó que Cushman daba a Weston el nombre de Socks Mallory. Así, pues, aquel asesino había vuelto a actuar... ¡y Cardona no había logrado un simple indicio de su guarida!

El detective comprendió que estaba vencido. En ciertas ocasiones había recibido ayuda de un origen extraño... de un personaje en quien el comisario Weston no creía, pero que Cardona sabía que era un ser real... ¡La Sombra!

Esta vez no había habido tal ayuda; no pudo haberla. La Mancha Roja era algo formidable.

¡Hasta la misma Sombra no había conseguido hacer abortar su último crimen!

CAPÍTULO XX

LOS ÚLTIMOS PLANES

SE abrió una puerta al extremo del corredor de piedra. Socks Mallory, animado el rostro por una burlona sonrisa, entró y cerró tras sí la pesada puerta. EL jefe de la banda de la Mancha Roja estaba de vuelta en su despacho subterráneo.

Socks llevaba bajo el brazo la caja que contenía los cinco millones de dólares. Se aproximó a la mesa y depositó sobre ella su preciada carga.

Luego empujó el mueble a un lado, sacó de un bolsillo una hoja de acero y la introdujo en las rendijas de una losa del suelo.

Un chasquido; Socks agarró la losa y la sacó de su encaje. Una gran cavidad apareció debajo; Socks metió en ella la caja. El asesino reía complacido mientras volvía a colocar la losa en su sitio.

Algo iba deslizándose por el suelo; algo que Socks no vió. No era un objeto sólido, aunque se movía como animado de vida. Era como una mancha negra que se extendía hacia la puerta hasta la pared de piedra.

Aquella mancha era prenda de una presencia viviente. ¡Revelaba que La Sombra estaba cerca de Socks, completamente despreocupado, que se incorporó y empujó la mesa hacia su sitio. Luego se dejó caer en un sillón y se sumió en agradables reflexiones.

Sonó un zumbador. Era la señal de que alguien llamaba en la puerta exterior. Socks se puso en pie. Antes de terminar su movimiento, el largo reguero de sombra desapareció con mágica velocidad.

Socks salió al corredor y se dirigió en dirección opuesta. Levantada la plancha de acero, entraron dos hombres: Mocher

Gleetz y Hoskins «Dinamita». Los dos rufianes siguieron a su jefe al despacho.

—¿Salió todo bien, Socks? —fue la primera pregunta de Moocher.

—Sí—contestó el bandido —, conmigo siempre sale todo bien, Moocher. ¿Y lo vuestro?

Moocher titubeó. Socks frunció el ceño. Hoskins «Dinamita» parecía no comprender del todo el asunto.

Ninguno de los tres hombres se dio cuenta del fenómeno que acababa de ocurrir: la aparición de una negra silueta que se aproximaba cautelosamente a la puerta.

—Bien —declaró Moocher—, aquí tienes a Hoskins «Dinamita».

—Ya lo veo—repuso Socks —. ¿Qué fue del individuo que estabas encargado de eliminar?

—El asunto no fue bien del todo, Socks.

—¡Cómo! ¿Es que no lo matasteis?

—Quizá sí y quizá no. No pude esperar para verlo...

—¡Habla pronto! ¿Qué sucedió?

—Fui al Club Janeiro con dos «gorilas». Se presentó «Dinamita» con los suyos. Los envié delante. Se oyó el zumbador. La señal de Juanita. Me enteré así de que Cranston empezaba a husmear y de que «Dinamita» y los suyos le seguían el rastro. Entonces mandé entrar a mis hombres. Me daba el corazón que el prójimo que perseguíamos había puesto a los «gorilas» de «Dinamita» en un apuro. No me engañé. En cuanto nos asomamos a la puerta, el maldito me derribó dos hombres. Después se apagaron las luces y nos tiroteamos de lo lindo.

»A todo esto, sentí que alguien se escapaba por la puerta de aquel despacho de en medio. Avancé cautelosamente y me asomé al pasillo. Acudía ya la gente desde el salón del Club. «Dinamita» y yo apenas si tuvimos tiempo para lanzarnos a la puerta secreta y correr hacia aquí.

—¡Bonita faena! —comentó Socks—. ¡Cinco gorilas contra un señorito... y el señorito se escapa! ¡Por la manera que tienes de hablar, cualquiera diría que Cranston era La Sombra!

—Yo no digo que se nos escapase—replicó Moocher —. Lo que afirmo es que no sé si lo matamos o no. Es posible que lo atinase uno de los hombres de «Dinamita». Y también fuese el que yo oí que

se escapaba por la puerta.

—Dejémoslo-rezongó Socks —. Si fue Cranston el que escapó, probablemente estará corriendo todavía. Y con el susto que lleva en el cuerpo no se atreverá a volver.

“Estos currutacos tienen suerte a veces. Yo esperaba que me lo hubieseis traído aquí con «smoking» y todo. Tenemos un buen cementerio para elegantes como él. Olvidémoslo. Si vuelve por el club, Juanita nos dará el soplo.

Arreglado el asunto, Socks Mallory se volvió a Hoskins «Dinamita» y le dio un amistoso puñetazo en el vientre.

—¿Qué te parece nuestro alojamiento, <Dinamita>? —preguntó Socks—. ¿No esperarías encontrarte con esto, verdad?

—Es lo más soberbio que he visto en mi vida-contestó «Dinamita».

—Todavía te queda mucho por ver-declaró Socks —. Hablan de las catacumbas... ¡Para catacumbas las que tenemos aquí! Elige cualquier punto de Manhattan y yo te enseñaré la manera de llegar hasta él sin pisar el barro de la calle. ¡Traemos loca a la policía! Apuesto a que José Cardona presentará la dimisión después de lo de anoche.

—¿Y qué me dices de Hembroke? —preguntó Moocher.

—¿Ése? —Socks hizo una mueca burlona y luego la cambió por un gesto más serio—. Si te he de decir la verdad, ése es el único que puede darnos algo que hacer. Pero no le daremos ocasión. Eso corre de cuenta de la Mancha.

Después de esta referencia al misterioso jefe, Socks cambió rápidamente de conversación.

—Te hemos llamado para dar el gran golpe-dijo, dirigiéndose a «Dinamita» —. Mañana ultimaremos detalles. ¿Has oído hablar de Galladay's?

Socks, se pavoneó al hacer esta referencia a una soberbia joyería conocida en el mundo entero.

—Pues bien-continuó diciendo —; ésa es la nuez que vamos a cascar. Y tú vas a ayudarnos.

—¡Galladay's! —exclamó «Dinamita». ¿No estarás soñando, Socks? No podréis cascar esa nuez. Desde que se trasladaron a su nuevo edificio de la Quinta Avenida...

—Eso es precisamente lo que nos favorece-le interrumpió Socks

—. Necesitaremos dos buenas cargas de dinamita, y para eso contamos contigo.

—¿Dos? —preguntó Hoskins.

—¡Claro! —repuso Socks—. Una para entrar en el edificio, y otra para derrumbarlo cuando hayamos salido. En esta ocasión vamos a escapar a cuerpo limpio y no queremos que quede rastro detrás.

Socks hizo una pausa para dejar que sus palabras se grabasen bien en la imaginación de su subordinado. Luego añadió como para animarlo:

—Escucha, «Dinamita»... y tú también, Moocher. Este trabajo nos va a producir una lluvia de millones. Galladay's tiene en sus cajas montones de joyas de coronas europeas. Todos nos haremos ricos. La Mancha considera este golpe tan decisivo, que intervendrá en él en persona. ¡El mundo entero hablará de nosotros!

—¿Y qué haremos con ese Mister Millones de Chicago? —preguntó Moocher.

—Tenemos preparado para él y los otros un espléndido viaje al otro mundo —rió Socks—. No te preocupes por eso. Vamos a pasar un rato con los muchachos—añadió, poniéndose en pie —. La Mancha no me llamará por ahora.

El largo reguero de sombra se retiró de la puerta. Socks Mallory y sus compañeros abandonaron el despacho y se dirigieron a la puerta situada a la derecha del pasillo.

Sólo cuando hubieron desaparecido volvió a manifestarse la negra mancha.

Pero esta vez se aproximó más y más, hasta adquirir desacostumbradas proporciones. Unos segundos después apareció en el umbral la negra figura que había producido aquella silueta.

La Sombra, sutil como un espectro, estaba ya dentro de los confines de la reducida habitación de muros de piedra. Su negra capa le envolvía el cuerpo; sus facciones estaban ocultas por las amplias alas de su sombrero.

Aquella habitación había resonado con las brutales carcajadas de Socks Mallory. Ahora resonaría con algo más siniestro: con la risa de La Sombra, anuncio siempre de la terrible venganza del enemigo del crimen.

La alta figura avanzó hacia la mesa. La Sombra retiró el pesado mueble con asombrosa facilidad. Los millones estaban a salvo. No

tenía necesidad de tocarlos por el momento. Se dedicó a registrar los cajones de la mesa.

Allí estaban los mapas de Manhattan que Socks Mallory, había estado consultando la noche antes.

Había otros papeles con ellos. La Sombra los extendió sobre la mesa. Eran los planos que Carlton Carmody había llevado a la sala de conferencias.

La Sombra observó las manchas de tinta roja, conque el arquitecto había señalado ciertos lugares.

Los planos volvieron al cajón. Era el mapa de Nueva York lo que intrigaba a La Sombra. Su enguantado índice siguió las rojas líneas, deteniéndose en ciertos sitios.

La Sombra seguía los mismos pensamientos que Carlton Carmody había expresado. El Teatro Stellar; el Hotel Gigantic; la Unión de Constructores.

El dedo de La Sombra siguió la línea roja que conducía al nuevo edificio de las joyerías Galladay's. Por último, corrió a lo largo de una corta línea que terminaba a alguna distancia de Times Square.

La Sombra conocía aquel lugar.

Se levantaban en él las Galerías Falconette, uno de los establecimientos más concurridos de Park Avenue. Como el edificio de Galladay's, las Galerías Falconette habían sido edificadas por la Unión de Constructores.

La risa de La Sombra fue como un murmullo. Los muros de piedra la devolvieron en temblorosos ecos. Las enguantadas manos volvieron los planos a su sitio.

La negra silueta abandonó la reducida estancia y se deslizó pasillo adelante, hasta el final. Pero no por el camino que Socks Mallory había seguido, que no ofrecía nada nuevo para La Sombra, sino en dirección opuesta.

Se abrió la puerta practicable en aquel sitio; la negra figura descendió por la escalerilla de piedra.

Minutos después el vago roce de una capa anunció el regreso de La Sombra.

Había un pasadizo por la derecha. La Sombra lo siguió, y su alta figura se perdió en las tinieblas.

Media hora más tarde un caballero elegantemente vestido, aparecía en el tranquilo vestíbulo de las Galerías Falconette.

Llevaba al brazo algo que parecía una capa de ópera. Sus pliegues ocultaban las amplias alas de un extraño sombrero.

Parpadeaban las luces de Park Avenue, en la neblina noche cuando Lamont Cranston detuvo un taxi que pasaba. El vehículo partió inmediatamente con destino desconocido.

¡La suerte de la Mancha Roja estaba echada y sus días contados!

¡La Sombra estaba seguro de ello!

¡La Sombra sabía!

CAPÍTULO XXI

LA REHABILITACIÓN DE CARDONA

—**P**REGUNTAN por ti, Cardona.

Era el sargento detective Markham, el que hablaba desde la puerta del despacho del inspector Klein. Cardona, de pie junto a la mesa, se volvió de mal humor.

—No quiero hablar con nadie-contestó —. Dile a quien sea que no hay aquí quien se llame de ese modo.

—Calma, José-le interrumpió el inspector Klein —. Todavía no he recibido la orden de tu cese.

—El que te llama dice que es cosa urgente, José-insistió Markham.

—Espera un minuto.

Cardona se lanzó fuera de la habitación y corrió a su propio despacho. Allí descolgó el teléfono y empezó a hablar nerviosamente.

—Aquí Cardona. El detective Cardona.

La voz que contestó tenía una extraña monotonía que hizo a José agarrar con más fuerza el aparato.

¡Conocía aquella voz! ¡La había oído otra vez! Era la voz de La Sombra:

—Reciba instrucciones. Siga estas órdenes exactamente.

—¡Hable! —exclamó Cardona, conteniendo la respiración.

—Informe al inspector Klein-continuó diciendo la voz —, que se propone usted dar una batida final en los lugares sospechosos y que es preciso que tenga preparado un grupo de agentes dispuestos a acudir a la primera llamada. Que le acompañen a usted tres hombres. Las diez de la noche es la hora cero. Preséntese en el Hotel Gigantic. Ocupe el ascensor número nueve. Descienda a los

sótanos. Entre en un pasadizo. Avance unos cien pasos. Espere un resplandor lejano.

—Ascensor número nueve-repitió Cardona —. Hotel Gigantic... a las diez...

—Siga avanzando después de ver el resplandor. Llegará a una curva central. Entre en el primer despacho de la izquierda. Allí se le completarán las instrucciones.

Antes de que Cardona pudiera responder sonó un chasquido.

La comunicación de La Sombra había terminado. Pero el detective sabía que lo que acababa de escuchar no tenía nada de fantástico. Las instrucciones de La Sombra sólo podían significar una cosa: que el caballero de las tinieblas había descubierto el medio de dar la batalla a la Mancha Roja.

El detective consultó su reloj. Eran las cinco de la tarde siguiente, al robo de los cinco millones de dólares en las oficinas de la Unión de Constructores.

Disponía de cinco horas para prepararse para acudir a la cita.

Cardona volvió al despacho del inspector Klein, fingiendo el mismo malhumor que cuando lo abandonó. En su ausencia había entrado otro detective... Merton Hembroke. El afortunado policía acogió a Cardona con una amistosa sonrisa. Cardona le correspondió fríamente y se dirigió en seguida a Klein.

—Bien, inspector-le dijo —; he resuelto seguir trabajando hasta que me destituyan. Tengo derecho a hacer el último esfuerzo para rehabilitarme, ¿no es cierto?

—Me parece muy justo-opinó Klein.

—En estos últimos tiempos he hecho muchas investigaciones entre la gente maleante-continuó diciendo José —. Todavía no he descubierto nada, pero creo que podré conseguir algo frecuentando sus propios antros.

—Así, pues, ¿insistes en tus primitivos procedimientos?

—Así es, inspector. Las cosas han variado mucho en los últimos días. Anoche hubo otro tiroteo en el Club Janeiro. Se dice que Hoskins «Dinamita» está en la ciudad. Socks Mallory ha vuelto a entrar en acción. Esto indica que la Mancha Roja dispone de una banda de criminales perseguidos, y lo único que hay que hacer es descubrir su guarida.

—Haz lo que quieras, José.

—Saldré con cuatro hombres. Téngame usted preparado otro grupo de agentes para cuando yo avise. Esto es lo que necesito.

—Aprobado.

Klein empezó a dictar sus disposiciones, Cardona salió del despacho.

Cuando volvió al suyo, vió que Merton Hembroke le había seguido.

—He venido-dijo el joven policía —, para decirte que te deseo toda la suerte del mundo esta noche.

—Gracias, Mert-contestó Cardona fríamente.

—Hasta ahora yo la he tenido y tú no —continuó diciendo Hembroke—. Pero, si tú presentas la dimisión, yo seguiré el mismo camino. La Mancha Roja me desconcierta. Sí tengo que luchar solo contra ella, estoy perdido.

Cardona se encogió de hombros.

—El comisario me llamó hoy-prosiguió Hembroke —. Me dijo que tú habías fracasado y que yo tenía que hacerme cargo de este asunto. Yo no me anduve con rodeos y le contesté francamente que si anoche me hubiese encargado de la vigilancia exterior, el fracasado habría sido yo... y no tú.

—¿Le dijiste eso?

—Claro que sí. ¿Para qué iba a echármelas de grande, si las circunstancias me van a empequeñecer en seguida? Escucha, José: no hay quien me quite de la cabeza que si hubiésemos trabajado unidos, habríamos terminado con la Mancha Roja a estas horas. ¡Esta manera de trabajar independientemente no nos llevará a ninguna parte!

—Quizá tengas razón, Hembroke-convino Cardona —. Me gusta tratar con personas tan razonables como tú. Es posible que los dos nos hayamos equivocado actuando separadamente...

—Yo tuve un golpe de suerte en la casa de empeños de Baruch. ¿Pero de qué me sirvió? De nada. No he conseguido echar mano a mi hombre ni en el Club Janeiro ni en el Hotel Gigantic. Y anoche volví a fracasar, aunque el comisario crea lo contrario. Escucha, José: yo necesito un compañero como tú. Puedo ayudarte en alguno de los problemas que te traen preocupado.

—Te lo agradezco-contestó Cardona —. Tú te presentaste en el Gigantic casi inmediatamente después de ocurrir el secuestro,

¿verdad, Hembroke? ¿Qué recorrido hizo el ascensor?

—Arrancó del piso veinticuatro. Alguien golpeó al operador; y el aparato descendió luego hasta el octavo.

—¿Y dónde crees que sacaron a Selfridge Woodstock?

—Quizá debajo del octavo... y volvieron a subir. Quizá entre los pisos ocho y veinticuatro. No lo sé. Pero ten en cuenta que registramos todo el hotel.

—¿Cuál era el número del ascensor?

—El nueve. ¿Pero qué tiene esto que ver? ¿Acaso tienes una pista?

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—Estoy franco de servicio.

—¿Quieres venir conmigo?

—Ni que decir tiene. ¿Adónde?

—Al Hotel Gigantic. Voy a echar un vistazo a ese ascensor.

—¡Si es que tienes algún plan entre manos, no dejes de contar conmigo, José! —suplicó Hembroke—. Tú te llevarás toda la gloria. Eso te acabaría de congraciarse con el comisario.

—Hasta la noche, entonces.

—¿Y por qué a la noche? ¿Es que tienes alguna pista? ¿Has estado ya en el Gigantic?

—Iré esta noche.

—¿Y por qué no ahora... los dos juntos?

—Tiene que ser esta noche. Y es preciso que nadie se entere.

—De eso me encargo yo, José. Nos valdremos de Belville, el detective principal del hotel. Mira... puedo hacer que ponga el ascensor número nueve fuera de servicio y que nos espere en uno de los pisos superiores.

Cardona reflexionó. Era aquella una ocasión para probar la autenticidad de la llamada de La Sombra. Cardona no dudaba de su protector; pero le infundían respeto las hazañas de la Mancha Roja.

Quizá el bandido supiese que Cardona, había recibido en otras ocasiones mensajes de La Sombra. Quizá la llamada telefónica era un lazo que le tendían.

—Ve y ponte de acuerdo con Belville —ordenó al fin Cardona.

EL sargento detective Markham se asomó a la puerta. Hembroke salió del despacho y regresó a los cinco minutos. Entonces hizo una seña a Cardona, y éste se le reunió.

—Todo arreglado-musitó Hembroke, mientras abandonaban los dos el despacho.

Llegaron al Hotel Gigantic y tomaron un ascensor hasta el cuarto piso. Allí encontraron abierta la puerta frente al ascensor número nueve. No había ningún operador dentro.

—Yo me encargaré de esto, José-dijo Hembroke —. Sé manejar estos chismes. ¿Adónde vamos? ¿Hacia arriba o hacia abajo?

—Hacia abajo.

Hembroke cerró la puerta e hizo que el aparato descendiese hasta el sótano.

Luego miró interrogadoramente a Cardona.

—Ya estamos en el fondo-dijo.

—Prueba a bajar más-ordenó José.

Hembroke accionó la manivela y el ascensor descendió a otro nivel. El detective abrió la puerta y atisbó en la oscuridad.

—¿Cómo te enteraste de esto? —pregunto Hembroke asombrado —. ¡Este debe de ser el único aparato que baja hasta aquí! ¡No hay duda de que por aquí se llevaron a Woodstock!

—No tendríamos más qué avanzar para dar con la guarida-afirmó Cardona —. Hasta las diez de esta noche no se nos esperó...

Cardona penetró en el túnel. Su linterna destelló sobre las piedras del suelo.

De pronto, antes de que el as de los detectives pudiera lanzar un grito, un grupo de hombres agazapados en la oscuridad cayó sobre él.

El policía trató en vano de llamar a Hembroke. Se dio cuenta de que su acompañante se vería imposibilitado de ayudarle. Había allí suficientes bandidos para dominar a dos policías tan fácilmente como a uno.

Una mano aplicó un pañuelo al rostro de Cardona, y éste percibió un acre olor a cloroformo. Después todo fueron tinieblas.

¡La Mancha Roja había actuado a tiempo! ¡José Cardona estaba en manos del enemigo!

El as de los detectives había desobedecido las órdenes de La Sombra. Su prematura investigación era la causa de su fracaso.

¡Con su estupidez había trastornado todos los planes de La Sombra!

CAPÍTULO XXII

LA HORA CERO

EERAN cerca de las diez. A la luz de una linterna, un grupo de bandidos avanzaba lentamente por un pasadizo abierto en la roca. El camino que seguían no era el único que arrancaba de aquel sitio.

Unos agujeros, lo suficientemente grandes para dar cabida a un ser humano, se prolongaban como túneles en diferentes direcciones.

Socks Mallory iba al frente de su banda. Más atrás caminaban otros dos hombres, ocultos en la sombra.

¡Eran la Mancha Roja y su lugarteniente!

Sólo se le veían las espaldas, mientras seguían a la horda de criminales capitaneada por Socks. Pero unos ojos penetrantes, de alguien apostado a la entrada de la caverna, no perdían el menor de sus movimientos.

El oculto observador miraba por la rendija de una puerta entreabierta.

¡La Sombra vigilaba! Había llegado hasta allí por el camino secreto que arrancaba de las Galerías Falconette.

Pasaron lentamente los minutos. Eran las diez en punto. La puerta se abrió; la alta figura de La Sombra atravesó la sombría caverna y entró en el pasadizo opuesto al que habían tomado la Mancha Roja y sus secuaces unos minutos antes.

La Sombra siguió el sombrío corredor hasta que una revuelta le ocultó por completo a la vista de los que pudieran haber regresado al recinto central.

La Sombra llevaba un cilindro en la mano. Chasqueó éste. Un resplandor rojizo iluminó la cueva.

¡La señal para José Cardona y sus hombres, que debían esperar en las profundidades del Hotel Gigantic!

La Sombra volvió rápidamente sobre sus pasos. Cruzó la caverna, dejó abierta la puerta del corredor y penetró en el pequeño despacho de paredes de piedra. Allí sacó una vez más el mapa de Manhattan.

Colocó sobre él un sobre sin lacrar. Luego volvió al pasillo y se deslizó tras la puerta situada al final. Sus labios cuchichearon una risa burlona.

Un minuto... dos minutos... La Sombra aguardaba en la oscuridad. Su penetrante mirada estaba fija en el corredor, en el negro túnel que, conducía al Hotel Gigantic.

Tres minutos.

No había la menor señal de que se aproximasen los detectives. Había pasado ya el tiempo suficiente para que se encontrasen allí. Pasaron unos minutos más; chasqueó una linterna tras la puerta donde se había ocultado La Sombra.

Un disco del tamaño de un dólar de plata brilló sobre el primer peldaño de la escalera que conducía al piso inferior del subterráneo. La Sombra no había bajado todavía a él esta noche. Pero sabía lo que había allí y se dirigía a comprobar la certeza de lo que sospechaba.

La negra capa de La Sombra rozó uno tras otro los húmedos peldaños. El invisible personaje se detuvo ante una maciza puerta. El haz de su linterna iluminó un candado; ascendió después hasta un postigo.

Una mano enguantada apartó a un lado la portezuela de la mirilla.

Una luz interior reveló un pétreo calabozo. Los ojos de La Sombra miraron por entre los barrotes, vieron las figuras de unos hombres tendidos sobre camastros.

La Sombra había visto el día anterior aquel grupo de prisioneros; notó ahora que se había aumentado en uno.

¡Sobre un camastro próximo a la puesta estaba tendido el cuerpo inmóvil del detective José Cardona!

Entró en funciones un punzón de acero, mientras la linterna iluminaba el candado. Un chasquido... otro... y el candado se abrió. La Sombra empujó suavemente la pesada puerta. Su espectral figura penetró en la mazmorra.

José Cardona fue el primero en darse cuenta de la presencia de

La Sombra.

Medio adormecido, sintió que lo levantaban del camastro. Los otros prisioneros se incorporaron para contemplar aquella forma espectral, casi oculta por el cuerpo de Cardona.

La Sombra sacó al detective de su calabozo y empujó la puerta con el pie.

Un momento después el candado emitió un chasquido y quedó cerrado.

La Sombra había rescatado solamente a Cardona. Había otros prisioneros; pero estaban en sitio seguro por el momento. Rodeado de tinieblas, sólo rotas por el disco de plata que iluminaba los peldaños, José Cardona se sintió empujado hacia arriba. Estaba demasiado adormecido para resistir.

Bocanadas de aire fresco empezaban a vivificarle, pero siguió avanzando como a ciegas. Sabía que alguien le estaba ayudando. Se acordó vagamente de La Sombra. Una mano invisible abrió la puerta situada en lo alto de la escalera, y salieron a un pasillo iluminado.

José Cardona se tambaleó. Unas manos poderosas lo sostuvieron por los brazos. La Sombra, empujó al detective hacia el despacho de paredes de piedra y le hizo sentarse en el sillón, junto a la mesa. Una rociada de agua volvió a Cardona sus sentidos.

Siguió un momento de desfallecimiento. Mientras Cardona apoyaba la cabeza en la mesa, una mano enguantada de negro cogió el teléfono. Una voz empezó a musitar palabras en el micrófono.

—Burbank al habla-contestó otra voz al extremo de la línea.

—Retraso inevitable-dijo La Sombra a su agente —. ¿Continúa establecida la comunicación con la línea exterior?

—Sigue la comunicación con el teléfono del departamento 4C-contestó Burbank.

La Sombra colgó el receptor y sacó un pomo, que colocó bajo la nariz de Cardona.

El detective se estremeció. Desapareció su letargo. Al retrepase en su asiento, le pareció oír el rumor de una risa. Se volvió rápidamente, pero sólo vió en el umbral de la puerta como un reguero de sombra que huía.

La mirada del detective se posó sobre el mapa extendido sobre la mesa. Sus dedos recogieron el sobre, y lo desgarraron. Sacó de él un

papel escrito en tinta azul y lo leyó ávidamente. Luego lo dejó sobre la mesa y empezó a recorrer el mapa con el dedo índice.

Volvió a consultar la nota. ¡Su asombro no tuvo límites al ver que la escritura se había desvanecido!

¡Se calmó la momentánea sorpresa! Cardona ya no necesitaba aquellas instrucciones. ¡El mapa era suficiente!

El detective cogió el teléfono. Agitó el gancho y oyó la respuesta del operador. Le pidió comunicación con la sección de detectives. Al poco tiempo llegaba la voz del inspector Klein.

—¡Estoy en la guarida de la Mancha Roja! —balbuceó Cardona—. Su banda ha ido a saquear la joyería de Galladay's. ¡Piensan robar por valor de más de diez millones de dólares!

»¡Mande gente en seguida! Que rodeen el edificio... No... no... Desde fuera, no. Harán el escaló desde la bodega... Hoskins «Dinamita» va con ellos...

Cardona hizo una pausa. Oyó por el hilo conductor que Klein gritaba unas instrucciones a los detectives que tenía a mano. Cardona siguió dando detalles.

—Hay sitios por donde podrán ustedes bloquearlos. En el Club Janeiro... en el despacho... existe una salida. En el hotel Gigantic... el ascensor número nueve, ¿Me entiende?... Espere... Aun hay más... El salón de conferencias de la Unión de Constructores... Y tome nota de esto, que es lo más importante: la salida de urgencia del ferrocarril subterráneo de East Side, a unos cien metros al sur de la estación de la Calle Dieciocho... Sí... Sí... ¡Vigilen bien esos lugares!

El receptor cayó sobre el gancho. Cardona se recostó en el sillón, exhausto.

Había un sitio que no había mencionado: el vestíbulo de las Galerías Falconette. Pero tenía su explicación. ¡La Sombra lo había borrado del mapa!

Pasaron unos minutos. Cardona venció repentinamente su desfallecimiento.

Había oído un ruido que le hizo ponerse rápidamente en pie. Era un estruendo distante... como una explosión subterránea.

¡El asalto había empezado! ¡No tardarían en regresar las cohortes de la Mancha, Roja! A Cardona se le había ordenado que llevase otro hombre con él para defender aquel puesto.

¡Y Cardona se dio cuenta de que estaba solo! Se registró los

bolsillos, recordando al hacerlo que debían de haberle quitado su revólver.

¡Pero su asombro no tuvo límites al sentir que sus dedos tropezaban con una automática! Y al ponerse en pie notó que le pesaba demasiado el otro bolsillo.

¡Su mano sacó de él una segunda pistola!

Doblemente equipado, Cardona ya sabía lo que tenía que hacer.

¡Tenía que defender aquella salida!

Tenía que rechazar a los secuaces de la Mancha Roja, hacia otros pasadizos donde la policía estaría preparada para detenerlos.

¡La Sombra se había cuidado de armar a Cardona, para la refriega que no tardaría en desencadenarse!

CAPÍTULO XXIII

EL FINAL DE LA MANCHA ROJA

UNAS figuras siniestras esperaban en un ensanchamiento del pasadizo subterráneo. Aun vibraba en sus oídos el estruendo de una explosión. Allá al fondo, donde se enfocaban todas las linternas, se elevaba una nube de polvo y humo.

—Ya está.

Estas palabras las pronunció Hoskins «Dinamita». Quería indicar que la explosión había terminado y que el camino estaba ya libre. Socks Mallory dio sus órdenes.

—¡Adelante! —dijo—. Cuando estemos dentro, vigilad las puertas mientras arramblamos con todo. La policía tardará aún veinte minutos en presentarse.

La horda siguió a Socks. Tres hombres se quedaron detrás; uno de ellos era Hoskins «Dinamita», y los otros la Mancha Roja y su lugarteniente, el que compartía el mando de la banda con Socks Mallory.

¡Qué poco se imaginaba el trío que una brigada de policía llegaba ya a los locales de la joyería Galladay's! El aviso de José Cardona iba a tener asombrosas consecuencias esa noche.

Reinó el silencio durante largos minutos. El trío esperaba pacientemente. De pronto brilló una linterna al otro extremo del pasadizo y avanzó un hombre tambaleándose.

AL llegar a la ensanchadura del túnel cayó de bruces. La linterna se le desprendió de las manos. Estaba muerto.

Surgió un haz luminoso del grupo de hombres que esperaba. Provenía de la linterna del individuo situado junto a la Mancha Roja.

El rayo de luz, con sus investigadores movimientos, parecía

preguntar la causa de aquel repentino regreso; pero el hombre cuyo cuerpo iluminaba no podía dar contestación alguna, a través de sus labios helados por la muerte.

Gritos... Disparos de revólver... Aparición de más hombres. Socks Mallory venia con ellos, y el grito que lanzó reveló a la Mancha Roja la causa de tal desconcierto.

—¡La policía! ¡Nos han traicionado! ¡No os cuidéis del resto de la banda! ¡Bloquead el camino inmediatamente!

Se elevó en las tinieblas una voz ronca. La Mancha Roja daba sus órdenes a Hoskins «Dinamita».

—¡Oprime el interruptor!

Hoskins asintió.

No hacía diez minutos había hecho explosión una carga de dinamita para abrir un boquete en el techo del túnel y escalar por él la joyería. Ahora iba asaltar la segunda carga.

Tronó una explosión en la curva que formaba el pasadizo. Se derrumbaron los muros sepultando a algunos gangsters, cuyas heridas no les habían permitido seguir a sus compañeros.

Surgió una nube de humo, polvo y cascotes. La Mancha Roja y los derrotados restos de su banda emprendieron la retirada hacia la caverna central. La policía no podría seguirlos hasta allí, obstruido el túnel por el derrumbamiento.

Socks se aproximó a su jefe para escuchar sus órdenes. Éste se las dio. Tenía que ponerse al frente de los hombres que le quedaban y sacarlos de la caverna por la mejor salida.

—Por el túnel del ferrocarril-opinó Socks —. Desde allí saldremos a la calle por cualquiera de las estaciones.

Circuló la orden. Los bandidos se precipitaron hacia adelante, mientras la Mancha y su lugarteniente los seguían con más calma. Al llegar a la cavidad central, Socks eligió una de las galerías laterales y avanzó por ella a la cabeza de sus secuaces.

El largo túnel terminaba en una puerta de hierro. Socks enfocó su linterna hacia los que le seguían. Su horda se había compuesto de unos veinte hombres, y sólo le quedaban doce. Pero estaban dispuestos a obedecer las órdenes de su jefe para conseguir la salvación.

Socks oprimió un botón y la puerta se deslizó a un lado. Los bandidos se precipitaron por la abertura. Ésta daba al túnel del

ferrocarril, y en él se agazaparon todos mientras pasaba un tren local. Muy cerca de allí arrancaban unos peldaños que servían de salida de urgencia a la Calle Dieciocho.

—¡Adelante!

El túnel, estaba extrañamente silencioso cuando Socks y sus hombres lo invadieron. ¿Habría sido suspendido repentinamente el servicio después del paso de aquel tren local? El convoy había tenido ya tiempo de llegar a la estación inmediata.

Los resplandores de unas linternas de ojos de buey barrieron las tinieblas del túnel. Surgieron gritos de todas partes. Los bandidos se dieron cuenta de que estaban copados, y empezaron a disparar contra las luces, parapetándose tras los pilares.

Ladraron los revólveres; silbaron las balas. Rebotaba el plomo en los muros de piedra del subterráneo. Los gangsters se diseminaron a lo largo de las vías.

¡Bien había respondido Klein al aviso de Cardona! El grupo de detectives y policías era pequeño, pero había tenido tiempo de preparar perfectamente su emboscada. Los bandidos se defendían sin orden ni concierto; las fuerzas de la ley luchaban desde sitios bien elegidos.

Los gangsters dejaban escapar sus vidas entre ayes de dolor y maldiciones.

Un grupo de cuatro bandidos emprendió la huída hacia la estación de la Calle Dieciocho. Al llegar a ésta, los policías apostados otras los pilares los recibieron con una granizada de plomo.

Uno de los agentes cayó herido por el rebote de una bala en un poste. Pero los criminales no tenían probabilidad alguna de salvación. Uno se desplomó al intentar saltar al andén.

Otro cayó mientras apretaba el gatillo de su revólver sobre los cartuchos vacíos. Un tercero escupió la vida al asomar la cabeza por detrás de una columna. Sólo el cuarto, ya herido por un certero disparo, se salvó arrojando sus armas y levantando las manos en señal de rendición.

La Ley había obtenido un triunfo completo sobre los doce gangsters fugitivos. Quedaba únicamente el que hacía el número trece. Sólo él había logrado escapar.

Socks Mallory había sido el primero en abrir la puerta que daba

a la salida de urgencia del ferrocarril, pero fue el último en pasar por ella.

Cuando empezó el tiroteo de la policía, el jefe de los bandidos tomó el único camino libre que le quedaba: volvió sobre sus pasos hacia la caverna que había servido de cuartel general, a los secuaces de la Mancha Roja.

Mientras retrocedía apresuradamente, oyó el estruendo de unos disparos. Al llegar a la entrada de la cueva encontró el cuerpo de Hoskins <Dinamita> de bruces sobre el suelo.

Salía una nubecilla de humo por la rendija de la puerta que daba al despacho de la Mancha Roja. El detective José Cardona había derribado al primer hombre que había intentado pasar por allí.

Socks Mallory enloqueció de furor. Su revólver empezó a escupir plomo contra la rendija.

¡Un disparo afortunado! La bala encontró su blanco e hirió a Cardona en el hombro. Al oír un grito de dolor detrás de la puerta, Socks Mallory dio un salto y se lanzó contra ella.

Fue la última acción del jefe de los gangsters. José Cardona, herido, podía aún disparar. El detective se había retirado de la puerta; pero al abrirse ésta hizo fuego con la mano que le quedaba libre.

La bala alcanzó a Socks Mallory. El bandido se desplomó hacia adelante y quedó tendido entre la puerta y la pared.

Cardona se batió en retirada. Sujetándose el hombro herido con la mano izquierda, penetró en el despacho.

Su acción no pudo ser más oportuna. Dos hombres irrumpieron en el corredor. Uno de ellos se detuvo ante la puerta; luego entró.

José Cardona, derrumbado en el sillón, con el brazo derecho inútil, levantó la cabeza y se encontró frente al detective Merton Hembroke, José quedó como aturdido un momento.

Creyó que se trataba de un salvador, pero en seguida se dio cuenta de que se había equivocado. El rostro del detective tenía una expresión de odio mortal.

—Creíste que ya habías terminado con la Mancha Roja, ¿eh? —rió brutalmente Hembroke—. ¡Qué poco podías imaginarte que yo trabajaba para ella! ¡No negarás que lo he hecho bastante bien!

Hembroke empuñaba un revólver, pero no intentó encañonar a Cardona que estaba inerme. En su lugar, se volvió hacia la puerta y

señaló a un hombre que acababa de entrar.

José Cardona lanzó un grito de asombro al reconocer a Dobson Pringle, presidente de la Unión de Constructores.

—¡Te presento a la Mancha Roja! —rió Hembroke.

Pringle empuñaba una automática. Cardona se dio cuenta de que sólo su estado de indefensión, había impedido que aquellos dos villanos le arrancasen la vida en seguida, al entrar. Pero ahora se disponían a no hacer más largo aquel breve lapso.

La automática de Cardona estaba sobre la mesa, donde se había desprendido de sus débiles dedos. El detective hizo un supremo esfuerzo para seguir luchando y cogió el arma con la mano izquierda, esperando recibir un balazo por la espalda.

Dobson Pringle había traspuesto el umbral y se había detenido a un lado de la habitación, frente a Merton Hembroke. Mientras los dos hombres levantaban sus armas para terminar con la vida de Cardona, sonó en la puerta un ruido extraño que les hizo volver la cabeza.

Una risa burlona-prueba inconfundible de una presencia siniestra-anunció la llegada de La Sombra.

El misterioso personaje acababa de aparecer para evitar el asesinato de José Cardona. Sus enguantada, manos empuñaban sendas automáticas con las que apuntaban a Dobson Pringle-ahora ya conocido por la Mancha Roja-y a Merton Hembroke, el policía cuyas traidoras actividades tanto habían contribuido al pasajero triunfo del crimen.

Hembroke lanzó un grito salvaje y se arrojó contra el aparecido, levantando su revólver para disparar. Rápido y decidido, el falso detective esperaba terminar con el que había trastornado los fructíferos planes de la Mancha Roja.

Detonó una automática en el momento en que Hembroke oprimía el gatillo de su revólver. El salto del detective terminó en colapso. Medio incorporado sobre las rodillas, Hembroke intentó otra vez utilizar sus temblorosos dedos.

Vano esfuerzo. El miserable cayó de bruces contra el suelo.

La Sombra no perdió un instante de vista a Dobson Pringle. Como criminal, la Mancha Roja había realizado asombrosas proezas; como hombre de acción en esta suprema crisis, sus energías no fueron tan notables.

Pringle se había detenido contando con el éxito del ataque de Hembroke.

Pero al ver caer a su lugarteniente, retrocedió levantando su automática en gesto de desesperación.

La Sombra le tenía encañonado. Imperturbable, sonriente, el paladín de la Ley espiaba los movimientos de Pringle. El miserable titubeaba en disparar; temía el frío cañón del arma que le apuntaba inexorable. Y su titubeo dio lugar a que entrase otro factor en el conflicto.

José Cardona, empuñando firmemente su automática con la mano izquierda, se levantó de su asiento y se arrojó sobre la Mancha Roja.

Pringle lanzó un grito salvaje y se echó a un lado para cubrirse con el cuerpo de Cardona. Su dedo índice oprimió el gatillo para poner fin al audaz esfuerzo del detective.

Si Pringle o Cardona habrían recibido el primer balazo, es cosa que no se puede decir, pues mientras ambos oprimían los gatillos de sus armas, detonó la automática de La Sombra.

La bala se hundió en el brazo de Pringle. Se desprendió de sus manos la pistola. Casi simultáneamente disparó Cardona, y Dobson cayó al suelo boca arriba.

Una risa sardónica despertó vagos ecos. Cardona se volvió al oírla. No vio a nadie en la puerta. La Sombra había desaparecido. El detective se inclinó sobre el cuerpo de la Mancha Roja. Los labios de Dobson Pringle se movieron débilmente.

—Me muero-murmuró el caído—. Me habéis vencido. Encontraréis... encontraréis los cinco millones... en el suelo... debajo de la mesa...

Cardona comprendió que el moribundo decía la verdad. Mortalmente herido por el afortunado disparo de Cardona, Dobson Pringle había perdido su maliciosa expresión. Cardona se incorporó y empujó la mesa hacia un lado.

El esfuerzo le debilitó. Empezó a darle vueltas la cabeza. Se apoyó en una silla y miró a Pringle.

El hombre que se llamaba a sí mismo la Mancha Roja, se había incorporado ligeramente, apoyándose sobre un codo. Su tembloroso dedo señalaba una rendija del suelo. Cardona vio la señal.

—¡Ahí! —jadeó Pringle—. Debajo... debajo de esa losa. Tú... tú

has ganado. El dinero...

Fue excesivo el agotador esfuerzo. El codo de Pringle cedió. Caído sobre un costado, el villano vencido vio que el detective se esforzaba por levantar la losa con la mano izquierda.

—La palanca —murmuró Pringle—. La palanca de la pared...

Cardona levantó la mirada. La palanca que el moribundo indicaba, estaba situada en el sitio donde estaba arrimada la mesa. El detective fue hacia allí y tiró de la palanca.

Oyó una risa burlona. Se volvió y miró fijamente a Dobson Pringle. El rostro del caído no mostraba ya su expresión plácida y cansada.

La Mancha Roja mostraba otra vez su infernal personalidad. Sus labios cubiertos de espuma balbuceaban insidiosas palabras cargadas de odio.

—Tus amigos —... decía la espasmódica voz—, los prisioneros... los que querías salvar... están condenados. Tú mismo los has matado como ratas que se ahogan en un diluvio...

Al apagarse la voz, Cardona oyó como el rumor de una catarata lejana.

Entonces se dio cuenta de la falacia de la última actuación de la Mancha Roja. Dobson Pringle, moribundo, le había engañado haciéndole soltar un torrente de agua oculto en la mazmorra, donde La Sombra había dejado a los prisioneros.

¿Sería demasiado tarde?

Cardona se lanzó al pasillo, tambaleándose. Debilitado por la pérdida de sangre de la herida del hombro, cayó de rodillas. Oyó entonces el estertor de la Mancha Roja... un estertor en el que parecía vibrar una nota de triunfo.

Como si fuera una respuesta, llegó por la parte del pasillo exterior un bisbiseo extraño, una especie de desafío siniestro.

Era la risa de La Sombra, el símbolo del genial luchador. Cardona, descansando sobre la mano izquierda, demasiado débil para moverse, esperó.

Se oyeron pasos y voces de hombres en el corredor. Aparecieron luego cuatro personas. Cardona no las reconoció; pero sí ellas a él.

El detective había estado sin sentido durante su permanencia en la mazmorra y aquellos hombres eran los presos que compartieron con él su prisión.

Una mano desconocida los había puesto en libertad, y subían por la escalera de la cueva en el momento, en que Cardona había soltado involuntariamente el torrente destinado a ahogarlos.

Los libertados eran Selfridge Woodstock; su secretario, Crozer; Carlton Carmody y un hombre alto, de pálido rostro, cuyos músculos faciales hicieron un gesto de ira al ver la escena de la ensangrentada habitación.

Entre todos ayudaron a Cardona a ponerse en pie. Luego llegaron otros salvadores: el sargento detective Markham y un grupo de agentes que habían penetrado hasta allí por la galería que daba al túnel del ferrocarril. Markham se dio cuenta en seguida de que estaba entre amigos.

El individuo alto y pálido tomó la palabra. Sus declaraciones aclararon la confusión en cuanto reveló su identidad.

—Puedo explicarlo todo-dijo —. Soy Hubert Craft, arquitecto jefe de la Unión de Constructores. Se me daba por muerto, pero me tenía preso ese malvado...

Craft señaló el inerte cuerpo de Dobson Pringle. José Cardona, todavía aturdido, añadió las palabras finales.

—La Mancha Roja-balbuceó —. Pringle... La Mancha Roja...

Markham se inclinó sobre el jefe de la famosa banda y comprobó que estaba muerto. Al levantar el cadáver, la mirada del detective quedó fija en algo. Los demás miraron en la misma dirección.

Había quedado un charco de sangre en el sitio en que estuvo el cadáver.

Manando lentamente de las heridas, el precioso líquido había trazado en el suelo una figura grotesca.

En vida como en muerte, Dobson Pringle dejaba la firma elegida para sellar sus espantosos crímenes.

¡Aquel charco de sangre era la rúbrica final de la Mancha Roja!

CAPÍTULO XXIV

LO QUE CONTÓ EL COMISARIO

¡ES el caso más asombroso de actividad criminal en la historia de la policía de Nueva York!

Estas palabras, que se referían a la famosa Mancha Roja, salieron de labios del comisario de policía Ralph Weston. Fueron pronunciadas con énfasis mientras departía con su amigo el millonario Lamont Cranston en el grill room del Cobalt Club.

Se habían reunido a comer, cumpliendo el ofrecimiento hecho jovialmente por Cranston unos días antes. Cuando los titulares de los periódicos proclamaron ruidosamente el triunfo de la ley sobre la Mancha Roja, Cranston había telefoneado a Weston para felicitarle... y para recordarle la proyectada reunión.

—He leído los periódicos con gran interés-dijo Cranston después de escuchar las palabras del comisario —. Mi aventura del Club Janeiro me hace comprender las notables características de este caso...

—Aquello no tuvo importancia, Cranston-le interrumpió Weston —. En su conjunto, el asunto es algo inaudito. El móvil fue una monstruosa ambición al servicio de una inteligencia privilegiada y de unas apariencias respetabilísimas.

»¿Quién había de sospechar que Dobson Pringle, el bondadoso y opulento caballero, era la Mancha Roja? Sin embargo, una vez descubierto todo, sus maquinaciones aparecen cuan claras como el día. Déjeme que le haga un resumen, Cranston.

»Dobson Pringle era un hombre dedicado desde hace mucho tiempo al negocio de la edificación. Debido a ello, consultaba con frecuencia los mapas y planos antiguos de la ciudad y estaba en posesión de datos y características de nuestro subsuelo ya

olvidados. Llegó así a saber que Manhattan es como una colmena de galerías y excavaciones abandonadas. Bajo la superficie de nuestras calles corre una red de pasadizos, que no puede compararse con las catacumbas de Roma ni con las alcantarillas de París, pero que puede servir para un determinado propósito.

»Pringle estaba en condiciones de utilizar tal sistema. Vió en él los fundamentos de un verdadero mundo subterráneo. La Unión de Constructores estaba erigiendo rascacielos dentro de un pequeño radio de Times Square. Puesto de acuerdo con Socks Mallory, explotador de garitos por aquel entonces Pringle pobló sus catacumbas con un enjambre de criminales perseguidos, que se avinieron alegremente a vivir bajo tierra y que sirvieron de primeros zapadores de la Mancha Roja.

»Pringle hizo de Hubert Craft, el arquitecto, su auxiliar involuntario. En los planos de las nuevas edificaciones siempre exigía distribuciones especiales que pudieran servir como salidas secretas de los edificios. Para ello explicaba a Craft que serían de inmenso valor en el futuro, pues podrían utilizarse como comunicación entre las diversas construcciones.

—Craft se dejó engañar fácilmente —observó Cranston.

—Sólo al principio-replicó Weston —. La primera de aquellas entradas secretas al cavernoso dominio fue practicada en el despacho del Club Janeiro, debajo del Teatro Stellar, construido por la Asociación.

»Aquello permitió a Socks Mallory entrar y salir con toda libertad para llevar provisiones a sus trabajadores. Cada nuevo edificio tenía una salida parecida. En el Hotel Gigantic existía un ascensor que bajaba a mayores profundidades de lo que aparentaba.

»Pero la más ingeniosa de estas salidas secretas estaba en el quinto piso del edificio de la Asociación. A partir de ese piso Weston empezó a trazar un esquema en el reverso de un sobre —, el edificio adopta forma piramidal, con igual distribución interior de sus habitaciones. Un estrecho antedespacho dejaba al otro lado de las paredes un espacio oculto, donde los trabajadores de Pringle montaron un ascensor, al que podía salirse por un panel secreto practicado en la pared.

»El edificio de la joyería Galladay's, fue proyectado de tal modo que desde un determinado sitio se tuviera acceso a todas las partes

de la planta baja. Claro que contaba con una completa instalación de aparatos de alarma, pero Pringle había tomado todas las medidas para anularlas. Craft no había sospechado nada hasta entonces, pero hizo su primera objeción cuando Pringle le mandó hacer una entrada secreta en el edificio de la Compañía Soudervale, ya que aquella salida podía dar acceso a una instalación bancaria.

—¿Se lo dijo Craft a Pringle? —preguntó Cranston.

—Sí—contestó Weston—. Esa fue la causa de que la Mancha Roja se decidiese a actuar. Su banda secuestró al arquitecto. Pringle divulgó la noticia de que había perecido ahogado. Y entonces empezaron los robos.

»Desde la caverna central de su reino subterráneo, la Mancha Roja había hecho trazar una larga galería hasta el túnel del ferrocarril de East Side. Otros pasajes subterráneos, a considerable distancia de los dominios de Pringle daban salida a diferentes lugares de la línea férrea. Para crearse una reputación, para conseguir fondos que necesitaba, organizó diversos asaltos a ciertos lugares de Manhattan, donde sus hombres podían escapar por entradas ocultas a través de aquellas galerías secretas, con lo que después de cada expedición regresaban a su base.

»Además de Socks Mallory, la Mancha Roja tenía otro hábil ayudante... Merton Hembroke. Mientras Mallory actuaba como lugarteniente de las fuerzas subterráneas, Hembroke era un agente secreto que trabajaba como detective. Tal circunstancia era de una importancia vital para los planes de la Mancha Roja. Voy a revelarle a usted, Cranston, todo lo sucedido.

»Spider Carew, un cómplice de Mallory que vivía fuera de los subterráneos, trató de delatarle. Nosotros enviamos detectives para escoltarlo durante su viaje por la línea del East Side. Pero Hembroke dio aviso a Mallory para que lo matase. Mallory lo hizo así, y consiguió escapar por el túnel.

»Mallory asesinó después a Tony Loretto, que era una amenaza para los planes de la Mancha Roja. Juanita Pasquales ha confesado que se vio obligada a obedecer las órdenes de Mallory. Hembroke estuvo presente en la refriega del Club Janeiro e hizo creer que el asesino había escapado hacia afuera. Así ocultó de un modo eficaz el secreto del pequeño despacho.

—Comprendo—sonrió Cranston.

—Vino luego el golpe maestro de la Mancha Roja-continuó diciendo el comisario —. Socks Mallory acogotó al operador del ascensor y secuestró a Selfridge Woodstock, financiero de Chicago, y a su secretario, Crozer. Los prisioneros fueron conducidos en el ascensor a los subterráneos del Hotel Gigantic. Hembroke volvió a subir en el aparato, lo abandonó después y bajó al vestíbulo, donde estuvo a mano para llevarse los laureles de una rápida investigación.

»Dobson Pringle, como presidente de la Unión de Constructores, tenía muy poco dinero invertido en la empresa. Pero conocía la psicología de los directores, y falsificó una nota. Su entrega causó consternación. Pringle se mostró dispuesto a entregar los cinco millones de dólares exigidos. Pero cuando Félix Cushman propuso aquel acto radical, desempeñó el papel de la parte conservadora.

»Entonces ocurrió un suceso inesperado. Antes de la reunión, celebrada en el salón de conferencias, Carlton Carmody, arquitecto, que había reemplazado a Hubert Craft, descubrió las faltas en los planos. Pero fue visto por Hembroke-de esto tenemos el testimonio del propio Carmody —, al que encerró en una mazmorra junto con Craft, Woodstock y Crozer.

—¿Con qué objeto? —preguntó Cranston, encendiendo un cigarrillo con aire displicente.

—A eso voy-sonrió Weston —. Mallory irrumpió en la reunión de directores y se llevó los cinco millones de dólares. Y otra vez Hembroke logró despistarnos haciendo aparecer que los bandidos habían escapado, y no por culpa suya. Como consecuencia, Hembroke fue objeto de los mayores elogios. Todo estaba preparado para el gran golpe final de la Mancha Roja, que debía consistir en el escalo de la joyería Galladay's y en escapar después por una galería que quedaría bloqueada tras el paso de los bandidos.

—Es extraño que fracasasen planes tan bien preparados-observó Cranston.

—Todo el mérito pertenece al detective José Cardona —dijo Weston en tono admirativo—. Él fue quien hizo la investigación en el Hotel Gigantic, pero le traicionó Hembroke y fue capturado. No obstante, logró escapar y encontró el despacho secreto de la Mancha Roja. Un pasadizo especial, que arrancaba de una puerta siempre cerrada, conducía a las Galerías Falconette, donde vivía

Pringle. Cardona descubrió un mapa; en él estaban señalados todos los puntos estratégicos, excepto uno, que había sido borrado. Cardona descubrió también un teléfono que estaba conectado con el departamento de Pringle.

> Por una feliz casualidad—que no nos hemos explicado todavía —, este aparato secreto estaba conectado con una línea exterior. Cuando Cardona llamó, logró comunicarse con la jefatura de Policía. Nuestros hombres impidieron el robo de la joyería Galladay's y, cubriendo todas las salidas, exterminaron a tiros a los bandidos.

—Es extraño que la Mancha Roja no escapase por su salida privada—observó Cranston.

—¡Cardona se lo impidió! —exclamó triunfalmente Weston—. Cardona mató a tiros a Dobson Pringle y Merton Hembroke. Y descubrió también el escondite de los cinco millones de dólares robados por la Mancha Roja.

»Cardona soltó inadvertidamente el torrente de una conducción de agua dispuesta, por los criminales para inundar la mazmorra de sus prisioneros caso de necesitar sacrificarlos. Afortunadamente, éstos lograron escapar por la puerta que Cardona había dejado previamente abierta.

El comisario Weston consultó su reloj. Se levantó apresuradamente y anunció que tenía que volver a su despacho. Lugo estrechó la mano de Lamont Cranston y partió.

Una extraña sonrisa apareció en el rostro de Cranston al recordar la invitación que le había hecho el comisario al despedirse. Weston tenía deseos de que Cranston hiciese una visita a las galerías subterráneas, para que se diera cuenta de las notables catacumbas construidas por la Mancha Roja.

Había pasado la hora acostumbrada del lunch. En el elegante grill room del Cobalt Club no quedaba otra persona que Lamont Cranston. A la luz de las lámparas fijas en la pared, el cuerpo del millonario proyectaba sobre el suelo una sombra alargada y siniestra; su afilado perfil tenía una apariencia fantasmal.

¡La Sombra! Allí estaba el ser cuyo inaudito poder había vencido a la Mancha Roja y cuyos tentáculos se tendían invisibles y amenazadores sobre las fuerzas del mal.

Cardona no había sido más que un instrumento en manos de La

Sombra, pero el caballero de la noche había cedido al fiel detective, toda la gloria de sus triunfos, reservándose para sí la satisfacción del bien anónimo.

La Sombra rió al recordar la historia que Ralph Weston le había contado.

Nadie le atribuía a él el triunfo, pero para aquel hijo de las tinieblas, la victoria sólo era sabrosa cuando se ganaba en secreto.

La Sombra estaba presta a nuevas conquistas. ¡Por el momento la amenaza de la poderosa Mancha Roja había desaparecido del mundo!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN

Título original: *The Red Blot*